

	<i>Paginas</i>
<i>Índice</i>	<i>1</i>
<i>Palabras del Comandante en Jefe</i>	<i>2</i>
<i>Notas del Autor</i>	<i>3</i>
<i>Dedicatoria</i>	<i>4</i>
<i>Agradecimientos</i>	<i>5</i>
<i>Introducción</i>	<i>6-7</i>
Capítulo I <i>Historia y actualidad del Cuerpo de Bomberos,</i>	
<i>los Comandos actuales</i>	<i>8-13</i>
Capítulo II <i>La explosión del Vapor "La Coubre"</i>	<i>14-16</i>
Capítulo III <i>Los Incendios</i>	<i>17-61</i>
Capítulo IV <i>Rescates</i>	<i>62-67</i>
Capítulo V <i>Derrumbes</i>	<i>68-69</i>
<i>Capítulo VI</i> <i>Ciclones Huracanes Penetraciones del Mar</i>	<i>70-78</i>
<i>Capítulo VII</i> <i>Casos con Dementes</i>	<i>79-89</i>
	<i>Una Carta al "Che"</i> <i>94-95</i>
<i>Capítulo VIII</i> <i>Prevencion Contra Incendios</i>	<i>92-93</i>
<i>Capítulo IX</i> <i>El mando durante catastrofes e Incendios, Bomberos</i>	
	<i>Voluntarios</i> <i>94-96</i>
<i>Capítulo X</i> <i>Los medios de Extincion-Barcos contra incendios</i>	<i>97-105</i>
<i>Capítulo XI</i> <i>Incendios en Bosques y Cañaverales</i>	<i>106-109</i>
<i>Capítulo XII</i> <i>El Chimpance del zoológico</i>	<i>110-115</i>
<i>Capítulo XIII</i> <i>Visita a Cuba Bomberos de New York 9/11</i>	<i>116-117</i>
<i>Fotos</i> <i>Ver Carpetas 1,2,3,4,5,6</i> <i>Al final del libro</i>	
<i>Datos del Autor</i>	

Palabras del Comandante en Jefe

Se han logrado importantes avances en la disminución de los incendios y en la prevención de estos, en la lucha por erradicar las causas que los provocan. Los combatientes de este órgano se han destacado por su actitud serena, valerosa, y eficiente, en los momentos en que han peligrado vidas y recursos valiosos de nuestro pueblo.

Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz

3

En la lucha contra los incendios se han modernizado los medios de extinción y previsión, y elevado la calificación del personal de este servicio con el dominio de técnicas más modernas. Se han dictado normas de protección, y desarrollado una campaña de divulgación para prevenir accidentes, que cuenta con la participación del pueblo a través de brigadas voluntarias en los centros de trabajo.

Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz

Nota del Autor

Cuando se escribe sobre hechos históricos, siempre se cometen errores, el principal entre ellos es la omisión de algún hecho importante o de alguien que actuó de manera destacada y de forma anónima. En el trabajo que presentamos sucederá lo mismo, ya que los bomberos conforman una organización nacional que cuenta con cientos de combatientes, y las historias acumuladas datan de un poco más de 310 años.

Hubo algunos compañeros que por diferentes causas no presentaron sus testimonios, y otros que no pude localizar. De las diferentes provincias, solo recibimos testimonios de Pinar del Rio y de Matanzas. Sinceramente les ofrezco mis disculpas de todo corazón y les aseguro que, si nos los hacen llegar sus relatos al Museo de los Bomberos, a la compañera Sara Rivera, los mismos se tendrán en cuenta para las futuras ediciones.

Vaya mi respeto y admiración para todos los heroicos Bomberos de nuestro país.

El Autor

Dedicatoria

A los heroicos bomberos cubanos

A los bomberos caídos

A todos los bomberos del mundo

Lugar especial merecen en este libro, aquellos compañeros que tuvieron el honor y privilegio de dirigir a los valerosos Bomberos cubanos, durante las acciones, siniestros y acontecimientos que han sucedido en estos años de duro trabajo revolucionario.

A los jefes de Bomberos de Cuba después del triunfo de la Revolución

Abelardo Crespo Arias

Ossiel Gonzales (Traidor)

Antonio Castell Valdés

Francisco López castellano

Ángel Esquivel Yedra (Sustitución reglamentaria)

Roberto J. Valdés Martínez (Robertico) (MININT)

Emilio Monsanto Fernández) (MININT)

Adalberto Alfonso Acevedo) (MININT)

Daniel Maceda Arias) (MININT)

Juan Terry Ferrin) (MININT)

Carlos Figueredo Rosales) (El Chino Figueredo) (MININT)

Pedro Pablo Martínez Vasallo (MININT)

Miguel Bermejo Labrada (MININT)

Bienvenido Rafoso Bartolomé) (MININT)

Agradecimientos

A todos los compañeros que de una forma u otra han aportado opiniones, ideas, testimonios, anécdotas, bibliografía y temas que han servido para elaborar y ampliar el contenido de este libro, en relación a las fotos reconocimiento merecido al compañero Puyol.

A, aquellos que desde los primeros momentos atendieron la llamada que les hice para poder confeccionar y publicar este libro, entre ellos: el General de Brigada Armando López (Arquímedes), al actual Jefe de los Bomberos, Coronel Bienvenido Rafoso, Jefe del Cuerpo de los Bomberos desde hace mas de 19 años, y al compañero Rafael Pupo, quien dirige a los bomberos jubilados. Gratitud especial a las compañeras Sara Rivera Oxamendi e Ileana María Rodríguez Hernández, las que muy directamente me ayudaron en todos los trabajos de este libro y a los compañeros de la Editorial, "Capitán San Luis."

De forma muy personal al Comandante de la Revolución Ramiro Valdés Menéndez por haber confiado en mí al proponerme y designarme al frente del Cuerpo de Bomberos en momentos tan delicados para el país. (1962-1965) Le agradezco además, el respaldo en recursos, el apoyo y comprensión que nos dio durante el cumplimiento de esta compleja misión, así como por su presencia física en los hechos de mayor trascendencia y peligro, que siempre nos sirvió de estímulo a todos los Bomberos.

Al General de Cuerpo de Ejército Abelardo Colomé Ibarra "Furry", que siempre ha estado junto a los Bomberos, apoyándolos constantemente con medios y recursos fundamentales para que puedan cumplir con éxito sus múltiples y riesgosas misiones, con mayor seguridad para sus vidas. Además haciendo acto de presencia en los momentos de mayor tensión y peligro.

Con agradecimiento muy especial; a los compañeros que desde el principio integraron el grupo de Orden Interior dirigidos por Colomé: Gral. De Brigada ® Irving Ruiz Brito, (Vice Ministro) Coroneles Pedro Rodríguez Peralta y nuestros queridos hermanos; Coronel. Klebert Martí Lamber (fallecido) y Ricardo Martínez Tamayo (Papi) (caído con el "Che" en Bolivia)

Un abrazo de hermano a cada uno de los valiosos compañeros, Jefes, oficiales y bomberos de aquellos tiempos tan difíciles en los que tuvimos la oportunidad de compartir este honroso trabajo lleno de riesgos y peligros; entre ellos Francisco Guzmán Figueroa "CHIN", Ángel Aragón Delgado, Félix Alonso, Roberto Agramonte, Humberto Lescalle, Labrada, Estrada, Pire, El Chama, Mingo, Humberto Soler Baldaquín (El Loco Baldaquín) y muchos otros. Algunos ya partieron, pero nos dejaron el recuerdo de sus valientes acciones.

Introducción

El título de este libro, "Desafío al Peligro", da la idea exacta de su contenido, pues en él se relatan, fundamentalmente, fuegos, explosiones y acontecimientos relevantes, donde actúan directamente las fuerzas de extinción, de rescate y de otros frentes operativos del Cuerpo de Bomberos.

En el Cuerpo de Bomberos se realizan otras múltiples tareas de significativa importancia que en esta publicación se mencionan, pero de manera muy somera; en futuras ediciones se ampliarán. Como ejemplo podríamos destacar la participación de las mujeres en estas peligrosas actividades, donde en muchos de los siniestros ellas trabajaron directamente, cooperaron y se destacaron. Sucede lo mismo con la prevención contra incendios, que es parte fundamental de la Organización de Bomberos y ayuda a evitar grandes catástrofes. Además, los cursos y entrenamientos, el trabajo que realizan los bomberos voluntarios, las brigadas contra incendios dentro de las industrias y muchos otros temas interesantes.

La propia historia de la institución se presenta en este trabajo en un resumen muy apretado, pero la realidad indica que en unas pocas cuartillas no se pueden reflejar 310 años de trabajo sostenido y peligros enfrentados.

Este libro trata sobre los bomberos de Cuba y su peligroso oficio, los riesgos, las situaciones embarazosas que enfrentan, los actos de valentía, esfuerzos, sacrificios y humanismo que están incorporados en su arriesgada profesión. Está escrito en voz propia de diferentes compañeros quienes explican sus vivencias por medio de relatos de las acciones en las que participaron.

En este trabajo no se excluyen las características personales de los personajes que participan, ni los hechos simpáticos o desagradables acaecidos durante las misiones, hemos querido que el lector reciba un mensaje ameno, que cuente sobre el altruismo de los bomberos, pero que deje claro también que son personas comunes a las que les ocurren múltiples situaciones, algunas de ellas humorísticas. También se presentan otras llenas de dolor, tragedia, horror y espanto. Aquí se recogen relatos de todas las épocas; opiniones, situaciones difíciles, peligrosas; fuegos en lugares llenos de explosivos, rescates, ciclones, hechos sucedidos con personas dementes, derrumbes, escapes de gas, de amoníaco y otras sustancias peligrosas o tóxicas, explosiones, incendios y otros.

Esta publicación también se propone rendir homenaje a compañeros ya desaparecidos, independientemente de la tarea que hayan cumplido dentro de la organización.

Por la peligrosidad y el riesgo que se corre a cada instante durante la actuación de los bomberos, las formas de mando adquieren características muy especiales. El método que se utiliza durante las acciones no es el de enviar los subordinados por delante: los jefes a diferentes niveles son los primeros que exploran el lugar siniestrado y toman sus decisiones partiendo de lo que ven sobre el terreno. La tradición es que los jefes vayan siempre al frente. Independientemente de la valentía individual o personal, el ejemplo de los jefes mueve a estos hombres a engrandecerse. Los bomberos son como una gran familia: todos se cuidan, se preocupan por sus compañeros y siempre están atentos a los movimientos de los que están actuando, listos para ayudarlos o rescatarlos. Independientemente de los riesgos que sea necesario correr, ellos se ayudan y se protegen los unos a los otros.

Quisiera alertar al lector de que la mayoría de los relatos contenidos en este libro, se basan en los primeros años después del triunfo de la Revolución, es decir, que hay muchas cosas que han cambiado parcial o totalmente o se hacen de formas muy diferentes, producto de la mejor preparación de las fuerzas, con la incorporación de personal de mayor nivel escolar, contando en la actualidad el Cuerpo de Bomberos, con personal de alta calificación, ingenieros, técnicos y especialistas, así como la técnica de extinción, sus carros especializados y el equipamiento de uso personal utilizado hoy día, son de alta tecnología y compiten con cualquier organización internacional de Bomberos.

Esta edición se ha escrito en homenaje a los Bomberos del mundo y muy especialmente para los Bomberos cubanos.

El autor

Capítulo I *Historia y actualidad del cuerpo de Bomberos*

Desafío al peligro comienza con una breve reseña de las principales actividades de los bomberos durante diferentes épocas, pues hace ya 310 años que esta organización se fundó en nuestro país.

La compañera Sara Rivera Oxamendi, directora del Museo Nacional del Cuerpo de Bomberos de la República de Cuba, en varios encuentros y largas conversaciones, nos ha ido narrando las incidencias y el resultado de las investigaciones realizadas. Para ellas se utilizaron libros de procedencia nacional y extranjera, testimonios y relatos de diferentes compañeros, actas sobre hechos concretos. Además, se han localizado datos y documentos de valor histórico en los Archivos Nacionales y en la Biblioteca Nacional de Cuba, en los archivos de periódicos y revistas y en los del Ministerio del Interior y del propio Cuerpo de Bomberos.

Sara nos muestra fotografías de incendios y catástrofes, de la Escuela de Bomberos y sus alumnos durante los entrenamientos, de algunos de los mártires de la institución, incluyendo las del Panteón de los Bomberos en el Cementerio de Colón, mientras nos va narrando los principales hechos ocurridos en diferentes épocas, incluyendo los equipos con que se contaba. (ver 1) pliego de fotos.

Comienza hablándonos sobre la etapa colonial:

—Los factores económicos siempre han determinado las características de los cuerpos de bomberos y las formas en que estos emprenden su sistema de protección contra incendios. Con el desarrollo de la sociedad surgieron las ciudades, y con ellas, el peligro de los grandes incendios, así como la necesidad de organizar los primeros cuerpos de bomberos.

”En Cuba esta actividad data del año 1696, cuando en el actual municipio de Santa Clara, en el centro del país, se fundó la primera agrupación de este tipo. Posteriormente surgen otras como la del poblado de Batabanó, que tuvieron vida efímera y, por tanto, no fueron reconocidas oficialmente.

”Durante la época colonial, las autoridades emitieron bandos y ordenanzas con el objetivo de tomar medidas para evitar el surgimiento y propagación de incendios, así como para proveerse de los medios de extinción necesarios.

”El siglo XIX marca el surgimiento de los cuerpos de bomberos como entidades oficiales, debido al incremento de los fuegos, sus proporciones y las pérdidas humanas y materiales. El 14 de enero de 1831 se creó en Santiago de Cuba el Cuerpo de Honrados Bomberos, cuya organización y estructura fueron reconocidas por las autoridades

coloniales el 3 de julio de 1838. En Santa Clara se estableció el cuerpo de bomberos en junio de 1832, oficializado en 1856 por la Capitanía General. El Cuerpo de Honrados Obreros y Bomberos de La Habana se constituyó el 12 de diciembre de 1835 por orden del Capitán General, don Miguel Tacón. Su reglamento fue aprobado por Real Orden el 10 de mayo de 1838. El Cuerpo de Honrados Obreros y Bomberos de La Habana abrió su primer cuartel en la calle Obrapía, y se llamó San Felipe, contando con cuatro bombas tiradas por caballos: la "Virgen de los Desamparados", la 'España', la 'Gamiz' y la 'Zencowiech', además de un carro escalera y otro de auxilio.

"En estos tiempos el capital comercial había alcanzado gran desarrollo en el país, y las compañías de seguros determinaron, para su propio beneficio, crear un Cuerpo de Bomberos Voluntarios, integrado por jóvenes del comercio. Su cuartel se inauguró el 19 de septiembre de 1873, y radicó en el número 19 de la calle San Ignacio. Prestaron sus servicios con las bombas: 'Colón', 'Cervantes' y 'Habana'; además, disponían de un departamento de sanidad con cuatro médicos, un farmacéutico y 21 sanitarios.

"La rivalidad entre ambos cuerpos era incesante, se disputaban hasta la toma de agua al llegar a los incendios, haciendo infructuosas las labores de extinción.

"En la noche del sábado 17 de mayo de 1890 ocurrió la mayor catástrofe de la época: el incendio de la ferretería **10** de Juan Isassi, ubicada en la esquina de las calles Mercaderes y Lamparilla, en La Habana Vieja. Acudieron al fuego bomberos municipales y bomberos del comercio.

"El claudestaje de mercaderías y productos químicos e inflamables ocasionó una explosión en la que murieron 38 personas, entre ellos bomberos, agentes de orden público y espectadores. Además, hubo numerosos heridos y mutilados.

"El suceso impactó tanto a la opinión pública que hasta las revistas humorísticas dedicaron notas de condolencia y las principales personalidades literarias de la época ofrendaron crónicas, artículos y poemas al suceso. El entierro de las víctimas constituyó una de las mayores demostraciones de duelo que se recuerda de esa época. Al sumarse tantos nombres de golpe al martirologio bomberil, el sentir popular pasó de la admiración a la más ferviente idolatría. Como homenaje de recordación a estos 'Soldados de la Humanidad' fue erigido un monumento en el Cementerio de Colón, donde cada 17 de mayo los cuerpos de bomberos hacen guardia de honor.

La compañera Idalma Menéndez Febles, periodista del periódico El Guerrillero de la provincia de Pinar del Río, nos aporta otros datos sobre la historia de los bomberos cubanos:

—Si bien el fuego, cuando fue descubierto, constituyó una bendición, con el paso del tiempo, en algunas ciudades ha sido un elemento devastador. Para contrarrestarlo surgen los primeros cuerpos de bomberos en algunos países. Los primeros bomberos no disponían de técnicas ni herramientas adecuadas para controlar incendios de grandes magnitudes. En ocasiones no podían hacer otra cosa que conformarse con observar cómo el fuego consumía grandes edificaciones y todo cuanto estuviera a su alcance.

”Las primeras máquinas especializadas que aparecieron en el siglo XVII eran simples cubos sobre rodillos o ruedas. El agua se hacía llegar al fuego por medio de recipientes que pasaban de mano en mano.

”La invención en Holanda, en el año 1672, de la manguera de cuero cosida a mano permitió a los bomberos acercarse más al fuego sin poner en peligro su equipo y lograr más precisión en la dirección del flujo de agua. Al mismo tiempo se desarrollaron sistemas de bombeo que permitieron sacar agua de ríos y estanques.

”A principios del siglo XIX los remaches de cobre sustituyeron a las costuras de las mangueras, que podían alcanzar ya hasta 15 metros de longitud, unidas con adaptadores de bronce.

”En 1870 se empezó a fabricar un tipo de manguera de caucho o hule recubierta de algodón. La máquina de bombeo a vapor se usó en las grandes ciudades entre 1850 y 1860. Con la introducción del motor de combustión interna a principios del siglo XX, los bomberos se motorizaron. El primer coche con un solo motor para la bomba y para propulsarse se fabricó en Estados Unidos en 1907. En 1925 los coches a motor habían reemplazado totalmente a los de vapor. Las bombas evolucionaron hasta llegar a las bombas centrífugas que usan hoy casi todos los bomberos de las grandes ciudades.

”Con el tiempo, los bomberos han podido disponer de potentes bombas capaces de expulsar agua a distintas presiones, mangueras de gran longitud, mangueras cortas de gran diámetro para conectarlas a bocas de riego y tanques de agua para atacar el fuego mientras se efectúa la conexión o para lugares donde no hay bocas de riego. En las zonas rurales los bomberos llevan mangueras de succión para abastecerse del agua de ríos y estanques.

”El 13 de noviembre de 1696 se creó el primer Cuerpo de Bomberos en Cuba, en la localidad de Placetas, provincia de Villa Clara. Poco a poco se van organizando en el resto de las localidades, hasta que aparecen los primeros bomberos en Pinar del Río.

11

Sara continúa contándonos nuevos detalles y explicándonos sobre la etapa republicana, al comenzar el siglo XX:

—Los cuerpos de bomberos de la República mediatizada no presentan mejor situación y sustentan sus gastos, en parte, por el gobierno a cada nivel y además, por las colectas públicas, teniendo un peso fundamental, al igual que en la etapa colonial, el carácter voluntario de sus afiliados con estructura y organización militar.

”En 1935 se unificaron nacionalmente bajo el nombre de ‘Cuerpo Nacional de Bomberos’, que abarcaba las seis provincias, los ocho municipios de La Habana y más de dieciséis términos municipales correspondientes a otras regiones del país. Esta etapa se caracterizó por un débil desarrollo de la actividad preventiva, la cual estaba separada del trabajo de extinción. Numerosas gestiones se realizaron con el Poder Ejecutivo y el Congreso para mejorar el sostén del Cuerpo de Bomberos, sus técnicas contra incendios y las labores de prevención, pero los gobiernos de turno de la época hicieron caso omiso al clamor de los bomberos. Las bases generales de los cuerpos se fueron perdiendo, aunque quedaban honestos ciudadanos que mantenían con honor tan humanitaria labor, también se le incorporaron personas poco escrupulosas, dedicadas a saquear todo lo de valor que encontraban a su paso. Estos son los mismos sectores que se prestaban para reprimir las manifestaciones de lucha estudiantil y obrera del pueblo.” Los pocos recursos destinados al Cuerpo por el Ministerio de Gobernación, eran utilizados por los politiqueros de turno para situar a familiares y amigos en cargos que nunca existieron. La necesidad de mantener unido nacionalmente al Cuerpo de Bomberos sólo se logra con el triunfo revolucionario de 1959.

”A partir del triunfo de la Revolución, el Estado asume la conducción de los cuerpos de bomberos, en los cuales se producen cambios que revolucionan el funcionamiento, organización y objetivos generales del trabajo, a lo que, por supuesto, no es ajeno el desarrollo de la técnica empleada para la extinción. Se comienzan a tomar medidas encaminadas a preservar los bienes de la sociedad, y la lucha contra los incendios ocupa un importante lugar.

”Hasta mediados del año 1962, el Cuerpo de Bomberos estuvo subordinado a las comisiones municipales y su órgano rector. La agudización de las luchas de clases, alentada por el imperialismo yanqui, llega a materializarse en forma de sabotajes incendiarios, lo que obliga al Gobierno Revolucionario a incorporar las funciones del Cuerpo de Bomberos al Ministerio del Interior, como un órgano destinado a defender las conquistas revolucionarias.

”Como consecuencia de actos terroristas, el 12 de mayo de 1968 pierden la vida dos valerosos combatientes del Cuerpo de Bomberos, Elías Moya Téllez e Iván Lugo Machado. Posteriormente la Escuela Nacional de Protección

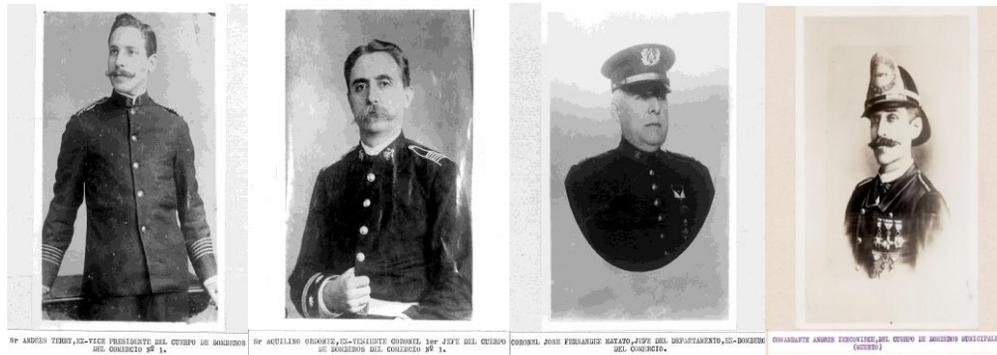
12

contra Incendios toma el nombre de 'Mártires de la Calle Patria' en homenaje de recordación a estos jóvenes revolucionarios.

La labor preventiva, pilar de esta actividad, está fundamentada en las leyes que instrumentan y exigen el cumplimiento de las medidas de prevención por parte de la población y los objetivos económicos. Un aspecto significativo, que ha contribuido en gran medida a la educación de nuestro pueblo en esta tarea, ha sido la celebración anual de la Semana Nacional de Prevención de Incendios, iniciada en noviembre de 1966, y que en la actualidad se mantiene, con el fin de establecer una vinculación directa con el pueblo y divulgar masivamente los principales objetivos de la campaña.

Como colofón de nuestra conversación, Sara concluye que la noble labor de salvaguardar la vida y los bienes del pueblo abarca la actividad de salvamento y rescate e implica el cumplimiento de peligrosas y arriesgadas misiones ante desastres naturales, derrumbes y accidentes. Los bomberos cumplen tareas riesgosas, altamente estimadas por la población, la cual, con plena confianza en nuestros combatientes, solicita su ayuda siempre que el caso lo requiere, convencida y confiada en que acudirán presurosos y decididos al lugar de los hechos, sin temor a ofrendar sus vidas en el cumplimiento de su deber, protegiendo de las llamas los bienes que el pueblo produce y garantizando la seguridad de la sociedad.

13



SR AMBRO TIRAS, ES-VICE PRESIDENTE DEL CUERPO DE BOMBEROS DEL DISTRITO Nº 1.

SR ACUILANO ORDOZ, ES-TENIENTE CORONEL 3er JEFE DEL CUERPO DE BOMBEROS DEL DISTRITO Nº 1.

CORONEL JOSE FERNANDEZ SASTO, JEFE DEL DEPARTAMENTO, ES-BOMBERO DEL DISTRITO.

COMANDANTE ANTONIO FERROVIERA, JEFE CUERPO DE BOMBEROS MUNICIPALES (CUERPO)

Jefes de Bomberos



OFICIALES Y HOMBROS DEL COMERCIO.
(HERILOS GRAVE)



JEFES, OFICIALES Y HOMBROS DEL CUERPO DE BOMBEROS DEL COMERCIO
(SUERTOS)



Ofrenda de los Cuerpos de Bomberos Confederados de la
República "in memoriam" de las víctimas del
17 de Mayo de 1924

Algunos de los Bomberos que resultaron Muertos durante la catastrophe



"CERVANTES"



"COLON"

BOMBAS QUE CONCURRIERON



"VIRGEN DE LOS DESAMPARADOS"



"HABANA"

Capítulo II

Los comandos actuales



Los comandos actuales: es una publicación tomada con la autorización del Periódico Guerrillero, de la provincia de Pinar del Río”, el artículo es de la periodista Idalma Menéndez Febles y las fotos del compañero Daniel Mijans.

Vista externa del Comando provincial en Pinar del Río.

Actualmente brinda servicios de extinción de incendios;

emergencias (salideros de gas licuado, cortos circuitos); protección a eventos, actos provinciales, carreras de motos, circos, entre otros; salvamento y rescate (ejecutado por un grupo especializado). La unidad acoge a jóvenes del Servicio Militar General (SMG), a los cuales capacitan y enseñan las “artes” de los bomberos. Al finalizar el período previsto, muchos de ellos optan por quedarse en el Comando.



Aquí llega el primer aviso. Inmediatamente se verifica la autenticidad de la llamada y se toca la alarma que anuncia la partida del equipo.

15

Momento en que suena la sirena y el grupo se dispone a partir. Con la rapidez que los caracteriza se lanzan por la cercha (tubo por donde bajan los bomberos).



Salida. Durante el trayecto el equipo termina de vestirse.

Trajes especiales y cascos protegen del intenso calor

O gases venenosos, según el caso.

Primero sale el carro autocisterna y detrás el carro cisterna, encargado de suministrarle el agua al anterior cuando se le agota.



En un incendio, el equipo, además de contraer y extinguir el fuego, realiza operaciones de rescate, protege áreas cercanas y dirige el trabajo de salvamento.



Carro de salvamento y rescate. Contiene útiles necesarios para la actividad, como camillas, salvavidas, compresores, moto sierra, extintor..., así como medios complementarios de reciente adquisición.

Vestimenta completa de un bombero, la cual es muy difícil adquirir para el gobierno cubano por las

consecuencias del bloqueo económico impuesto por Estados Unidos. La indumentaria total de un solo bombero cuesta más de 1 000 dólares. Solamente la manguera mide 20 metros de largo, y cada metro cuesta entre 15 y 17 dólares.



Aula técnica. Aquí adiestran a los jóvenes del SMG que llegan por primera vez al Comando antes de salir a enfrentar el peligro. El aula está equipada con medios y equipos que sirven de soporte a las clases.



Jesús Orestes Arteaga, actual jefe del Comando de Protección contra Incendios en Pinar del Río. Suena la alarma y, antes de los 45 segundos, un grupo de arriesgados hombres se pone en marcha, dispuesto a enfrentarse a las llamas. Comienza el trabajo duro y peligroso. Su misión: salvar vidas. No importa dónde.

Explosión e Incendio en el vapor “La Coubre”:

Al producirse la primera explosión en el Vapor La Coubre, el oficial de guardia del control de radio de la Policía Nacional Revolucionaria, le informa lo ocurrido al Comandante Efigenio Ameijeiras Delgado, Jefe de la Policía Nacional en aquellos tiempos, Ameijeiras me dice, vamos Robertico, que exploto un barco con armas y explosivos en el puerto y al parecer hay muchos muertos y heridos. En un carrito de carreras “Corvette”, de dos plazas, que existía en la comandancia y que siempre el manejaba, nos dirigimos al lugar, como flecha. En aquellos tiempos era el jefe de su escolta personal, ya que yo había combatido bajo su mando en el Segundo Frente Oriental “Frank País” y bajo las órdenes del Comandante Raúl Castro Ruz, Jefe de nuestro Frente guerrillero. En muy pocos minutos llegamos al lugar de la explosión, pasando muchísimo trabajo para acercarnos al buque por el gran cumulo de personas corriendo hacia todas partes, unos gritando, otros pidiendo auxilio, otros llorando. Se nos dificulto muchísimo más el poder acercarnos al barco, aquello era horroroso, desolador; en la calle cercana al navío se encontraban personas desbaratadas, hechas pedazos, sesos por los pisos, cadáveres sin cabeza y achicharrados, sangre por la calle, piernas sueltas con sus botas puestas, cabezas solas con los ojos botados, cuerpos mutilados y pedazos de cara sin carne alguna, en puro hueso, como si llevasen un año de muertos y enterrados, pedazos de mandíbulas con sus dientes, cuerpos totalmente deformados, otros cuerpos pequeños como si lo hubiesen asado en un horno, totalmente carbonizados, parecían muertos por un ataque aéreo con bombas incendiarias. Otros corrían totalmente ensangrentados, con las manos en la cara, otros andaban como zombees, totalmente desorientados al caminar, otros cargados o auxiliado por personas residentes en las cercanías, policías, bomberos, milicianos y otros que ayudaban desde el primer momento de ocurrida la explosión. De inmediato localizamos a un oficial del buque que hablaba bastante bien el español y que se había salvado de milagro, ya que en los momentos de la explosión se encontraba caminando por la zona.

Este marino le explico a Efigenio su preocupación de la posibilidad de que se produjese una segunda explosión y dio detalles del buque y su carga. Nos mantuvimos un buen rato en la calle al lado del barco recién explotado, Efigenio dando órdenes e impartiendo misiones de todo tipo a los oficiales de la Policía Nacional Revolucionaria que se iban incorporando poco a poco, también desde un patrullero que acercamos al lugar.

Posteriormente el oficial nos llevo por una escalerilla colgante, con tablas de madera como piso y sogas como pasamanos, y que en esos momentos estaba siendo utilizada para la evacuación de heridos y que increíblemente se había mantenido colgada del barco a pesar de la fuerte explosión. Aquello era un verdadero desastre, todavía se encontraban en la cubierta o parte superior del buque, varios cuerpos y pedazos de seres humanos y algunos heridos que estaban siendo auxiliados, algo verdaderamente doloroso y de espanto. Llegamos a una de las bodegas del barco, donde se encontraban cajas llenas de granadas para fusiles FAL, habían varios grupos de compañeros cargando cajas, muchas de ella todavía humeantes. Llevábamos bastante tiempo en el lugar, (no tengo idea de cuánto tiempo), aunque a mí personalmente me parecieron años, aquello era algo indescriptible, imposible de explicar, no existen palabras con el significado adecuado, que sean capaces de narrar aquella epopeya de tan profundo dolor y muerte, era algo tétrico y aterrador.

Llega uno de nuestros compañeros de la escolta, que se incorporaron posteriormente, ya que los habíamos dejado botados con nuestra rápida salida de la comandancia y por el veloz vehículo que llevábamos, y me dice el combatiente; Robertico por ahí viene Fidel y dicen que Raúl también está llegando. Rápidamente se lo informo a Efigenio y él me dice, vamos rápido que ni Fidel ni Raúl, deben llegar hasta aquí.

Le dimos alcance al Comandante en Jefe y al Comandante Raúl que ya se encontraban bastante cerca del barco, venían avanzando sobre la línea del ferrocarril existente en el lugar y ya se encontraban a dos cuadras del antiguo cuartel de San Ambrosio, debajo de los puentes metálicos, en la propia "Avenida del Puerto" aproximadamente a unos 400-500 metros del Barco en llamas, con riesgo total para sus vidas.

El comandante Efigenio Ameijeiras les explicaba a ambos dirigentes la conversación que había sostenido con el oficial de la embarcación, que hablaba bastante bien el español, el cual le había dado su opinión y que el mismo creía que había peligro inminente de otra explosión. En esos propios instantes se produjo la segunda explosión. Recuerdo que todos los presentes de forma instintiva tratamos de cubrir lo más posible al compañero Fidel, hicimos un ruedo a su alrededor, cubriendo lo más posible su gran estatura y su grandeza, con nuestros cuerpos. Fue una devastadora explosión que vomitó metal ardiente a grandes alturas y distancias increíbles, algo infernal, un doloroso espectáculo de muertos y heridos, de fragmentos humanos, personas quemadas y otras totalmente achicharradas. En el área exterior del buque todo era una locura, cadáveres, pedazos de cuerpos, además de la llegada constante de autos, ambulancias, carros de bomberos, pipas de agua, camiones, combatientes de las FAR, Bomberos, Policías, Milicianos, así como dirigentes del Partido y del Gobierno, entre otros; los Comandantes Ernesto "Che Guevara", Samuel Rodiles Planas, El Guajiro Crespo, El Dr. Faustino Pérez y muchos otros.

18

Muchas granadas explotaron y crearon un hongo con fragmentos de todo tipo, que volaron como cohetes disparados hacia todas direcciones. La explosión no terminaba, era un estruendo acompañado de vibraciones y fuerte ruido, se sentían los silbidos de los grandes pedazos y de los fragmentos metálicos cuando pasaban cerca, además de vibraciones y ruidos impresionantes que los acompañaban en su vuelo, los segundos parecían horas.

El público, lleno de dolor, se amontonaba en los elevados frente a la planta generadora de electricidad (Tallapiedra), clamando y gritando por sus familiares o amigos, por sus compatriotas, empujando a los cordones de policías y de milicianos, tratando de pasar para ayudar o saber de los suyos.

El comandante Raúl Castro en palabras que por lo peligroso de aquel momento, las llevo clavadas en mi memoria textualmente, pero no son repetibles. Le dio enérgicas instrucciones al comandante Ameijeiras, indicándole que la población no podía pasar bajo ninguna condición. El resultado ya es conocido: más de cien muertos y muchos heridos.

Sin Chovinismo de ninguna índole, a título personal les comento que es increíble la valentía y la disposición del pueblo cubano ante un hecho de tanta peligrosidad, hay que ver aquellos hombres y mujeres cargando pedazos de personas, totalmente quemadas, despedazadas y sabiendo que los mismos riesgos y peligros ellos también los estaban corriendo. Hay que ver cuanta dignidad y decoro y con cuanto amor exponen sus vidas los cubanos en aras de ayudar a los demás.

Testimonio del Teniente Roberto Agramonte.

Jefe de dotación del primer carro de bomberos que llegó al lugar de la explosión del vapor “La Coubre”

El día 4 de mayo de 1960, siendo aproximadamente las 15:00 horas, se produce una explosión muy fuerte, que estremeció toda la Ciudad de la Habana, en el barco “La Coubre”, el cual se encontraba cargado de pertrechos militares procedentes de Bélgica para la defensa de la Revolución. El estallido creó una gran nube de humo negro en el cielo, que fue vista desde toda la ciudad.

El jefe de la Unidad de bomberos N° 1 de Corrales, Mario Morán Miranda, ordena la salida de todas las técnicas de la Unidad: el carro de primer aviso, 17 de Mayo y dos fluchers (pipas de agua). Al llegar el carro 17 de Mayo al lugar, todos quedamos perplejos al ver aquel tétrico panorama; por doquier cuerpos de personas destrozados, brazos, cabezas, personas y cuerpos quemados, algunos moviéndose, lamentándose, era un escenario desolador. De inmediato el capitán Morán ordenó que nos dedicáramos a recoger los lesionados y partes de cuerpos y los lleváramos a los carros que estaban trasladándolos a los hospitales. Entonces comenzaron a llegar técnicas de otras unidades de bomberos, de las N° 2, 3, 4, 5 y otras, las cuales estaban laborando cuando se produce la segunda explosión, que dejó un saldo mucho mayor de víctimas y lesionados en general. Como resultado de esta segunda detonación resultaron heridos de gravedad los bomberos Roberto Arnau, de la unidad N° 3, y Cecilio Álvarez, de la unidad N° 9. Además, resultaron averiadas varias técnicas contra incendios. Ver imágenes (fotos 3) grupo de fotos que muestran imágenes del terrible sabotaje.

Testimonio del Mayor Luis Álvarez Valdés, El Chama

Entre los principales incendios provocados por manos asesinas, en los cuales el Cuerpo de Bomberos puso de manifiesto el estoicismo de sus hombres, se destaca el miserable sabotaje al vapor francés La Coubre, que transportaba armas para nuestro pueblo, donde trabajaron los bomberos, unidos a la Policía Nacional Revolucionaria, la Cruz Roja, el Ejército Rebelde, la Marina de Guerra Revolucionaria, el pueblo y, al frente de todos, el Comandante Fidel Castro y los comandantes Raúl Castro Ruz, Ernesto Guevara, Efigenio Ameijeiras y otros valiosísimos dirigentes de la Revolución. Todos se afanaron arduamente en las tareas de dirigir el rescate y auxilio a las víctimas de aquella explosión, de donde resultaron decenas de fallecidos y heridos.

Recuerdo esos impresionantes momentos, esa primera experiencia de enfrentamiento de los bomberos de la Revolución a aquel monstruoso sabotaje, con técnicas muy anticuadas, con una estructura organizativa que no respondía al desarrollo económico, político y social de aquellos años.

En el incendio de La Coubre, al estar combatiendo las llamas, resultó herido en una pierna, por el impacto de un proyectil, el bombero Roberto Arnau Castillo (fallecido). A esta catástrofe acudieron las técnicas de la capital y de la actual provincia de La Habana, y en la noche, mientras se realizaban las labores de escombros, se incorporó un carro de bomberos de la provincia de Villa Clara.

En años posteriores se fueron recibiendo nuevas técnicas de extinción y rescate con la ayuda de la Unión Soviética. Además, se envió el primer grupo de diez estudiantes a los cursos superiores de bomberos de la URSS.

Capítulo III- Los incendios

En nuestro trabajo diario sucedían múltiples hechos, pero primaban los fuegos, muchos de ellos producidos por mal almacenamiento de los productos, pues muchas veces se ligaban en el mismo almacén diferentes materias primas mal colocadas o altamente combustibles; también había negligencia y no se trabajaba con profundidad en la esfera de la prevención contra incendios, faltaban normativas y medidas preventivas, paredes cortafuego, detectores de humo, medios automáticos de extinción y otros con los que contamos hoy en día. En los primeros años después del triunfo de la Revolución, la mayoría de los grandes incendios eran producto de sabotajes y de las constantes agresiones que recibíamos directamente desde Estados Unidos a través de los agentes de la CIA. Los individuos atacaban de acuerdo con los problemas económicos que hubiera en el país en un momento dado, por ejemplo: arremetían contra las materias primas para producir determinado medicamento, o provocando la parálisis de una producción, o actuaban para causar disgustos en la población; es decir, los sabotajes estaban acompañados de estudios para producir daño al país. Cuando teníamos dificultades en las transportaciones procedentes del exterior, a cada rato surgía un incendio en un barco: nos quemaron el Aracelio Iglesias, el Camilo Cienfuegos, el Bahía de Matanzas, los muelles en la zona de Atarés, además de provocar incendios en lanchas, remolcadores y otros medios navales.

20

Cuando existían problemas con la producción de medicamentos o productos farmacéuticos, nos incendiaban, en días cercanos unos a los otros, los almacenes de productos químicos que contenían las materias primas para las medicinas; incendiaban, además, laboratorios o fábricas de medicinas.

Se produjeron otros grandes incendios en las fábricas de plástico y sus almacenes, en las plantas recicladoras y almacenes de neumáticos o de humo negro (materia prima), en las imprentas, periódicos y revistas.

Independientemente de los que ocurrían por problemas operacionales o de mal almacenamiento, en múltiples ocasiones nos provocaban incendios en la refinería o los almacenes de combustible, en las plantas de gas, en las fábricas de cerveza, de calzado, en almacenes de madera, en las grandes carpinterías, en fábricas de juguetes de madera, en los almacenes de automóviles, en hoteles, fábricas de colchones, en grandes obras como la del Banco Nacional de Cuba en construcción — hoy hospital Hermanos Ameijeiras.

Hubo fuegos de grandes proporciones en centros comerciales: en un mismo día a las cinco de la tarde nos incendiaron los tres Ten Cents: el de la calle Obispo, el de la calle Monte y el de Galiano,

ocasionándonos grandes problemas organizativos y prácticos, ya que los recursos con que contábamos en nuestras unidades eran escasos, sobre todo, nos faltaban pipas de agua.

También se produjeron incendios en fábricas de colchones, en la sede de organismos estatales como el MINCEX, donde estuvieron en riesgo documentos estratégicos para la economía del país. En otros lugares, como puertos y aeropuertos, aviones accidentados o con intentos de secuestro, en lugares donde afectaban directamente a la población, como el círculo infantil “Le Van Tam”, donde hizo acto de presencia el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. También se produjeron incendios en accidentes de tránsito, como el de la calle 51 en Marianao, donde hubo más de veinticinco muertos y numerosos heridos y quemados.

Un tipo de incendio que muchas veces es provocado por la sequía, por la negligencia, y otras veces por sabotajes; son los forestales y los de la caña, que son de extremo peligro por las continuas variaciones del viento, donde pueden quedar atrapados los combatientes, además de que se prolongan por varios días y los hombres sufren intenso agotamiento. Dentro de las limitaciones prácticas que a diario confrontábamos, había una aguda carencia de comunicaciones, ya que en aquellos momentos la electrónica era incipiente: no teníamos walkie talkies, ni teléfonos celulares o móviles; las plantas de radio eran limitadas, casi todas estacionarias o colocadas en los carros de extinción. Es decir, teníamos que meternos por lugares de extremo peligro, en alturas, estrechos, con fuego o explosiones, y nos comunicábamos a través de silbatos, por medio de combatientes que fungían como enlaces o por los equipos de radio militares R-104 y R-105 que eran de origen ruso y bastante grandes y pesados, por lo cual nuestros comunicadores corrían bastante riesgo en su misión, al tener que seguirnos dentro de aquellos infiernos.

Es muy importante atacar y extinguir un incendio a la mayor brevedad posible, para evitar su propagación y evitar grandes tragedias. En otras palabras esto quiere decir: Los bomberos tienen que llegar lo más rápido posible a los incendios. Para poder llegar en menos de tres minutos, poco a poco se fueron construyendo unidades equidistantes.

En los testimonios que más adelante brindaremos, se ponen de manifiesto las cosas casi increíbles que en ocasiones les suceden a los bomberos al llegar a un lugar siniestrado: hay que tener el corazón en el medio del pecho y los pantalones bien puestos para reaccionar y actuar en contra del instinto de conservación humano.

De diferentes formas y en múltiples ocasiones al entrar a un lugar donde se producía un incendio o una catástrofe, venían saliendo a toda carrera los dirigentes, o los especialistas del lugar, o los trabajadores, o todos juntos, muchos de ellos con los ojos desorbitados y gritando a toda voz: “¡Corran!, ¡corran, que va a explotar! ¡Salgan de aquí, que va a explotar! ¡Va a explotar!”.

Otros se nos acercaban muy agitados: "Jefe, yo soy el especialista de este lugar, o el jefe de esta unidad militar, o el técnico de esta planta, y sé lo que le estoy diciendo: aquí tenemos tantos barriles de tal explosivo, o tal carga de municiones, o tal tipo de combustible almacenado, y el fuego está muy cerca, ¡y va a explotar! ¡Salgan de aquí, que va a explotar!" Constantemente éramos recibidos con estas alarmantes noticias.

A pesar de estar advertidos del riesgo potencial existente, teniendo conocimiento y conciencia del peligro al que se enfrentaban nuestros hombres, teníamos que tomar la decisión de entrar a los lugares. Tuvimos este entusiasta recibimiento en el fuego de la revista Bohemia, en la avenida de Rancho Boyeros, cuando comenzábamos a subir y venía escalera abajo un grupo de compañeros gritándonos: "¡Salgan de aquí, que va a explotar! ¡Va a explotar!" En esta planta había más de cien tanques de productos altamente inflamables o explosivos.

También en fuegos producidos en unidades militares, en un barco de la Marina de Guerra, donde el jefe de la nave me pidió que no entrásemos al barco, ya que el incendio se encontraba muy avanzado y estaba localizado en la zona de los proyectiles, así como en el fuego ocurrido en el ITM, (Instituto Técnico Militar), en el que los cuerpos de cuatro estudiantes fallecidas obstruían el acceso al aula donde murieron por una explosión; el aula ardía con gran intensidad y en ella se producían pequeñas explosiones constantemente. El estallido se produjo al realizar los alumnos una prueba sobre los líquidos combustibles y sus propiedades inflamables. La prueba consistía en conectar a una batería y unir las puntas de dos cables que se encontraban dentro de un recipiente lleno de gasolina (parecido a una pecera mediana); al unirlos se producían fuertes chisporroteos en el fondo y nada ocurría, pero como los cables estaban sumergidos en el líquido, no ardían ni explotaban. Al parecer, sin querer sacaron los cables del recipiente y las chispas salieron del líquido, contactando con el área de los gases emanados por la gasolina (capaces de arder).

Según nos alertaban constantemente los profesores y personal directivo del lugar, aquello era un lugar lleno de productos explosivos activados, era una base material de estudios muy peligrosa, incluyendo un cohete (tierra mar) que parecía un avión Mig 15 de combate, y el fuego se encontraba muy próximo a su cola.

Testimonio de Humberto Soler Baldoquín (El Loco Baldoquín) Incendio en la Petroquímica del Cotorro

Era aproximadamente las 12:20 p.m. del 16 de febrero de 1962 cuando se produce una salida por un incendio de gran magnitud, provocado por un sabotaje. Al llegar al lugar de los hechos aquello parecía el infierno, las explosiones eran continuas había bidones de 55 galones que se entrelazaban entre las vigas de acero del techo de la nave. Al tirarme del carro, unos compañeros de la Unidad no. 1 me gritaban que tuviera cuidado, pero que

sacara al capitán Blee que se iba a morir, que se encontraba solo por una puerta lateral en una de las naves. Las advertencias de mis compañeros me hacen vacilar unos instantes, pero veo al capitán que con gran arrojo combatía él solo un sector del incendio. Entonces me digo: “Caramba, si el capi combate solo a su edad, y yo soy joven y revolucionario, ¿cómo voy a dejar que este compañero muera?”, y voy a su rescate.

Al llegar, me pregunta:

—¿Qué pasa, mi hijo?

—Capi —le contesto—, vamos a retroceder, que esto es demasiado peligroso.

—No te alarmes —me dijo—, que esto no es nada, avanza conmigo y verás que poco a poco controlamos la situación.

La valentía de este compañero me hace reaccionar y soy yo quien penetra en la nave y subo a una tonga de tanques, arengando a otros compañeros; rato después se incorpora un vigilante de la PNR, al pasar unas horas él me dice que siguiera yo, que él se sentía muy mal, y se retira. El compañero resultó ser Argelio Fernández del Toro. Posteriormente conocimos que a la mañana siguiente había fallecido a consecuencia de la inhalación de los gases tóxicos emanados del proceso de combustión de los diversos productos químicos.

Días después, ya en la unidad, me llama Entrialgo y me pregunta qué me pasaba que casi no le hablaba, a lo que le contesto que me sentía muy apenado, porque en los primeros momentos del incendio yo había vacilado y él, siendo un hombre ya mayor, había demostrado gran valentía en el combate frente a las llamas. Me dice: “No te preocupes tanto, que la vacilación fue el instinto de conservación que sienten los bomberos en su fase inicial, pero tú tienes condiciones y coraje para ser de los buenos. Lo que yo hice era mi deber como jefe. El combate del incendio es como una guerra, el jefe debe dar el ejemplo guiando a su tropa: si el jefe avanza, la tropa lo sigue; pero, además, mientras mayor sea el peligro, más rápido hay que tomar la decisión: avanzas o retrocedes. Y hay que tener presente que si se va a producir una catástrofe, el peligro está presente lo mismo más cerca que menos próximo al incendio”.

Esto fue una gran enseñanza para mis próximas actuaciones.

Testimonio de Rafael Rodríguez Escobar (hijo)

Era una inmensa nave que almacenaba grandes cantidades de productos, en su mayoría, químicos, así como cientos de tanques de carburo, insecticidas, botellones de acetileno, gas licuado, oxígeno y otros.

El techo en su totalidad era de planchas de zinc, razón por la cual, cada vez que estallaba un botellón de gas licuado o de acetileno, las cabezas de dichos botellones se convertían en proyectiles de gran poder, que en su ascenso chocaban con las planchas de zinc, las desprendían y las empujaban consigo a alturas de 30-40 metros. Al terminar el ascenso, las planchas de zinc comenzaban a descender planeando, es decir, se convertían en gigantes cuchillas, unas balanceándose y otras en picada, a gran velocidad.

Al arribar el carro M1 al objetivo, se ubicó justo frente a la entrada principal de la nave, la cual estaba situada al borde de la carretera central y junto al carro M12. Inmediatamente comenzamos a preparar los tendidos de mangueras, cosa que resultó bastante peligrosa, ya que tuvimos que hacer el empate de los tramos bajo la lluvia

de planchas de zinc. En más de una ocasión tuvimos que soltar los tramos, correr y meternos debajo de los carros de bomberos para evitar las cuchillas voladoras gigantes.

No olvidaré nunca la valentía del que era jefe de la Unidad nº 1 de Corrales, compañero José Ramón Entrialgo Sotolongo, al que cariñosamente llamábamos El Capitán Blee. Bajo su mando nos encontrábamos pitoneando un grupo de bomberos (en el lateral izquierdo de la nave, ya que por la entrada principal no se podía penetrar por las constantes explosiones), y llegó un momento en que nos parecía que aquel inmenso paredón nos iba a caer encima a todos, no obstante, el Capitán Blee ordenaba: "Un pasito adelante", como solía decir en situaciones como esta. Todo el grupo de bomberos nos mantuvimos firmes, ejecutando las órdenes junto al jefe. En un momento determinado se sucedieron varias tremendas explosiones al unísono, y entonces el Capitán Blee ordenó retroceder y, como si lo hubiera sabido de antemano, tan pronto como retrocedimos con nuestros pitones, el inmenso paredón se desplomó junto a nosotros. Nadie resultó herido. Fue a partir de entonces que pudimos comenzar a penetrar en la inmensa nave y controlar aquel gigantesco siniestro. La intrepidez y la valentía de aquel puñado de bomberos llegaron al punto de que, sin ningún equipo de protección (máscara antigás o de oxígeno), comenzaron a avanzar hacia el interior de la nave logrando el control del siniestro. En la época de este incendio, el Departamento de Incendios (así se llamaba entonces) no contaba con equipos personales de protección, por ello un gran número de bomberos profesionales y voluntarios fuimos llevados en varias ocasiones a las ambulancias de la Cruz Roja, para que se nos suministrara oxígeno. Muchos bomberos participantes en la extinción de este fuego, posteriormente, estuvimos bajo tratamiento médico por problemas respiratorios, a causa de los gases inhalados. Un policía, que había estado trabajando junto a nosotros durante la extinción, falleció al día siguiente por la misma causa.

Este Q-103 fue mi "bautizo de fuego", de fuego de verdad.

Testimonio de Francisco Guzmán Figueroa (Chin)

Como siempre, en este hecho se destacaron muchos compañeros en las difíciles situaciones que se presentaron. Hubo explosiones en varias partes y los gases tóxicos desprendidos eran muy intensos. Varios compañeros se intoxicaron y fueron trasladados hacia los policlínicos, y falleció un compañero de la PNR.

Recuerdo a Durán (Cajetilla), al que encontré casi asfixiado. A Rafaelito hubo que trasladarlo para el hospital asfixiado y con gran inflamación en la vista. Este fuego duró más de 24 horas.

Testimonio de Juan Terry Ferrín, ex chofer del carro M4 y ex Jefe Nacional de los Bomberos

Este incendio se produce en la Petroquímica del Cotorro, donde se sucedían explosiones esporádicas y en una de ellas, del hongo que levantaban las explosiones, salieron unos tanques de 55 galones y un pedazo de viga de techo de la nave. Me puse a vigilarlas y venían directamente sobre el M4, al verlos venir, me introduje debajo del carro, cayendo ambas sobre el M4, rompiéndole la escalera y provocando abolladuras en su tanque de agua.

Testimonio de Lic. Gabriel Alfonso Rodríguez

En los almacenes de productos químicos altamente nocivos, ubicados a la entrada del Cotorro, se produjo un enorme siniestro, cuya extinción peligrosa y compleja duró varios días. Teníamos algunas caretas, pero no eran suficientes en el primer momento. Después, las FAR apoyaron. Era obligatorio mantener poco tiempo a las dotaciones combatiendo las llamas dentro de los almacenes. Se relevaban con frecuencia, y los que no requerían

atención médica, tomábamos leche, que no faltó. Falleció un policía. Fueron varios días de trabajo y acudieron bomberos de toda la ciudad, decenas de pipas cisternas con agua de diferentes organismos eran desviadas y conducidas al siniestro.

Testimonio de Francisco Guzmán Figueroa (Chin)

Incendio en el edificio donde se entregaban las carteras dactilares
En ese fuego se estrenó el compañero Tony Castell, quien en ese momento era Director de Incendios. El incendio fue de grandes proporciones, hubo que abandonar el tercer piso por el carro escalera, pero, como siempre, el incendio se extinguió.

Testimonio de Francisco Guzmán Figueroa (Chin)

Incendio en Ciudad Libertad
Los compañeros combatieron con valor dentro de los aviones destruidos, de las llamas y de las explosiones de los proyectiles. En este fuego se destacaron los compañeros Dionisio y Ernesto López.

Testimonio de Francisco Guzmán Figueroa (Chin)

Incendio en el ITM, en Marianao
Este fuego fue intenso y muy complicado. En la segunda planta, la situación era muy difícil debido a las explosiones de los proyectiles y el humo negro que salía por las ventanas. Hubo que entrar a rastras para poder ir controlándolo. Durante la operación, Terry y Fermín gritaron que había un muerto. Pero después se encontraron tres cadáveres más, eran jóvenes estudiantes.
En este lugar se combatió contra las balas, las granadas y cuatro cajas de proyectiles de 120 milímetros, que explotaban. En medio del ajeteo, un oficial del ITM dijo, gritando: "¡Cuidado con el cohete que está en el otro cubículo!" Algunos corrieron y otros no, pero, a pesar de todo, el fuego se pudo controlar.

Testimonios de Bienvenido Caballero, ex chofer carro M1 y ex jefe de Unidad

Incendio y explosión de armamentos y productos químicos en aulas del ITM donde hubo derrumbes de paredes y explosión de granadas. La extinción de este incendio fue muy compleja y ardua, pues había que trabajar con los carros a distancia y hacer despliegue de las mangueras. Murieron cuatro alumnas en el lugar.

Testimonios de Bienvenido Caballero, ex chofer carro M1 y ex jefe de Unidad

Incendio en un almacén de papel, tinta y otros productos sito en Pajarito y Manglar
En el año 1963 se produce un incendio en un almacén de papel, tinta y otros productos sito en Pajarito y Manglar. Yo era jefe de la Unidad nº 1 y tenía un carro sin chofer, tomo el carro y voy para dicho incendio pero en Monte y Rastro había una guagua parada y un carro atravesado, además venía otra guagua de frente y yo me impacto contra el carro dañando el carro bomba, pero a pesar de esto llegué a tiempo y trabajé en el mismo, fue muy complejo y peligroso por los productos que allí habían.

Testimonios de Bienvenido Caballero, ex chofer carro M1 y ex jefe de Unidad

Incendio en la Planta de Gas de Melones

En la Planta de Gas de Melones se produce un incendio de grandes proporciones, en el cual los compañeros que estaban al frente del servicio nos informaron que era inminente la propagación del fuego y que, si eran cerradas las llaves de conducción del gas, podría haber una explosión de dimensiones insospechables. Algunos compañeros que estábamos trabajando en la parte superior de los tanques y tuberías corríamos el riesgo de volar si explotaban. Aplicamos abundante cantidad de agua y espuma, logrando enfriarlos, y entonces sí se pudo correr las llaves. A pesar del tiempo transcurrido, aún siento temor al pensar en este hecho.

Testimonios de Bienvenido Caballero, ex chofer carro M1 y ex jefe de Unidad

Incendios de aviones

Al aterrizar un avión soviético, pierde el control y cae fuera de la pista, se enciende y vamos de inmediato a prestarle servicio. Sólo hubo dos sobrevivientes, a los cuales rescatamos de entre las llamas, siendo trasladados al hospital más cercano donde fallecen después por las quemaduras recibidas.

También se produjo un incendio al caer un avión de Cubana de Aviación, que despegó y, por una turbulencia, cae después de la Avenida Boyeros. Fallecieron todos los que estaban en el avión, pero en este hecho se corría el peligro de que se incendiaran las viviendas colindantes, por lo que hubo que trabajar con mucha intensidad.

26

Testimonios de Bienvenido Caballero, ex chofer carro M1 y ex jefe de Unidad

Incendio en el teatro Amadeo Roldán

El incendio de grandes proporciones que se produjo en el teatro Amadeo Roldán, fue ocasionado por un individuo celoso con su pareja. La extinción fue muy compleja, pues el escenario era de madera y tenía grandes cortinajes. En este trabajo de extinción tuve un accidente que pudo costarme la vida, pues al subir por una escalera para penetrar por una ventana, esta se partió y caí, golpeándome, pero me recuperé y continué mi trabajo hasta la extinción del fuego.

Testimonios de Bienvenido Caballero, ex chofer carro M1 y ex jefe de Unidad

Incendio en la planta telefónica de Águila y Dragones

El incendio en la planta telefónica de Águila y Dragones fue muy complejo en sí; pero lo más dañino fue el humo denso y tóxico que se respiraba al realizar la evacuación del personal, éste penetraba a pesar de los equipos antigás. Yo sufrí una afección respiratoria severa y tuve que ser hospitalizado.

Testimonios de Bienvenido Caballero, ex chofer carro M1 y ex jefe de Unidad

Almacenes de medicamentos

Se produjo un incendio en los almacenes de medicamentos que había en Rancho Boyeros, llegando a Santiago de las Vegas. Fue necesario utilizar muchas técnicas, entre ellas, una de espuma, por lo complejo de la extinción, ya

que había muchos productos químicos. Se trabajó durante varias horas. Fue muy difícil, hubo que trabajar duro, pues se corría el riesgo de propagación.

Las noticias sobre riesgos inminentes, que le ponen los pelos de punta a cualquiera, nos sucedían en lugares con escape de gas tóxico, o de concentración de gas butano, o en fuegos con sustancias peligrosas, como el que se produjo en el almacén de productos químicos de Santiago de las Vegas, donde había gran cantidad de estos productos. Como el incendio era tan intenso y no teníamos posibilidades de llegar a la parte central de los almacenes, además de que en aquellos momentos teníamos escasos medios técnicos, ordené que abrieran con mandarina unos huecos en la azotea para, desde esa posición, atacar por diferentes lugares. A uno de los compañeros que había trabajado en la apertura de los huecos, le dio deseos de orinar, y se le ocurrió la simpática y “brillante” idea de hacerlo por uno de los que ya estaba abierto, por donde salía una fuerte columna de humo acompañada de gases calientes. De pronto vi que aquel muchacho doblaba su cuerpo hacia adelante y hacia abajo, emitiendo un fuerte grito de dolor y que por poco cae por el hueco; los compañeros que se encontraban cerca lo auxiliaron y lo sacaron rápidamente. El asunto es que el amoniaco le atacó los testículos y le provocó un inmenso dolor, según nos explicaron posteriormente los compañeros de la Cruz Roja presentes en el lugar. Con prontitud fue conducido al hospital y se restableció rápidamente, pero pasó un gran susto y mucho dolor en un lugar muy delicado.

Testimonio de Francisco Guzmán Figueroa (Chin)

Este fuego fue muy difícil de controlar, el humo y las llamas no permitían entrar a las naves. Estando situados sobre el techo, que estaba muy caliente, a Robertico se le ocurrió perforar la placa y desde allí combatir el siniestro. La idea resultó, aunque fue la primera vez que se empleó esta forma de atacar un fuego.

Al día siguiente se combatió otro fuego del mismo tipo en unos almacenes en el poblado de Casablanca. En ese momento, todavía las ropas y las capas de los bomberos estaban mojadas del fuego anterior, y ninguno tuvo reparos en ponerse esas ropas y partir a cumplir con su deber. Fueron muchas las actitudes de coraje de los bomberos, destacándose entre ellos, Baldoquín (El Loco), Collazo, Toledo y otros.

Testimonio de Humberto Lescaille Incendios en los 3 Tent Cents

El día 15 de marzo de 1960 se origina un incendio de grandes proporciones en la tercera y cuarta plantas de la tienda por departamentos Ten cent de la calle Monte. El sabotaje enemigo también incluyó los Ten Cents de la calle Obispo en la Habana Vieja y de Galiano, es decir, incendiaron los tres simultáneamente. Esto nos obligaba a distribuir los medios técnicos entre los tres lugares. Por esa época existían muy pocos recursos para extinguir los incendios y los que había se encontraban en muy mal estado.

El 31 de julio de 1960 se produjo un incendio de grandes proporciones en la tienda La Época, el cual en pocos minutos se propagó por las tres plantas del edificio. Este, por tener la característica de ocurrir en lugar cerrado con poca entrada de oxígeno, desarrolló elevadas temperaturas y mucha concentración de humo tóxico, por lo que resultaron asfixiados más de treinta bomberos, además de otros que resultaron lesionados y con afectaciones en la vista. Los compañeros dañados tuvieron que restablecerse en sus propias unidades, ya que se estaban produciendo incendios por sabotajes y vivíamos bajo amenaza constante de nuevos fuegos.

Como caso relevante de este incendio, les cuento que, debido a las altas temperaturas de aquel infierno totalmente cerrado, de pronto se produjo un tiro de aire, e inmediatamente aparecieron llamas muy fuertes en el tercer piso, las que acorralaron al bombero Luis Mariano Mancebo, el cual amenazaba con tirarse desde esta altura, pues no tenía otra vía de escape. Al percatarse del problema, los compañeros que trabajaban la extinción por la calle Galiano, movieron rápidamente el carro escaleras de la unidad n^o 2, rescatándolo con vida.

En este incendio participaron las técnicas de todas las unidades de la Ciudad de la Habana, las provincias de la Habana y Matanzas, incluyendo las de Pedro Betancourt.

Incendio de los Ten Cents

Testimonio del mayor Luis Álvarez Valdés, El Chama

Una vez más los bomberos ponen de manifiesto su eficiencia y heroísmo al localizar y neutralizar entre las llamas el material inflamable utilizado para promover el incendio de grandes proporciones ocurrido en los Ten Cents de Monte y de Obispo, el 15 de mayo de 1961. En este incendio resultó herido el bombero Narciso O. Fernández.

Testimonio de Humberto Lescaille

El 14 de abril del año 1960, al atardecer, junto al bombero Adán Loó Gómez, participé en tareas de extinción. También trabajé con el primer pitón del carro M1, Ángel Machado. Aquel incendio tenía varios focos a la vez, con sustancias auto combustible (fósforo vivo), por lo que se desarrolló y propagó a gran velocidad lineal. La construcción se fue derrumbando poco a poco. Carecíamos de suficientes medios extinción y de sustancias extintoras. Tuvimos la pérdida de un carro cisterna, el cual fue ubicado de forma incorrecta y le cayó una pared encima.

Testimonios de Juan Terry Ferrín, ex jefe Nacional de los Bomberos.

Otro hecho importante fue el incendio de La Época, en aquellos tiempos la contrarrevolución utilizaba el fósforo vivo por los conductos de aire acondicionado, que cuando se apagaban al cerrar la tienda, subía la temperatura y comenzaba el incendio. Comenzó entre las siete y las siete y media de la tarde. Yo llegué temprano, aquello era un infierno, subí al tercer piso y las lengüetas de candela salían por los conductos del aire acondicionado. Allí estuvimos hasta el otro día por la noche en que se logró extinguir totalmente.

Testimonio del mayor Luis Álvarez Valdés, El Chama

El 14 de abril del 1961 nuevamente los bomberos ponen en tensión sus fuerzas, frente a la acción enemiga, cuando manos asesinas atentan contra la tienda por departamentos El Encanto. Esta vez no puede evitarse el desastre total y, en su lucha histórica por salvar las propiedades del pueblo, muere la compañera Fe del Valle.

Salimos hacia ese lugar desde la unidad de Regla donde me encontraba.

Hablando de hechos y siniestros de gran magnitud de aquellos años difíciles, pero de gran efervescencia revolucionaria, recuerdo a compañeros valientes y abnegados, como Entrialgo (el viejo Blee), jefe de la unidad de Corrales, Mario Morán, jefe de la unidad no. 2 Magoon, Raúl Rumbaut, de la escuela, Roberto Agramonte, Ángel Aragón, Huerta, Labrador, el chofer Postalita, Furé, Vento, Abelardo Crespo, Félix Alonso, Soto, Ángel Díaz, Seijas, Barreales, Juan Terry Ferrín, Estrada, Fermín Díaz Quintana, Vilabrille, Lescalle, Pampillo, Pablo Torres y muchos otros hermanos que lucharon a diario contra grandes siniestros. A todos, mi abrazo de hermano.

Incendio en el periódico El Mundo: Testimonio de Rafael Rodríguez Escobar

Por las características propias de un incendio en una fábrica de periódicos, este resultó también de categoría Q-103 (muy peligroso), según nuestra clasificación interna para la magnitud de los fuegos. Se trataba de rollos de papel en grandes cantidades, tintas, pinturas, alcoholes y otros productos inflamables. Como sabotaje al fin, al periódico El Mundo le habían dado candela por los cuatro costados, o como se solía decir en aquella época, “un candelazo”. Comenzamos a trabajar por varios puntos y con el carro escaleras E1; a dos bomberos más y a mí se nos ordenó subir por el carro escaleras y cruzar hasta una azotea colindante al periódico, con el pitón listo, para buscar un lugar por dónde penetrar al edificio. Ya en la azotea colindante, logramos romper una ventana y penetrar, aunque con mucho esfuerzo. Para hacerlo, había que cruzar un espacio entre el borde de la ventana y un tanque metálico, que ya estaba alcanzando altas temperaturas por las llamas del interior del local, que era un taller de impresión. Breves minutos después de haber penetrado, y encontrándonos pitoneando con mangueras de 2½ (le hace tremenda fuerza al bombero y es muy pesada para moverla), se produjo una gran explosión detrás de una puerta, que resultó ser de un almacén de tintas y líquidos inflamables. El local se tornó rojo, como un sol muy intenso, y las lenguas de fuego casi tocaban nuestras caras. Aquello se convirtió en un verdadero infierno. El espacio que tanto trabajo nos había costado ganar, parecía que se había estrechado. Los tres comenzamos a echarnos agua encima con el neblinero, y continuaban explotando tanques en el almacén. Aun no tengo bien claro, por lo estrecho del espacio por donde entramos, cómo pudimos salir, si salimos uno a uno, o los tres a la vez. ¡Qué sustoooo!

Incendio en el Banco Nacional en construcción

(Hoy hospital Hermanos Ameijeiras)

Testimonio del Lic. Gabriel Alfonso Rodríguez

En el incendio de grandes proporciones ocurrido en el edificio en construcción del Banco Nacional, donde se encontraban las bóvedas con el dinero del país —hoy hospital Hermanos Ameijeiras—, en medio de las difíciles acciones de extinción debido a la altura, me conmoví cuando al compañero Ángel Aragón, subiendo

mecánicamente el carro escalera, se le trabó el pie, con peligro para su integridad física, lo cual nos mantuvo tensos durante el tiempo que trataban auxiliarlo. Se trabajó duro, se apagó el fuego y se rescató a Aragón.

Testimonio de Bienvenido Caballero

Se produce un incendio en el piso 12 del actual hospital Hermanos Ameijeiras, en este hecho quedó atrapado a esa altura en la escalera del carro de bomberos el compañero Ángel Aragón Delgado (fallecido ya), cuando intentaba salir del piso, pero se tomaron las medidas necesarias para evitar un accidente.

Testimonio de Humberto Soler Baldoquín (El Loco Baldoquín)

Me encontraba yo con mi novia en un cine que había por el edificio Focsa cuando entraron dos ciudadanos y se sentaron detrás de mí, comentando la clase de fuego que había en la antigua beneficencia, donde se estaba construyendo el edificio del Banco Nacional. Al oír la conversación, les pregunto sobre el incendio y le digo a la novia:

—China, vete para la casa, que hay un fuego grande y tengo que acudir.

Ella me indica que yo estaba de franco de servicio, y que estaba vestido de civil, a lo que yo respondo:

—El bombero es bombero, aunque esté durmiendo en su casa, y mi deber es concurrir a ese lugar.

—Bueno —me dice—, entonces déjame en la casa, y le digo que no puedo, que se fuera sola, que yo iba para el incendio. Ella dice:

—Chico, si me dejas plantada, aquí mismo termina nuestra relación. Si me haces esto de novia, ¡qué me harás después de casados! —no quiso comprender que mi deber estaba primero, y ello constituyó el fin de nuestra relación.

Al llegar al siniestro, me percaté de que toda la estructura de madera del edificio ardía, y me dirijo hacia el carro escalera ya emplazado en el lugar, tomo un pitón de combate o una línea de manguera de 2 1/2 pulgadas y asciendo al carro escalera, acompañado de Ángel Aragón Delgado, quien cubría como mi retenida de manguera. Cerca de una hora después comienza a cederme la manguera y le digo a Aragón: “Cobra un poco de manguera para mejorar mi posición, pues no puedo dominar bien el pitón”.

Aragón introduce la pierna por el travesaño lateral de la escalera para poder recuperarla, pero alguien ordena allá abajo dar más altura a la misma, y entonces un pie de Aragón queda atrapado entre los peldaños. Palidece y me dice: “Ayúdame, Baldoquín, que tengo atrapado un pie”, y estaba a punto de desmayarse. Yo, que apenas podía sostener el pitón por la presión de agua, y sin retenida de manguera en toda su extensión, introduzco una mano por una de las argollas del pitón de combate, y con la otra, sujeto a Aragón.

Después yo mismo no explicaba cómo, si apenas podía con las manos dominar el pitón, ahora, ante aquella situación, sostenía el pitón con el antebrazo, aferrando la mano a uno de los peldaños de la escalera, y con la otra sostuve al compañero por tiempo prolongado, ya que fue necesario acopiar una cantidad de manguera de oxígeno y acetileno de varios equipos que había en el lugar, para empatarlos y llegar a todo lo alto de la escalera, para cortar dos peldaños con la antorcha, lográndose de este modo el rescate del compañero que estuvo un año

aproximadamente padeciendo por la lesión. Por la tensión nerviosa que provocó aquella situación, desde entonces llamo a este caso “Entre el amor y el deber”.

Testimonio Humberto Lescaille

El 25 de abril de 1962 se produjo un incendio de grandes proporciones en la estructura del encofrado de madera del local en construcción del Banco Nacional de Cuba. Se trataba de un edificio de gran altura, por lo que fueron muy complejas las labores de extinción.

Se presentaron en el lugar del incendio los comandantes Ernesto “Che” Guevara y Ramiro Valdés Menéndez.

Testimonio de Francisco Guzmán Figueroa (Chin)

El fuego se desarrolló en los pisos 8 y 18, pero se extendió hasta el piso 19. En aquella época no existían los medios para combatir esta clase de incendio por las características del edificio, su altura, y porque las escaleras de un piso a otro eran de madera, y se prendían fácilmente. Con ayuda del winche que utilizaban los constructores, se subieron los bomberos con las mangueras disponibles, y luego se subió hasta el piso 17 con el carro escalera. El compañero Ángel Aragón combatía el fuego desde el carro, pero uno de los movimientos de la escalera le atrapó el pie. Duró más de una hora su rescate, cortando con acetileno los peldaños que lo atrapaban.

Testimonio de Rafael Rodríguez (Rafaelito)

Una noche, el cielo de la Ciudad de La Habana se iluminó, producto de intensas llamas provenientes del inmenso edificio en construcción para el Banco Nacional de Cuba, situado en la intersección de las calles San Lázaro y Belascoaín.

Yo me encontraba franco, y al ver el cielo rojo desde el balcón de mi casa, llamé por teléfono a la Pizarra Central de los Bomberos. Al informarme de lo que estaba sucediendo, me presenté rápidamente a mi carro, el M1, que ya se encontraba en el lugar. El edificio entero, desde su base hasta el último piso, se encontraba en llamas. El andamiaje de madera que lo recubría por los cuatro costados ardía en su totalidad. En el interior del edificio había gran cantidad de material inflamable; planchas de plywood, cartón, pinturas, barnices, etc. Allí, todo ardía. Los carros bombas, como el B1 “Juan Abrahantes”, con sus chupadores, succionaban directamente desde el mar, en el Malecón habanero, bombeando agua hacia el siniestro. Comenzamos a extinguir el incendio desde las primeras plantas y, empatando tramo a tramo, fuimos subiendo hasta el último piso. Quemaduras, asfixias, puntillas enterradas en los pies, golpes por desprendimientos, caídas y otros accidentes se sucedieron. Yo tuve que ayudar a sacar una puntilla que le atravesó el pie a un bombero. La puntilla salió por la parte superior de la bota. Uno de los momentos más dramáticos durante la extinción de este incendio se produjo con un accidente ocurrido en el carro escaleras, que se encontraba emplazado frente por frente al edificio en llamas, y en la punta de la escalera extendida se encontraba trabajando con el monitor (pitón fijo en la punta) el bombero Ángel Aragón Delgado. El mecanismo para maniobrar la escalera del E1 subía y bajaba de forma manual, funcionaba mediante unas grandes manivelas que servían lo mismo para recoger que extender la misma. Por ser este equipo

ya viejo y con mucho desgaste, sucedió lo inesperado. Una manivela se saltó bruscamente y la última sección de escalera, al bajar, le trabó con todo su peso los pies al compañero Aragón, fracturándole los mismos.

El inmenso dolor hizo que Aragón perdiera el conocimiento. Al darnos cuenta de lo sucedido, un grupo de bomberos subimos para auxiliarlo. Esta tarea fue ardua y difícil, ya que Aragón era un hombre bastante corpulento estaba desmayado.

La extinción de este incendio duró desde temprano en la noche hasta casi el amanecer.

Incendio en la Base militar soviética de Pinar del Río

Testimonio de: Francisco Guzmán Figueroa (Chin)

Eran las 8:30 a.m. y yo me encontraba en el cubículo de la pizarra, cuando se escuchó por la planta que pedían ayuda. Le dije a Arnau: "Localiza la llamada", y me dice: "Jefe, es de Pinar del Río, piden ayuda urgente".

Le ordené localizar a Dionisio López, jefe del Cuartel de Bomberos de Pinar del Río y no se encontraba, porque ya estaba en el lugar del siniestro.

Supimos que al producirse el incendio los soviéticos solos no habían podido controlarlo, fueron al Cuartel de Bomberos de Pinar de Río para llevarse ellos los carros, pero el jefe de Cuartel se opuso rotundamente, y decidieron salir inmediatamente para allá juntos. Sobre las 9:00 a.m. seguían las llamadas por la planta, entonces decidimos enviar ayuda: el carro de Artemisa, el de Alquizar y el de Punta Brava, y a las 10:00 a.m. le dije a Félix Alonso: "Vamos para Pinar del Río". Félix, que era magnífico chofer y bombero de experiencia, me contestó: "En una hora y media estamos en Pinar".

En las proximidades del pueblo de Consolación del Sur empezamos a ver cómo se iluminaba el cielo, y sentimos las explosiones. Félix pensó que eran fuegos artificiales. Al no saber exactamente dónde era el incendio, pasamos por el Cuartel, donde nos informaron que era en la Base rusa de Cohetes. Al llegar a la distancia de unos 500 metros, nos encontramos soldados rusos armados que solamente dejaban pasar a los bomberos. Allí estaba el Capitán San Luis, delegado del MININT en esa provincia, al cual tampoco dejaban pasar. Le di mi casco de bombero y entró con nosotros. Fue un trabajo muy difícil, pues no sabíamos qué se estaba quemando. No obstante, comenzamos a combatir el fuego de las rampas de lanzamiento, que era donde más se distinguían las llamas. Estando allí nos encontramos con Dionisio, jefe de bomberos de Pinar del Río que nos comentó: "¡Esto está del carajo!"

Cuando apagábamos las rampas y otros brotes de incendio, llegaron unos rusos que querían quitarnos las mangueras y señalaban que echaran agua en la tierra cercana a las rampas. Entonces apareció un cubano que era traductor y nos dijo que ese lugar era el más peligroso y que les hiciéramos caso, que ellos sabían lo que decían.

Este fuego duró hasta el día siguiente. Cuando amaneció vimos a Dionisio que estaba herido en una mano, pero ahí, con todos los bomberos. Esa era la dignidad del jefe, seguir en el lugar del siniestro hasta el final.

Testimonio de Bienvenido Caballero, ex chofer del carro M1 y ex jefe de Unidad

En la base coheteril de la carretera La Coloma-La Wuatana, km. 8, Pinar del Río, hubo un incendio con explosión y en este lugar sucedió lo siguiente: solo podían pasar los bomberos, pero el jefe de Pinar del Río en este tiempo Capitán San Luis se puso el equipo de bomberos y pasó en el carro a la base... ¡qué clase de hombre!

Testimonio de Rafael Rodríguez Escobar Incendio en carpintería de la calle Zanja

Al llegar al incendio en una carpintería en la calle Zanja, vimos que había un intenso humo saliendo por todas partes. Luego que el teniente Soto (Sotico) hizo una inspección al lugar, nos ordenó al primer pitón Luis Toledo y a mí que entráramos por la puerta principal y avanzáramos hasta el foco principal, que supuestamente se encontraba al fondo de la carpintería. Ya dentro, el humo comenzó a afectarnos, no se veía ni hostias, como diría un gallego, y Toledo me indica: "Rafael, pon neblinero (chorro de agua bien expandido, que crea una cortina protectora de agua, refrescante para el bombero) y pega la nariz al pitón, acércala al agua para que puedas respirar". Se oía el fuerte traqueteo de los materiales que se encontraban ardiendo potentemente, y no se veía nada. Ya habían transcurrido varios minutos y Toledo me dice: "Coge el pitón y no avances más, que voy a buscar relevo para los dos". Y allí me quedé. Los minutos comenzaron a transcurrir como siglos, y no venía nadie a relevarme. La oscuridad y el humo, el traqueteo del fuego y la tos mía... ¡Me estaba ahogando! Ahí me asusté y pensé que iba a morir asfixiado. Hasta llegué a pensar en lo joven que iba a morir (tenía 16 años) y me acordé de mi mamá. Solté el pitón y comencé a arrastrarme tratando de encontrar la salida, y solo lograba chocar contra las paredes. Escuchaba el sonido del agua de la neblina del pitón, el de las llamas ardiendo y el de mi tos.

En un momento me quedé paralizado, acostado boca abajo y con la nariz queriendo hacer un hueco en el piso. En ese momento me acordé de algo que decían los bomberos veteranos: "Cuando estés perdido en un fuego, sigue la manguera, que ésta te llevará al carro", y así lo hice. No sé con qué oxígeno ni con qué fuerzas comencé a buscar el pitón (a ciegas), hasta que lo encontré, y comencé a seguir la manguera en dirección contraria al pitón, hasta que logré llegar a la puerta principal, al borde de la acera. Ya en la calle, con los ojos cerrados, continué arrastrándome y tosiendo (aferrado a la manguera). Ahí me recogieron mis compañeros. Ese día, yo salía de franco y no tenía que haberme montado en el M1, pero quería aprender a ser bombero de verdad. Realmente ese día aprendí una gran lección: Cuando estés perdido en un fuego, sigue la manguera.

Testimonio de Humberto Soler Baldoquín (El Loco Baldoquín) Incendio en la Maderera de Luyanó

Era un incendio de grandes proporciones, donde las llamas se propagaban rápidamente hacia el almacén de combustible y lubricantes. Se produce el temor ante una posible explosión y comienzan a abandonar sus puestos algunos compañeros y ciudadanos que combatían a nuestro lado. Nuevamente recuerdo los consejos del Capi y suelto algunas voces fuertes, el compañero Francisco Guzmán Figueroa (Chin) se incorpora junto a mí, y entonces la tropa avanza hasta controlar y extinguir el incendio.

Incendio en la colchonería Lavín En aquellos tiempos no parábamos un instante, constantemente se producían incendios. En esta zona de la calle Infanta tuvimos varios incidentes, uno en los almacenes

de madera y en la carpintería; otro, al que bautizamos Papel y Tinta; y muy cerca, una fábrica de fósforos y la colchonería Lavín. Papel y tinta fue un fuego interesante, ya que intencionalmente quemaron los almacenes donde se guardaban las grandes bobinas de papel para producir alguno periódicos y revistas, y tanques de 55 galones y otros más pequeños de tintes variados. Lo más significativo de este incendio era que habíamos echado tanta agua, que ya nos estaba llegando al pecho, pero por encima del agua, la tinta y los colorantes flotaban encendidos, produciendo un bello colorido policromo acompañado de peligrosas llamas. Recuerdo que con los brazos y manos apartábamos el fuego, accionándolos a modo de remos. La candela flotaba por todo aquel mar de agua echada por nosotros mismos. Producto de la tinta que absorbió mi cuerpo y que no tenía cómo limpiármela, recurrí a lavarme todo con un cubo lleno de gasolina y una estopa, me metí en un estrecho baño que había en la pizarra de Corrales. Esta friega duró un buen rato. Aproximadamente una hora después de salir de la jefatura, un carro patrullero detectó que en el semáforo de Infanta y Zanja mi auto se encontraba parado conmigo dentro totalmente inconsciente, recostado al timón, y no había forma de despertarme. Me llevaron de urgencia al hospital Calixto García, donde me pusieron sueros y determinaron que estaba intoxicado con plomo en la sangre. Poco tiempo después se produce un incendio de gran intensidad en la colchonería Lavín, Este incendio se caracterizó por su rapidísima propagación: todo ardía a la vez y en minutos. Lo más importante que recuerdo es que me encontraba explorando el techo, subido en el carro escaleras. Rafaelito Rodríguez Escobar y otro compañero se encontraban con una manguera atacando el incendio desde una de las ventanas que daba a la calle lateral de la colchonería, los dos se encontraban con una pierna dentro del local en llamas y el resto del cuerpo fuera. Cuando voy subiendo les advierto que tengan cuidado, que voy a explorar el techo, que las vigas eran de madera y que en esos momentos ardían fuertemente. Me bajé en el techo y logré caminar como quince metros: ya las llamas afloraban por dos lugares a la vez. Cuando me disponía a seguir avanzando, veo que cerca de mí el techo comienza a abrirse poco a poco y a salir humo, y después fuego intenso a gran velocidad. Rauda y veloz, corro y doy un salto, me lanzo hacia la escalera que se encontraba bastante separada de la pared, gritándole a Rafaelito: “¡Rafa, tírense rápido, que el techo ya viene abajo, tírense, tírense!” Ya a salvo en la escalera, vi aquellos dos bultos lanzarse y estrellarse contra el piso. Pronto vinieron varios compañeros y los llevaron de urgencia al hospital, donde pasaron varios días, creo que más de quince, todos golpeados y con algunas fracturas de huesos.

Testimonio de Rafael Rodríguez Escobar (Rafaelito)

Este siniestro se produce en una fábrica de colchones donde habían abundantes materias primas inflamables y de rápida combustión: tela, huata, hilos, tintas, etc. La colchonería estaba compuesta por una gran nave con paredes de mampostería, pero las puertas, ventanas y hasta las vigas y viguetas del techo, que formaban una gran estructura, eran de madera. Es decir, todo era madera y material combustible. Al alcanzar el incendio toda

la nave, una temperatura tremendamente alta se apoderó de ella, comenzando a arder las enormes vigas del techo. Estas comenzaron a desprenderse, incendiadas, de sus soportes, y a caer sobre el piso de la fábrica, que se convirtió en un infierno de telas, huata y maderas ardiendo.

Ya se había desprendido el segundo piso dentro de la nave. Castillito y yo estábamos subidos en el borde de una de las grandes ventanas con un pitón del carro M1 echando agua hacia adentro. Nos encontrábamos apoyados en los marcos verticales de la ventana y sosteniendo entre ambos el pitón. De pronto sentimos un gran estruendo en lo alto: una viga inmensa de madera, totalmente en llamas, se había desprendido de la pared, y una punta de ella venía cayendo directamente al mismo borde inferior de la ventana donde estábamos Castillito y yo. Al ver aquello, le grité a Castillito: “¡Salta!”, en el mismo momento en que él también me decía: “¡Salta!”

Rápidamente miramos al unísono la altura en que nos encontrábamos en relación con la calle y, sin pensarlo dos veces, saltamos. La nave era de puntal alto, y la altura de la ventana era, más o menos, como de un tercer piso. Si no hubiésemos saltado a la velocidad de un rayo, yo no estaría haciendo el cuento, nos habría aplastado aquella enorme viga, o nos hubiese tirado al interior de la nave, que en ese instante era un infierno en llamas. Producto de la caída, Castillito se fracturó una pierna y un pie. Yo, con más suerte, no tuve fracturas, pero estuve más de quince días de reposo, con los pies en alto, porque se me hincharon los tobillos como dos melones.

Incendio en el Ministerio de Comercio Exterior (MINCEX) Testimonio de Rafael Rodríguez Escobar (Rafaelito)

El edificio del Ministerio de Comercio Exterior echaba humo por todas partes, pero no se veía llama alguna. Se encontraba cerrado herméticamente y no se podía entrar por ningún lugar, por las características de su construcción. El humo continuaba saliendo cada vez más por las ventanas de las plantas superiores, es decir, el incendio dentro del edificio continuaba ganando fuerzas con cada segundo. En la entrada principal, situada por la calle 23 había grandes piezas de grueso y fuerte cristal, colocadas de forma permanente, que no se abrían y que cubrían la fachada por los dos lados que conformaban la esquina del edificio. Es entonces que Robertico — así le decíamos todos a nuestro jefe— me ordena derribar con el hacha grande de combate los cristales. Con múltiples y fuertes golpes, entre varios compañeros logramos derribarlos uno a uno, produciéndose gran estruendo en la caída, y desintegrándose al tocar el suelo. Después de derribar los cristales, penetró un fuerte golpe de oxígeno, avivándose intensa y rápidamente las llamas, y dándonos la posibilidad de localizar los focos del incendio y combatirlos directamente. Al caer los cristales, salió un intenso calor de dentro del gran local, y cuando entramos al lugar, aquello era el puro infierno. El fuego se había concentrado principalmente en las estanterías que guardaban documentos, libros contables, y también en las áreas de archivo. La rápida actuación evitó que las llamas se propagaran a los pisos superiores y que se perdieran valiosos documentos.

Incendio en un parqueo de vehículos en La Habana Vieja: me encontraba de recorrido por la ciudad, mostrándole las unidades de Bomberos a uno de los Jefes de Bomberos de la República Democrática Alemana, cuando Pire, nuestro chofer me llama con urgencia al carro, Robertico, al parecer hay un súper fuego cerca de la Comandancia de la Policía y el control de radio solicita que

usted se dirija al lugar urgente, ya que existen complicaciones. Salimos raudos y veloces hacia el lugar. Al parecer aquel alemán se encontraba un poco asustado. Cuando llegamos al fuego, ya tenía mi capa casco en mano y Salí del vehículo a toda marcha, me introduje por la puerta principal de aquel infierno. Se trataba de un almacén de varios pisos de altura, que servía de almacenamiento de autos en la Habana Vieja, donde se producía un incendio de grandes proporciones. Aquello era un volcán en erupción, con múltiples carros explotando, y dos de sus plantas ya se encontraban ardiendo llenas de automóviles pequeños, creo que su marca era SAP o algo parecido, con los tanques de combustible que ardían y explotaban uno tras otro. De pronto, del piso superior, se escuchan alarmantes gritos pidiendo auxilio; los gritos partían de los pitoneros que combatían desde la entrada del local del tercer piso, el incendio. Subí corriendo a toda velocidad y me informaron los compañeros que había un hombre atrapado muy cerca de las llamas y de los autos explotando y que su vida corría peligro. Les pedí que me indicaran dónde estaba el bombero y les oriente que me mojaran con agua en neblina, (cortina protectora de agua refrescante para el bombero) y entré al lugar, lo localicé por su fuerte y constante tos, cerca de nosotros exploto un carro y aquello se ilumino como si fuese de día, el compañero se encontraba recostado a un auto, en esos instantes el calor era insoportable, puse su brazo sobre mi hombro y lo fui arrastrando hacia fuera, protegiéndolo de las llamas y el calor, así lo pude sacar de aquel infierno, semi asfixiado, tosiendo y vomitando los dos constantemente, se trataba nada más y nada menos que del "Loco Baldoquín". El alemán, que el traductor y uno de nuestros jefes lo habían llevado cerca de la zona, donde yo había entrado, cuando me vio salir con el compañero casi a rastras, tosiendo y vomitando, se emociono y me decía que los bomberos cubanos eran uno valientes, que en su país ellos no entraban a los fuegos, que combatían con Monitores y Pistones desde afuera y desde los carros escaleras. Después donde quiera que tenía que hablar o explicar algo sobre el tema de los bomberos, mencionaba esta forma nuestra de trabajar, elogiando a nuestros hombres.

36

Testimonio de Humberto Soler Baldoquín (El Loco Baldoquín) — Rescatador rescatado

Este fue un incendio que se produjo en un parqueo de vehículos en La Habana Vieja, con un enorme volumen de gases tóxicos producto de la combustión, de allí sacamos al compañero Francisco Guzmán Figueroa (Chin) semiinconsciente a consecuencia de la gran cantidad de humo, y después penetro yo por el mismo lugar para combatir las llamas y entonces es el jefe de la Dirección, compañero Roberto Valdés Martínez (Robertico) quien me rescata a mí, también semi inconsciente.

Testimonio de Humberto Soler Baldoquín (El Loco Baldoquín) Dos bomberos en aprietos

Se produce un incendio de grandes proporciones en un gran depósito de materias primas y rastro de autos en desuso, ubicado en la continuación de la calle Arroyo, a un costado de las faldas de Castillo de Atarés. Acudo al lugar acompañado de un joven bombero recientemente incorporado bajo mi mando, Rafael Rodríguez Escobar (hijo de un viejo compañero).

Las llamas eran tan intensas que el chorro de agua con que combatíamos parecía evaporarse antes de tocar la base de las llamas, seguido de Rafaelito brincamos una cerca de alambre y nos encaramamos en los techos de los vehículos que allí estaban; de pronto se produce un brusco cambio en la dirección del viento y las llamas avanzan en nuestra dirección, además las altas temperaturas motivan el incendio de los vehículos donde estábamos encaramados. Aquella situación se torna muy difícil para los dos, las llamas nos rodearon, y solo teníamos una línea de manguera con la que ambos accionábamos, teniendo que protegernos con el chorro de agua y a la vez atacar las llamas, protegiendo, además, la propia línea de manguera. Retrocedemos hacia la cerca y trato de saltar afuera, pero quedo enredado en unos alambres de púas, Rafaelito solicitaba mi apoyo constantemente y yo le contestaba: “¡Coño!, aguanta un poco, ¿no ves que estoy trabado y no puedo maniobrar?” Momentos después llegaron otros carros de apoyo y logramos salir de la situación.

Otro hecho en que pasamos una situación muy difícil el mismo muchacho y yo fue en el incendio por sabotaje en la antigua colchonería Lavín, en que nos vimos atrapados por las llamas y el desplome de una parte de la edificación y casi nos aplasta una viga que se desplomaba.

Testimonio de Rafael Rodríguez Escobar (Rafaelito) Incendio en Arroyo y Chamorro

En un lugar cerca de esta dirección había un inmenso parqueo de autos y otros medios de transporte. Era un incendio de grandes proporciones por la cantidad de vehículos allí estacionados, y, evidentemente, se trataba de un sabotaje, ya que ardían los carros por las cuatro esquinas y, por tratarse de un sitio completamente abierto, con el aire batiendo plenamente, era imposible de atacar por la entrada principal. El jefe del carro M1, Humberto Soler Baldoquín (El Loco Baldoquín), hombre de probada valentía, ordenó que cruzáramos una cerca de alambre que había por la calle Arroyo, y que era el único lugar por donde podíamos penetrar con el viento a nuestro favor. Baldoquín fue el primero en escalar la cerca, y cuando se disponía a bajar de la misma, se produce una explosión en uno de los vehículos en llamas que se encontraba junto a la cerca. En ese preciso momento el aire comenzó a batir en nuestra contra, por lo que comenzamos a echar agua con nuestros pitones al compañero Baldoquín, al que se le había enganchado la capa en un alambre de la cerca. Fue un momento de gran dramatismo porque las llamas le daban prácticamente en el rostro. Momentos de angustia se vivieron, porque a cada momento las llamas lo castigaban tanto, que su capa comenzó a incendiarse, y nosotros continuábamos rociándole agua. Felizmente el aire cambió de dirección y pudimos rescatar a nuestro valiente Baldoquín, quien, con su sonrisa habitual, nos dijo: “Por poco se me jode la capa, y no hay otra”. Ese día me percaté de que mi jefe de carro era un valiente bombero.

Testimonio de Humberto Soler Baldoquín (El Loco Baldoquín) Incendio en el garaje Pelucol

En el garaje Pelucol, ubicado frente a las faldas del Castillo de Atarés ardía una rastra de cinco mil galones de gasolina y un tanque vertical de aproximadamente veinticinco mil. Durante el combate en el tanque, producto de las altas temperaturas, se deteriora una especie de tapón de su parte inferior, y las llamas aumentan vertiginosamente. Entonces alguien grita: “¡Cuidado, que ese tanque va a estallar!”, y se crea el pánico entre muchos de los combatientes. Cuando veo que algunos abandonan los pitones de combate trasladándose al exterior de la nave, me vienen a la mente los consejos y enseñanzas del Capitán Blee sobre el ejemplo y la conducta del jefe y grito: “¡Coño, qué pasa, cómo se van a acobardar, esto es nuestro y hay que salvarlo!”

Inmediatamente se incorpora el compañero Ángel Esquivel Yedra, segundo jefe de departamento, y dice: "Se las tendrá que ver conmigo el que abandone su servicio"

Entonces nosotros dos avanzamos hacia el interior con pitones de combate, y el resto de los muchachos reacciona y se va reincorporando hasta que logramos su total extinción.

Es de señalar que contiguo a ese garaje había un local que fue de una ferretería y en ese momento era utilizado por las patrullas de Orden Público como almacén de armamento y municiones, lo que constituía un grave peligro. En ese tiempo no contábamos con FOAM o espuma, producto especial para apagar incendios en combustibles, por lo que trabajábamos ese tipo de incendio con neblineros o sprinkler, aumentando el riesgo para los bomberos actuantes.

Incendio en centro de despacho de combustible

Un día voy en el carro de la Dirección de Incendios por la calle que conduce a la patrulla de la PNR. y de pronto veo a varias personas que salían corriendo al medio de la calle y, simultáneamente, advierto un destello tras del cual se alzó a gran altura una inmensa llamarada. De inmediato desví mi auto hacia el lugar, se trataba de un servicentro. Coloqué el auto a una distancia prudencial: una de las bombas de gasolina había comenzado a arder en el momento que yo pasaba. Con urgencia abrí el maletero de mi carro donde llevaba varios extintores grandes y medianos, atacando de frente el incendio hasta su total conclusión.

Algunos de los compañeros presentes me ayudaron y me pasaban los extintores según se me iban agotando; al finalizar, aquello parecía una gran fiesta pues la gente me felicitaba y me elogiaba. Lo que ellos no sabían es que yo era el Jefe de los Bombero y que, de todas formas, me hubiera tenido que enfrentar al fuego si se hubiese propagado.

Testimonio de Bienvenido Caballero, ex chofer del carro M1y ex jefe de Unidad

Se produce un incendio en un barco anclado en la bahía, su labor fue muy compleja, la misma no se pudo realizar en el lugar que se produjo, teniendo que sacarlo de la bahía tirado por un remolcador y dejarlo quemar, pues era imposible su extinción. Otro barco soviético que se incendió en la bahía si pudo ser extinguido aunque fue de gran complejidad teniendo que trabajar arduamente, pues estos incendios son difíciles y peligrosos para la vida. En otro incendio, que también fue extinguido, murió un marino soviético por una explosión de gas. Aquí los bomberos tienen que ser muy diestros, como en todos los incendios.

Durante el incendio en la Planta de Plásticos de Aldabó, el vice ministro del organismo al que estaba subordinada esa planta y el jefe de producción de la misma nos alertaron del súper peligro que se estaba corriendo en aquel lugar, ya que las neveras se encontraban cargadas de productos muy volátiles, algunos de ellos explosivos y ya el incendio había rajado una de sus paredes. Dentro de una de los almacenes se encontraba un fuerte cargamento de amoniaco, según nos informaron aquellos

dirigentes. Estas manifestaciones de alerta que siempre agradecíamos, llevaban implícito un mensaje tenebroso para nuestros hombres, quienes, con nervios de acero y valor excepcional, no se amedrentaban. Siempre nos tocaba la misión de entrar a los lugares, por peligrosos que estos fuesen. El país se encontraba en una situación económica difícil y no nos podíamos dar el lujo de perder productos, ni aquel barco o aquellas mercancías, materias primas, combustible, equipos, proyectiles u otros medios productivos. Había que correr todos los riesgos que se presentaran, había que entrar y vencer. Así han sido, y son, nuestros bomberos.

Testimonio de Humberto Soler Baldoquín (El Loco Baldoquín) Fabrica de Plásticos Aldabo

Este es un incendio de gran magnitud que se produce en una fábrica de plástico del municipio de Boyeros. Llego al lugar y observo que por una ventana de la planta alta podía penetrarse hacia el interior, mirando una posible vía de cortar la propagación de las llamas en ese sector, consulto al jefe de la Dirección, Roberto Valdés Martínez, y al segundo jefe de departamento, Francisco Guzmán Figueroa, pero ambos desaprueban mi propuesta, señalando la existencia de temperaturas muy elevadas y la posibilidad de que se desplomara la placa de la primera planta. A pesar de las advertencias de mis superiores, persisto en mi idea y busco una vieja escalera de madera de una fábrica contigua. Me dirijo a una de las vías de acceso de la técnica de apoyo que concurría al lugar y solicito una línea de manguera de 2½ pulgadas con su correspondiente pitón de combate, instalo la escalera a la ventana de la planta alta y escalo con el tendido y el pitón de combate hasta allí, solicitando que me suministraran el agua. La presión y el peso de la línea de manguera quebraron la escalera y quedé colgado de la ventana.

Las personas allí agrupadas advierten al mando de mi situación y llega Chin y me grita: “¡Cabrón, te voy a tener que meter preso, te dije que no lo hicieras”. Llegó entonces Robertico y me dijo lo mismo, pero yo seguía colgado de la ventana. A la sazón me ponen una escalera de extensión, pero, en vez de bajar, penetro en el interior con mi línea de manguera y, siguiendo enseñanza de Entrialgo, busco la parte de los elementos de apoyo y cerramiento de la construcción del edificio, tratando de sofocar las llamas. En los minutos posteriores se produce un gran desplome de la placa de la planta alta, tal y como lo había previsto Robertico, quedando yo pegado a las paredes de carga en una situación muy embarazosa. La planta baja semejaba un enorme horno, casi no podía moverme del lugar, sostenía mi línea de manguera, pero sin poder maniobrar. Llegué a pensar: “Ahora sí me llegó el último momento”. Por suerte, apareció el compañero Bienvenido Caballero Navarro quien me ayudó a salir de aquella tan peligrosa situación. Entonces recordé un viejo refrán: “Quien no oye consejos, no llega a viejo”.

Incendio en la Planta de Plásticos de Aldabó

Testimonio de Francisco Guzmán Figueroa (Chin)

En ese fuego se utilizó casi toda la técnica de que disponían los bomberos para combatir los siniestros. El fuego fue complejo, por las sustancias que ardían y asfixiaban al personal. El humo y el aire traían partículas de productos plásticos, que se clavaban en la cara y en los brazos como alfileres. Un muro alto cercaba el almacén,

un bombero se trepó con una escalera para combatir el fuego desde ese sitio, aún en contra de la orden de sus jefes. Debido a esto se quedó colgado del muro y hubo que traer una escalera para bajarlo (ese fue el Loco Baldoquín, quien siempre quería ser el primero en arriesgarse).

Barco cubano Aracelio Iglesias. Me informan desde el control de radio del Puesto de Mando: Robertico, se está produciendo un fuego de gran intensidad en un barco carguero de bandera cubana y el jefe de la unidad actuante reclama su presencia lo antes posible, el incendio es complejo y de gran intensidad. Mande que localizaran muy urgente a Chin y al compañero Ángel Arago y a Félix Alonso. Al llegar al lugar, el jefe de la unidad, me dio su apreciación sobre la situación operativa existente, los recursos de apoyo solicitados y las instrucciones que tenía cada una de las dotaciones de los carros actuantes.

El ambiente se estaba complicando, y de los diferentes frentes donde se combatía nos llegaban noticias poco alentadoras sobre el desarrollo del incendio a bordo. Ya habían llegado bastantes carros pipas y otros de las diferentes especialidades, además de las bombas American La France, con el destacado bombero Félix Alonso al frente, el cual, de inmediato comenzó a preparar servicios para tomar agua desde el mar. El barco se encontraba bien cargado, y el incendio, en plena propagación. Estábamos encima de un volcán que comenzaba su erupción de forma violenta y éramos bien conscientes del riesgo que corríamos. Me reuní con los jefes que tenían misiones asignadas y tomamos decisiones precisas sobre qué hacer en cada zona. De esta reunión sacamos claro que había que cortar con soplete la proa y abrir un boquete por la parte del mar. Para esta tarea localizamos un especialista del barco de inmediato, para que nos indicara por dónde se podía abrir, de forma tal que no se lesionara el barco y los bomberos pudiesen atacar el fuego. Se orientó atacar de inmediato por esa posición con todos los medios, apoyados por medios adicionales que estaban llegando, para abrir ese nuevo frente con el máximo de recursos. Creo que le asigné esa misión a Chin, valeroso compañero y mi segundo al mando. También sacamos la conclusión de que urgentemente teníamos que explorar la parte central del barco. En ese momento llegaron dos compañeros explicando que por la parte central se estaban intensificando el calor y el humo. Les dije que ocuparan los lugares asignados, que yo exploraría por la zona central.

Chin se opuso a que yo cumpliera esta tarea y se auto propuso, alegando que él tenía más experiencia y que las bodegas de los barcos eran extremadamente peligrosas. Entonces Arago dijo que no me dejaría entrar solo, que bajaría conmigo.

Yo acepté, alertándolo de que podríamos tener dificultades. Le dije: “Aragó, si te pasa algo allá abajo, yo no puedo contigo, tú pesas mucho y no tendría forma de sacarte de ahí”. (Era un gordo bien pesado. Falleció hace pocos años).

—Jefe, yo iré con usted —me dijo.

Todo lo que estoy contando sucedió en poquísimos tiempo, ya que en los fuegos el tiempo es quien manda, sobre todo en la elevación de las temperaturas y en la propagación.

Al final, le dije a otro valeroso bombero, José Manuel Lee Marrero:

—Chino, tú vienes conmigo, busca una soga fuerte que vamos directo al infierno. Por una puerta lateral de la parte superior comenzamos a bajar; dentro, un humo constante caliente ya nos comenzaba a sofocar y molestar. Yo iba delante, Aragón me seguía muy de cerca y el Chino Lee detrás de nosotros. Lee traía una gruesa soga enrollada en el cuello y un hacha de las grandes. Bajábamos los tres: capa, casco y linterna en mano. Desde arriba los compañeros nos seguían con chorros de agua abiertos en forma de cortina para refrescarnos y aliviarnos del calor, lo que a la vez convertía en más pesada y peligrosa nuestra bajada.

Al llegar abajo nos encontramos una compuerta de hierro, cerrada con un timón metálico bastante grande. Fui directo a abrir la compuerta, agarré el timón con ambas manos y las tuve que retirar a toda velocidad y con intenso dolor, pues se encontraba súper hirviendo y me produjo quemaduras instantáneas. Nuevamente comencé a abrir, pero ahora auxiliado por mi gruesa capa, a la que tuve que soltar los ganchos de cierre y expandir las dos partes delanteras para poder, con ella, agarrar el timón. Al abrir mi capa sentí que me estaba asando, el calor me penetró al cuerpo intensamente, pero continué y la pude abrir con facilidad. La compuerta daba a la sala de máquinas del barco y en ese lugar era precisamente donde se encontraba el corazón de aquel incendio. De adentro surgieron intensas lengüetas de fuego, rugiendo y acompañadas por nubes de humo color rojo-amarillo-naranja y gris, que sofocaba, además de portar terrible calor.

—Por aquí es la cosa —les dije a Lee y Aragón, y de inmediato cerré la puerta, ya que el calor estaba acabando con nosotros. La puerta comenzaba a doblarse por la temperatura que había en el cuarto de máquinas. La escalera también se había pandeado un poco. Mandé a Lee que subiera y le dijera al puesto de mando que urgentemente enviaran todos los hierros hacia aquel lugar y que había que atacar por allí, que era la zona principal. Lee subió y bajó a la velocidad de un cohete. Con esa puerta ya cerrada, Aragón y yo nos dirigimos rápidamente a la parte contraria para ver la zona contigua. Por el otro lugar todo estaba en orden, no había fuego, entonces decidimos subir para organizar las fuerzas y el ataque por aquel lugar. Lee me preguntó:

—Jefe, ¿usted se siente bien?

—Creo que sí —le contesté.

—Tiene la cara roja como un tomate maduro y con ampollas —me dijo.

Instintivamente miré a Aragón, para ver si también estaba colorado. Efectivamente, estaba súper rojo, pero en ese mismo instante, dentro de aquel humo abrasador pude ver que el color rojo comenzó a ligarse con amarillento-blanco, y Aragón se puso muy pálido y, de pronto, se desplomó, cayendo al metálico y caliente suelo como un pesado bulto. Sucedió lo que yo me había imaginado, Aragón se desmayó ¡en qué momento y en qué lugar!

—Corre, Lee, que si no andamos rápido nos haremos chicharrón en poquito tiempo. Grítales a los compañeros lo que ha pasado y que le avisen a Chin urgente, y refresquen más esta zona, a ver si logramos subirlo.

El Chino Lee, gritando, explicó la situación a los compañeros que estaban en la parte superior cubriéndonos con neblina de agua.

De pronto sentimos un fuerte estruendo y más calor que antes, pero al final nunca supimos qué sucedió. Chin me gritaba desde arriba que ya estaba allí, y que tenía más mangueras y agua para bajar y abrir la puerta. Lee le dijo que primero trataríamos de sacar a Aragón, pues la escalera se estaba pandeando.

Amarramos a Aragón por las piernas y, con un lazo en la cintura, pasándolo por debajo de las axilas, se comenzó el izaje de aquel gordo, que pesaba enormemente y se encontraba totalmente desmadejado. Chin envió dos bomberos bien fuertes para que nos ayudaran, Lee iba delante guiando la soga y empujando con una mano el cuerpo tambaleante para evitar que se golpeará. Yo me coloqué detrás de Aragón empujándolo hacia arriba para que pesara menos, lo que me produjo un fuerte dolor en las palmas de las manos, que al parecer las tenía bien lastimadas y ampolladas. Me aparté y di paso a los que llegaron frescos para que logaran elevar el cuerpo de Aragón; ya que me encontraba totalmente agotado, el calor insoportable había hecho sus efectos sobre mí y sobre Lee, quien también se veía sumamente agotado. Los dos comenzamos a toser fuertemente y yo vomité dos veces; realmente, llegué a pensar que no saldríamos vivos de aquel horno a máxima temperatura. Al fin se logró sacar a Aragón de aquel dantesco lugar y todos salimos de allí. Los médicos le pusieron a Aragón algo para que exhalara por la boca y nariz y lo inyectaron, su cara estaba despellejada, llena de pequeñas ampollas y de color rojo escarlata: se lo llevaron de urgencia para un hospital. A Lee y a mí los médicos nos esperaban con oxígeno, que nos aplicaron en cuanto salimos, nos echaron una crema o pasta en la cara, posteriormente los compañeros de aseguramiento nos dieron un pomo de leche fría a cada uno, que nos revivió de inmediato.

Chin ya había organizado la extinción por aquel lugar. Yo expliqué en detalle al compañero que iría al frente del pequeño grupo la situación de la escalera, la temperatura del timón y de la compuerta y la dirección principal del fuego. En la parte delantera del barco, ya se habían controlado las llamas por el

huevo abierto y ahora todo se concentraba en el cuarto de máquinas. Al rato comenzó a ceder la temperatura y el humo blanco indicaba que estábamos venciendo aquel poderoso incendio.

—¡Qué susto pasamos! —dijo Lee en voz alta a quienes nos acompañaban.

Al hacer el recuento, nos encontrábamos los tres con la cara despellejada y ampollada, casi no teníamos cejas ni pestañas, yo tenía quemaduras en las palmas de las manos y los dedos inflamados y ampollados; Lee, mucha tos, ya que había perdido un pulmón, producto de los gases y de la soldadura eléctrica, cuando construimos el primer barco de bomberos, "Victimas de la Coubre" El fue el soldador principal.

Los tres habíamos pasado el susto del siglo.

Testimonio de Francisco Guzmán Figueroa (Chin)

Fuego en el barco Camilo Cienfuegos y el remolcador en el muelle de la refinería Níco López

Este fuego se presentó a las doce del día, el barco estaba prendido por la parte de los camarotes y las oficinas. El peligro mayor estaba en las bodegas de combustible, que ya estaban vacías. Si el fuego llegaba a ese lugar, la explosión hubiera sido terrible, tanto para los bomberos y los trabajadores que estaban dentro del barco, como para la refinería. Cuando estábamos analizando la situación, el compañero Alonso (hijo) me dice:

—Despreocúpese, jefe, que vamos a parar el Capitolio.

Del remolcador murieron tres compañeros, entre ellos, el capitán.

Así fuimos y seremos siempre los bomberos.

Testimonio de Humberto Soler Baldoquín (El Loco Baldoquín)

La lancha de Guarda fronteras

Se produce un incendio en una lancha artillada de FGF, atracada en los muelles a un costado de la Alameda de Paula. Llego al lugar, al frente del carro M-1, en los momentos en que la lancha era desatraca del espigón para trasladarla fuera de la bahía, ante el peligro de explosión y propagación de las llamas hacia otras embarcaciones pesqueras surtas en el espigón. Ya se alejaban con la lancha y les grito: "¡Carajo, traigan esa lancha para acá, que es un medio de nosotros y hay que salvarlo, o meto preso a los responsables!"

Logré que dirigieran nuevamente la lancha al espigón y, saltando entonces a la cubierta con la línea de manguera, me introduje en ella. Tras varios movimientos logré la extinción de las llamas, salvando la lancha al tomar una rápida decisión.

Testimonio de: Francisco Guzmán Figueroa (Chin) Incendio en un barco en la Bahía de Matanzas

Este barco traía materiales para la producción de neumáticos y algunos instrumentos médicos. Al llegar a los muelles, ya venía con fuego en las bodegas. Traía mucho humo negro y pocas llamas. Se habló con el capitán del barco quien dijo que el material que contenían las bodegas era tóxico. Se le pidió el plano de las bodegas y se comenzó la extinción, pero las horas pasaban y no se sabía qué estaba ocurriendo dentro, para analizar la

estrategia a seguir. Algunos bajamos amarrados por la cintura, con la contraseña de que, si dábamos dos tirones a la soga, tenían que subirnos. En mi caso, quedé atrapado y, tratando de zafar la soga, la halé varias veces. Poco faltó para que me partieran por la mitad tratando de subirme a cubierta. El sargento Martínez se intoxicó tanto, que después padeció de los pulmones. En esa etapa, el trabajo de los bomberos se hacía muy difícil, como en este caso, en que el jefe de los Muelles quería sacar el barco fuera de la bahía para hundirlo. Esto provocó una gran discusión y le hicimos saber que, en estos casos, la decisión la tomaba la Dirección de Incendios. El fuego duró 24 horas, pero no hubo necesidad de hundir el barco.

Testimonio del Tte. Coronel. Enrique Mederos García Incendio en un barco soviético, surto en el Puerto de Matanzas.

Un día del año 1968 a las 14:45 horas, se recibe el aviso de que un barco de nacionalidad soviética, surto en el puerto José Luis Dubrog, de Matanzas, cargado con nitrato de amonio, se encontraba ardiendo. Al presentarme en el lugar, como jefe de extinción de incendios en la provincia, comprobé que la bodega central del barco combustionaba y de la misma salía una densa columna de humo y gases altamente tóxicos. Cuando arribamos al objetivo, la tripulación soviética combatía heroicamente el siniestro con sus medios y la cisterna contra incendios de la propia nave, además de quedar muy pocos marineros, pues la mayoría habían sido evacuados hacia el hospital provincial por presentar síntomas de asfixia e intoxicación.

La situación era altamente compleja y existía riesgo de contaminación ambiental en la ciudad, por lo que tuvimos que proceder a la evacuación de parte de la población de los barrios de Versalles y Playa.

Las autoridades de la provincia plantearon que se remolcara la embarcación hacia alta mar, se le abriera un hueco con autógeno y se hundiera. Nosotros, de acuerdo con la tripulación del barco y contando con nuestros medios y los del propio buque, propusimos, y fue aprobado, que se trabajara en el lugar hasta la total extinción del incendio, lo cual se realizó en tres horas y veinticinco minutos a partir de nuestra llegada. El resultado final fue de sesenta y cuatro personas asfixiadas durante las labores de extinción y en las proximidades del lugar. Casi al final del trabajo, durante una última exploración a la bodega afectada, se me agotó el oxígeno de la careta de respiración, por lo que tuve que quitármela con urgencia y no logré llegar afuera por mis medios, siendo rescatado e ingresado también en el hospital provincial.

Testimonios de Juan Terry Ferrín, ex chofer del carro M4 y ex jefe Nacional de los Bomberos

Un hecho significativo fue un incendio ocurrido en un barco anclado en la bahía de Matanzas, donde concurrimos con tres carros de la Ciudad de La Habana. Dicho barco estaba cargado de nitrato de amonio, producto altamente explosivo y tóxico, lo que provocó que treinta hombres de las dotaciones de los carros tuvieran que ser ingresados con urgencia, por envenenamiento, producto de los gases de la combustión.

Testimonio del Lic. Gabriel Alfonso Rodríguez

Se produce un incendio en un barco anclado en las inmediaciones de los muelles de Regla, en horas de la madrugada. Fui para el lugar con el compañero Ángel Aragón. Como el barco de incendios se demoraba en arribar, Aragón decide llegar en un bote. Subimos a la motonave, y con los extintores del barco iniciamos la

extinción. Tomé uno de ellos y cuando lo dirijo a la llamas, me doy cuenta de que estaba vacío, pues solo echó aire. Me lanzó una lengua de fuego que me alcanzó la mano y el brazo izquierdo, produciéndome quemaduras graves. Me sacaron en el mismo bote y en el jeep de Aragón fui trasladado al hospital Clínico Quirúrgico. Cuarenta y cinco años después, aun conservo en mi mano las huellas de aquellas quemaduras.

Otra vez acudimos a los muelles a extinguir un incendio en un barco de la Marina, cargado con granadas, proyectiles y otros explosivos. En medio de gritos para que abandonáramos, y del temor, se impuso la arrogancia y valentía que caracteriza al bombero. Pudo ser una catástrofe, recuerdo la posición de Roberto Valdés, director del DPI, con los marinos, y su actitud en el enfrentamiento del siniestro, lo que nos comprometió a todos.

En la zona de Tallapiedra, precisamente muy cerca de donde se produjo el sabotaje al vapor La Coubre, se produjeron varios incendios en almacenes. Uno de ellos, en Los Elevados, cerca de la planta generadora de electricidad. Fue de grandes proporciones, en un lugar lleno de cajas y sobretodo, de cientos y cientos de tanques de un producto altamente inflamable, que había llegado con requerimiento urgente para una producción específica de máxima prioridad. Al rato de estar combatiendo aquel incendio, recibo por la planta de radio una llamada apremiante para que de inmediato, llamara al Palacio Presidencial, al despacho del presidente. Me dirigí a patrullas y llamé al número indicado.

Me identifico y me ponen al entonces presidente de la República, compañero Osvaldo Dorticós Torrado, quien me saluda y me dice:

—Robertico, quiero decirte que esos productos hay que salvarlos a toda costa, sobre todo, los tanques —y me explicó lo que contenían. Le contesté:

—Presidente, esto está ardiendo por los cuatro costados, estamos haciendo lo indecible para salvarlo. Le aseguro que se hará el máximo esfuerzo.

Salgo como alma que se lleva el diablo hacia el lugar, pensando qué más podríamos hacer, se me ocurre que en el puerto podía estar anclado algún barco con medios de extinción. Urgentemente envié varios jeeps, motos y carros a toda la zona del puerto, hasta que me avisaron que había uno bien equipado y que ya lo traían con un remolcador a toda máquina, con los prácticos del puerto. Llegaron el barco y la felicidad juntos: en un rato aquellos chorros de agua de mar dominaron la situación. Chin dice que el barco era ruso, pero yo estoy convencido que era japonés, pequeño.

Testimonio de: Francisco Guzmán Figueroa (Chin) Incendio alrededor de los muelles, frente a la Unidad de Patrullas.

Este fuego se produce en un almacén donde descargaba un buque soviético. Al llegar al lugar, era muy difícil acercarse al área del siniestro. El compañero Casuso, quien iba manejando el carro, al llegar al lugar, me dice: "Jefe, el carro no pasa por dentro de esas dos columnas"; entonces le contesté: "Pues tiene

que pasar, porque no hay otra entrada". Casuso pasó, pero dejó parte de los costados del carro. Allí localizamos al responsable del almacén y me dijo que él se iba porque esas cajas eran explosivas. Al tratar de irse lo sujeté por un brazo y le dije: "Coj....., de aquí no te puedes ir, porque tú eres el que sabe lo que hay dentro". Hay que destacar que los marineros soviéticos se batieron exactamente donde estaban los cajones con explosivos. En el periódico Granma salió un escrito sobre este incendio.

Testimonios de Juan Terry Ferrín, ex chofer del carro M4 y ex jefe Nacional de los Bomberos

Un incendio muy violento fue el del patio de bidones de la refinería Níco López, donde los tanques de 55 galones se incendiaban y volaban como si fueran cohetes, poniendo en peligro la vida de los presentes. Se logró controlar este incendio después de cuatro horas de intensa labor.

Testimonio del coronel Mario Álvarez Martínez, actual segundo jefe del Cuerpo de Bomberos

En enero de 1988 se comenzó un proceso de perfeccionamiento en la Dirección de Prevención y Extinción de Incendios, que concluyó a los tres meses aproximadamente, y se logró que, a partir de ese momento, los bomberos asumiéramos, como nombre, el de la Dirección General de Protección contra Incendios. Dentro de esa estructura diseñada fundamentalmente para la Ciudad de La Habana, me designaron como Jefe de la Sección de Planificación Operativa y Disposición Combativa del Departamento de Operaciones, fueron tiempos de trabajo permanente de lunes a lunes, que indiscutiblemente significaron un cambio en los métodos y estilos de trabajo, y en cuanto a la atención constante y sistemática a los Comandos de la base. Esto representó para mí un salto cualitativo y cuantitativo de mi gestión como combatiente del MININT.

Iba prácticamente a todos los fuegos, y entre ellos participé en uno que ocurrió en el mes de mayo de ese propio año. El tanque No. 43 de la Refinería Níco López se encontraba en reparación, pero ello no implicaba que estuviera limpio de combustible. Una tarde, como resultado de la utilización de llama abierta, se incendian los residuos que yacían en el fondo del tanque.

Como corresponde, se activa el plan de emergencia en dicho objetivo, y nos movilizamos hacia el lugar; la situación se torna compleja porque la temperatura de las paredes y de la tapa del tanque comienza a elevarse notablemente, el humo era denso y amenazaba con propagarse a través de los orificios que se habían hecho para su reparación. Al observar que no había control del incendio y que se hacía muy difícil realizar las labores de extinción desde la pasarela del borde superior del tanque, decido bajar, conjuntamente con los compañeros Eustiquio, Osmany y dos reclutas, hasta la tapa flotante que se encontraba en la parte inferior del mismo, y aplicar dos generadores de espuma a través de los respiraderos para ir extinguiendo la superficie del combustible del centro hacia el perímetro del tanque.

Aquella acción debía estar acompañada de un enfriamiento permanente de las paredes del tanque desde el exterior ya que los vapores iban a irse desplazando hacia el perímetro del tanque.

Por causas ajenas a nuestra voluntad, la red exterior de agua de la refinería se deteriora y, como consecuencia, disminuyen los pitones designados para el enfriamiento, por lo que los vapores del combustible comienzan a

llegar a una pared caliente, provocando una explosión y, con ello, el ascenso vertiginoso de la tapa flotante donde estábamos nosotros.

Junto con la tapa fuimos lanzados, pero nos recuperamos rápidamente y observamos que en todo el perímetro del tanque las llamas y el humo nos rodeaban. Rápidamente decidimos organizar una evacuación protegida, creando las condiciones con los medios de protección personal que teníamos.

Por suerte, los compañeros que estaban en el exterior del tanque se dieron cuenta de lo sucedido y, a pesar de que no nos veían, ubicaron chorros de agua intensos en el borde superior donde se encontraba la escalera: esa acción nos ayudó a ir saliendo paulatinamente de entre las llamas que ya sobrepasaban el borde superior del tanque, para salvar nuestras vidas. Posteriormente, los implicados fuimos condecorados con la Medalla por la Valentía de I Grado.

Testimonio del mayor Luis Álvarez Valdés, El Chama, 1963

En los momentos en que el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz comparecía en el programa de televisión Ante la Prensa, y siendo aproximadamente las 10:30 p.m., se sintió una fuerte explosión. Desde nuestra unidad se observó que se había producido en la refinería Níco López, por lo que salimos hacia la misma a gran velocidad. Al llegar al lugar, las postas de la refinería no dejaban pasar a los carros de bomberos (ellos tenían su propio cuerpo de bomberos, el cual, después de este incidente, se subordinó directamente a nuestra institución).

Por el equipo de radio se escuchó la orden del jefe de los bomberos, compañero Robertico, de que penetráramos al lugar de inmediato. Así lo hicimos, cumplimentamos la orden y pasamos para comenzar a trabajar en lo que se llamaba el llenadero de las cisternas de gasolina. Lo que había sucedido era que, durante la intervención del Comandante en Jefe, le pusieron una bomba a una de las rastras que se encontraba en el cargadero de gasolina. Se había violado el régimen de protección aplicable al caso.

Fue significativo para los bomberos que durante toda la actuación se mantuvo presente el presidente de la República, Dr. Osvaldo Dorticós Torrado.

Testimonio de Humberto Soler Baldoquín (El Loco Baldoquín)

En ocasión de incendiarse una batería de tanques en la refinería Níco López, me senté cerca del tanque incendiado para recuperar energía, había un trabajador del lugar en la parte superior, pitón en mano, combatiendo las llamas. En ese momento, por la alta temperatura que soportaba, el tanque se pandea y el compañero resbala y se desploma, perdiendo el pitón. Al percatarme, me lanzo velozmente hacia él, recobro el pitón y, maniobrando con el mismo, logro protegerlo de las llamas y rescatarlo, con el apoyo de otros compañeros que sofocaron el fuego.

En otra ocasión, al producirse un incendio de gran magnitud en la Planta Desoladora nº 3 de la refinería, donde combatían numerosos compañeros y medios técnicos, observo el peligro inminente de propagación del incendio hacia el área de las trampas, donde fluye combustible derramado; así como hacia otras baterías, con grave riesgo de explosión.

Tomo la decisión de avanzar hacia uno de los conductos de gruesa capacidad de combustible que se encontraba completamente en llamas, para maniobrar en una de las válvulas de paso del combustible. Por ser enorme el volumen de las llamas, solicito que tres compañeros me protejan con chorros de agua; en ese momento me detiene Anselmo Llano, entonces jefe de la Unidad de Incendios de la refinería, me dice que es una locura penetrar en las llamas bajo esas condiciones y me suministra una capa y unos guantes de amianto. Es así que penetro en las llamas llegando a la segunda válvula de cierre, ya que la primera estaba destruida. Cuando logro llegar, cierro, y así, con el accionar de los restantes compañeros, pudo controlarse este siniestro, que estuvo a punto de provocar una gran catástrofe.

Testimonio de Francisco Guzmán Figueroa (Chin)

Durante seis años tuve que participar en varios fuegos y presenciar el coraje de los bomberos, al igual que los trabajadores y jefes de la refinería, pues todos tenían conocimiento para extinguir un siniestro. Aunque fueron varios los fuegos, recuerdo los que ocurrieron simultáneamente en los tanques 504 y 505, con más de un millón de litros de gasolina. Se empleó toda la técnica y medios disponibles. Aquí se destacaron varios compañeros, como Alonso (hijo), Loreto y otros que subieron a los techos de los tanques (de treinta y cinco metros de altura y de diámetro), mientras que otros aplicaban el enfriamiento por los laterales. Algunos ingenieros decían que las planchas no resistían el fuego. Pero este siniestro también se apagó después de mucho esfuerzo.

Testimonio de Bienvenido Caballero, ex chofer del carro M1 y ex jefe de Unidad

Ocurrió un incendio en la refinería Níco López en tanques almacenados en un área, éste fue de grandes proporciones y de gran peligrosidad pues los tanques incendiados rodaban, lo que dificultaba la labor de los bomberos. Hubo que tomar medidas precisas, no solo por nosotros, sino también por la presencia en el lugar del Comandante en Jefe.

Testimonio del coronel @ Carlos Figueredo Rosales

Otro accidente de connotación fue un fuego en la refinería Níco López. Como se sabe los tanques de combustible tienen un sistema de tapas que son llamadas flotantes y con sello. Es una tapa con bordes de goma que va bajando según esté más o menos lleno el tanque y no deja el combustible expuesto. No obstante, por accidentes, sobre todo por rayos, a veces se incendia el combustible. Si los bomberos andan rápido, solamente con el uso de un extintor logran dominar la situación antes de que el combustible se gasifique por temperatura. Esto sucede con bastante frecuencia, podría decirse que cuatro o cinco veces al año en cualquier tanque.

Pero en este caso hubo un error de procedimiento, pues se utilizó una tubería para trasegar nafta por la tarde, y al otro día se utilizó la misma tubería para trasegar alcohol. El día antes esta no se había cerrado correctamente, por lo que se unieron la nafta y el alcohol, y se produjo una expansión de gases que se inflamó con las chispas del tubo de escape de un camión que pasó cerca.

Como resultado se incendiaron tres tanques de fuel oil, un tanque de alcohol, al almacén de productos inflamables y un laboratorio. Millones de litros de combustible, productos explosivos, y todo cerca de un gran tanque de hidrógeno líquido.

El primer carro de combate de la refinería comenzó las labores de enfriamiento desde dentro, o sea, entre los tres tanques de fuel oil, el de alcohol, que era el que más encendido estaba, y el de hidrógeno. Sabía que si trataba de enfriar desde afuera lo que haría era dirigir el calor hacia el centro.

Cuando llegué al lugar ya estaban desplegados todos los equipos de la refinería, unos seis carros, dos de ellos especializados, que se abastecían de las líneas de agua. Se formó el Estado Mayor y se cursó orden a la policía de que interceptara cuantos autos cisternas de servicio a la industria, turismo o población se encontraran, y los dirigieran a la refinería como estaba normado para estos casos. Se mandó a acercar el barco contra incendios que estaba de guardia para la Bahía de La Habana, para hacer succión desde al mar con sus poderosas motobombas, y que sirviera también de abastecimiento en las tareas de enfriamiento.

El enemigo principal era el tanque de hidrógeno, cuya explosión podría producir daños catastróficos, no solo a la refinería, sino a los cercanos pueblos de Regla y Casablanca. Todos los bomberos sabían el riesgo que corrían.

Lo primero que mandé organizar fue la fluidez del tránsito dentro del lugar, pues se podía producir un embotellamiento de la técnica. ES decir, podíamos situar mucha técnica, pero esta podía quedar inmóvil.

Se designó al capitán Baldoquín para organizar la fluidez de mangueras y agua desde la zona donde se situó el barco. Este tuvo que improvisar un puente para trasladar algunos recursos y pasar las mangueras. Baldoquín era un oficial preparado en los menesteres de abastecimiento de agua “desde cualquier lugar que la hubiera” desde la época en que el General Roberto Valdés había sido jefe de Incendios.

Según fueron llegando carros de combate o primeros avisos desde diferentes unidades de la Ciudad de La Habana y desde la provincia de La Habana, se fueron rodeando los tanques de fuel oil, manteniendo el sistema de enfriamiento sobre el de hidrógeno.

Ya los de fuel oil se habían apagado con espuma y no representaban ningún peligro, no obstante, se les mantenía refrescados debido a la cercanía con el de alcohol, que ardía como una antorcha. Para el caso del tanque de alcohol, la idea era dejar que se gastara un poco el combustible, e ir disolviéndolo con agua hasta lograr que no fuera inflamable o no combustionara.

El almacén de productos explosivos y el laboratorio fueron apagados desde el primer momento. A las dos de la madrugada, dieciséis horas después de comenzado el incendio, solo quedaba encendido el tanque de alcohol.

A las once de la noche me informó el general Pascual Martínez, quien había llegado una hora después que yo, que el Comandante en Jefe Fidel Castro se dirigía al lugar. Le dije que debíamos buscar la forma de no dejarlo pasar a la zona de mayor peligro, o sea, cerca de los tanques, y si fuera posible atajarlo antes de llegar a la refinería.

Nosotros sabíamos que el Comandante acostumbra a meterse en los lugares más céntricos del combate. Lo que no sabe el lector es que sobre mí pesa el dolor de haber estado muy cerca del lugar en que cayó en combate de José Antonio Echeverría durante los sucesos del 13 de marzo de 1957, y también el Comandante Piti Fajardo durante la Lucha contra Bandidos en Escambray. En este caso se juntaron en mí el trauma como consecuencia de

estos hechos, el respeto por el tamaño de la figura histórica de Fidel y su papel principal en la Revolución y, por qué no decirlo, el cariño y la admiración que le tengo.

Mandé organizar un puesto de mando de avanzada con mapas de toda la situación operativa y oficiales de alta graduación para tratar de que Fidel conociera las acciones desde este lugar. Tuvimos la suerte de que llegara y viera desde afuera de los cinco tanques todo el despliegue, y se dirigiera al puesto de mando, donde el general Pascual lo puso al tanto y le dijo que todo estaba bajo control y que teníamos asegurado el abastecimiento de agua para el enfriamiento necesario, y que el tanque de hidrógeno estaba fuera de peligro. Él había insistido en el control sobre dicho tanque. Le explicaron que el tanque de alcohol llevaría mucho tiempo en ser liquidado, pero que no representaba peligro mientras hubiera capacidad de enfriamiento, y este estaba asegurado. Se fue y dijo que regresaría más tarde. Me mantuve dentro del área de combate hasta las siete de la mañana, hora en que se logró apagar el tanque del alcohol, ya muy deformado. Hasta ahora no sé si realmente volvió.

El fuego duró veintitrés horas y se otorgaron 122 medallas Por la Valentía Durante el Servicio. Yo la obtenía por segunda vez.

Testimonio de Humberto Soler Baldoquín (El Loco Baldoquín) Incendios de viviendas

Uno de los casos que más impactó mi vida de bombero ocurrió en el municipio de La Habana Vieja, en una cuartería de dos plantas. En esa etapa había gran escasez del combustible que se conoce como luz brillante, y muchas personas lo almacenaban, imprudentemente, en recipientes. En el número 667 de la calle Habana, en una de las habitaciones de la planta alta, había una cocina de presión. Al verter el alcohol desde una botella a los quemadores, este se inflama, y la señora, asustada, la tira hacia atrás, cayendo en una cuna donde reposaban sus tres niños pequeños. Inmediatamente se encendió el mosquitero y la sábana. La madre, horrorizada, pide auxilio y trata de proteger a los niños, incendiándosele así su ropa. Atraído por los gritos, acude un familiar, el cual ve un cubo en el piso y, creyendo que contenía agua, lo arroja sobre las víctimas para sofocar las llamas. Pero el contenido del mismo era la luz brillante inadecuadamente almacenada, y esto ocasionó el fallecimiento inmediato de la madre y los tres pequeños, y algunas quemaduras al familiar.

Hubo un incendio en la calle San Ignacio de regulares proporciones en una vivienda, pero este fue muy doloroso y me dejó marcado, pues en el mismo fallecieron dos menores que se ocultaron debajo de la cama. La madre dejó la cocina encendida y la puerta cerrada y fue a la bodega; cuando llegó, estaba incendiada la vivienda, y aunque se actuó rápidamente no pudimos, salvar a los niños.

Testimonio de José Antonio Mederos García Incendio en un edificio de tres plantas en La Habana Vieja

A punto de morir por imprudencia

Estando en el mando práctico como jefe de pelotón en la Unidad No. 1 de Corrales, suena la campana por un incendio en un edificio de tres plantas en La Habana Vieja, el cual tenía una escalera de madera en muy mal estado.

Yo, como jefe de pelotón, acompañado el primer pitón, realicé la exploración. El incendio se localizaba en una torre situada en el patio del edificio, a la cual los moradores arrojaban basura a través de las ventanas de cada piso; alguien botó un colchón de huata y tupió la torre; una colilla de cigarro o alguna brasa prendió fuego al colchón, provocando una gran cantidad de humo que llenó todo el edificio.

Ordené un despliegue combativo de tres tramos de manguera de 51 mm. y un pitón neblinero. Al llegar el tendido le pido el pitón al compañero que lo traía, me subo en el apoyo de una ventana y comienzo a echar agua. De pronto, una nube de cucarachas penetra por la ventana, cerca de mí había una señora que se asusta, da un grito, abre las manos y choca conmigo, por lo que pierdo el equilibrio, caigo dentro de la torre y llego hasta aproximadamente la mitad, por donde estaba tupida, pero no suelto la manguera.

Ante esta situación, mis compañeros comenzaron a gritar al resto de la dotación: “Corran, corran, que el jefe del pelotón se mató”. Mientras, yo gritaba: “Estoy vivo, no me quiten el agua y halen la manguera”.

Cuando me rescataron y llegué a la superficie, me faltaba la respiración, debido al humo, y tenía algunas quemaduras leves. La señora gritaba: “Fue culpa mía”, pero le dije: “No, señora, el culpable soy yo, porque lo primero que tenía que haber hecho era retirar del lugar a todos los curiosos”.

Incendios por accidentes del tránsito: a cada rato se producen accidentes de tránsito de gran magnitud, donde dos autos chocan y el impacto los lanza contra otros vehículos, o se vuelcan, o reciben impacto directo de frente, o tumban un poste eléctrico o telefónico. A veces, al accidentarse los vehículos, se producen incendios que en numerosas ocasiones cuestan la vida a los conductores y demás ocupantes. En algunos de ellos queda personal atrapado y se dificulta mucho la extracción de las víctimas del interior del vehículo, incidiendo además, el que está atrapado, se encuentra inconsciente, en estado de gravedad o fallecido.

Testimonio de Humberto Soler Baldoquín (El Loco Baldoquín)

Este hecho ocurrió de madrugada en un ómnibus marca Leyland que cubría la ruta Habana-Marianao por la Avenida 51. En el entronque de la calle procedente de La Tropical surge inesperadamente un camión, que se proyectó contra la puerta delantera del ómnibus, motivando el incendio de ambos vehículos. El impacto provocó el atascamiento de las puertas impidiendo la salida de los pasajeros. En los momentos iniciales escaparon varios pasajeros envueltos completamente en llamas, parecían antorchas humanas pidiendo auxilio en las calles, algunos vecinos acudieron con mantas o frazadas para socorrerlos.

Yo estaba al frente del Comando de Incendios del Cerro y fui el primero en llegar al lugar; maniobrando, tomé un pitón para combatir las llamas y me percaté de que había personas atrapadas en el ómnibus.

Cogí una barreta y traté de forzar la puerta delantera, pero no pude, entonces golpeé fuertemente con el pitón el parabrisas delantero, quebrándolo. Por ahí mismo introduje el pitón y con varios movimientos logré sofocar las llamas de esa zona. Al mirar al interior, observo seis o siete cadáveres consumidos, que parecían pequeños maniqués apretujados junto a la puerta, y otros más en el pasillo. Al día siguiente se publicó una hazaña, al decir

de la prensa, por el caso de un pasajero que logró escapar desprendiendo el parabrisas trasero y, al percatarse de que había dejado dentro un maletín con los salarios de los obreros de su centro de trabajo, penetró nuevamente al ómnibus y lo rescató.

Esto, para mí, no fue ninguna acción memorable, pues lo heroico hubiese sido rescatar a algunas de las personas atrapadas, a pesar del dinero, pues en esta escena dantesca hubo más de veinte pasajeros fallecidos y ha sido uno de los hechos que más me impactaron.

Testimonio de Humberto Soler Baldoquín (El Loco Baldoquín)

Este accidente sucedió en Vía Blanca y Entrada de Cayo Cruz al impactarse un auto marca VW contra la parte posterior de una camioneta destinada a traslado de cilindros de gas, estacionada completamente a oscuras en la Vía Blanca. Producto del impacto, se incendió el auto, quedando atrapada en su interior la esposa del conductor. El hombre había sacado a su hijo que viajaba con ellos. Había un fuerte olor a carne quemada, y el hombre, llorando, se golpeaba los brazos también quemados y gritaba: "¡Coño, se quemó mi mujer y no pude salvarla!" Él también sufrió algunas lesiones, aunque leves.

Incendio en la fábrica de gas Evelio Rodríguez Curbelo en Luyanó

Testimonio de Humberto Soler Baldoquín (El Loco Baldoquín)

En el año 1976, cuando era jefe de Unidad del Comando nº 11 del Cotorro, recibo el aviso de un incendio de grandes proporciones en la Planta de gas de Melones. Llovía fuertemente y, como la técnica de la Unidad quedó cubriendo zona, tomé una moto MZ destartalada y salí lo más rápido que pude al lugar del incendio. Se trataba de un tanque de gas (todos flotantes), cuyos bordes estaban incendiados. Al lugar acudieron numerosas unidades, técnicas agregadas y carros pipas desviados por las patrullas y el Acueducto de Palatino. Mientras el compañero Ángel Aragón Delgado organizaba el enfriamiento del mayor de los tanques y las labores de extinción, yo me ocupé de localizar al ingeniero principal.

Localizo a un hombre más bien bajito y colorado, creo que era un alemán, e indago si se podía evacuar el gas almacenado en ese tanque por la válvula de acceso al depósito principal. El ingeniero, después de analizar un rato, me comenta que de los dos conductos instalados al tanque, uno conducía el gas, y la otra línea era de vapor de agua, por lo que existía la posibilidad de que, si disminuía la presión del gas, se pudiera tragar las llamas y sobrevenir una explosión. Me sugiere entonces que debía cerrar lentamente la válvula de acceso del gas y a la vez ir compensando la presión con la línea de vapor de agua. El peligro en este sector eran unos balones que se prendían bruscamente por momentos, por ello, para operar los conductos, me protegí con varios pitones neblineros que me bañaban constantemente y, coordinadamente a las labores de enfriamiento y extinción, manipulé ambas válvulas para compensar la presión de las líneas.

Así se logró la extinción, evitando el peligro algo remoto de una monstruosa explosión.

Testimonio de Francisco Guzmán Figueroa (Chin) Fuego en el cargadero de gas y almacén colindante de la refinería Níco López

Eran las doce del día y sonó la sirena. Todos corren a sus posiciones y partimos al lugar del incendio que era esta vez en el cargadero de gas. Solté la pistola y los carnés, los puse sobre el muro y dije: “De ese lugar nadie sale vivo”. Había entre nosotros más de cincuenta jóvenes del SMO.

La situación era compleja, el pistón para cargar las rastras se había roto, se había prendido y el gas seguía saliendo y prendiendo toda el área. Las balas de almacenamiento de gas estaban como a cinco metros, el fuego casi llegaba al lugar, y el almacén ya estaba ardiendo.

Los ingenieros me dicen que las válvulas de los cargaderos podrían resistir hasta 400 grados. Había que cerrar una llave de paso que conducía hacia el cargadero y se encontraba debajo de una cortina de fuego. Se me acercó un empleado y me dijo: “Yo la cierro”.

—Sé que eres capaz de eso —le contesté.

Este compañero, valiente bombero, había sido jefe de una de nuestras Unidades. Lo empapamos en agua, fue hasta el lugar y cerró la llave de paso. Le dije, lleno de alegría: “Negro, sigues siendo un gran bombero”.

Testimonio del teniente Roberto Agramonte Incendio en la fábrica H. UPMANN

En el año 1960 se produce un incendio de grandes proporciones en los almacenes de cura de tabaco en la fábrica H. UPMANN, en Ciudad de La Habana, en el que participaron el personal y los equipos de las Unidades de Bomberos N^o 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 11.

En el momento en que estas unidades se encontraban luchando contra el incendio, se produce un derrumbe de los pisos de tabaco en cura y los materiales cayeron sobre las mangueras que se encontraban dentro del local incendiado y cortaron el agua a las líneas que se estaban utilizando para la extinción, por lo que queda atrapada en el interior del edificio en llamas la dotación del carro M2. Entre los atrapados me encontraba yo, que era jefe de esa dotación, y los bomberos Argelio Collazo, Fausto Álvarez, Miguel García y Raimundo Álvarez.

Al darme cuenta de que el almacén amenazaba con derrumbarse, y que ya no teníamos tiempo para abandonarlo, decidí agrupar a los bomberos debajo de un arquitrabe, para protegerlos. Después que se produjo el derrumbe, todas las áreas de la primera planta quedaron cubiertas por desechos de la construcción y por tercios de tabaco en llamas, además del humo tóxico del propio tabaco. Uno de los compañeros que no cumplió la orden de agruparse bajo el arquitrabe, pues se encontraba en estado de pánico, quedó atrapado bajo los escombros. Con la rápida actuación de todos, logramos sacarlo con vida, aunque muy dañado y falleció al poco tiempo ya que nunca se recuperó. Se nombraba Raúl Rivó.

Testimonio de Lic. Gabriel Alfonso Incendio en una panadería

El día 22 de marzo de 1960 se produce un incendio de regulares proporciones en una panadería al lado de la antigua Terminal de Ómnibus de la ruta 22 de Marianao, cerca del puente de La Lisa. Al dirigirse las técnicas de incendio del municipio de La Habana Vieja a este incendio, el carro M2 se proyectó contra un auto en el cruce de la Avenida de Boyeros y Calzada del Cerro. Como consecuencia, uno de los bomberos salió por el aire y se estrelló contra el poste de la luz de esa esquina, perdiendo la vida. Su nombre era Jorge Román, y fue este el primer

mártir de los bomberos en la Ciudad de La Habana. También resultaron heridos muy graves el jefe de carro, Roberto Jiménez, quien me sustituía, pues debí estar en ese turno de trabajo, Rolando Borroto (bombero) y el chofer maquinista Oscar Álvarez.

Testimonios de Juan Terry Ferrín, ex chofer del carro M4 y ex jefe Nacional de los Bomberos

Un incendio lamentable fue el de la calle Patria, que se produjo en un almacén de la Empresa de Confección de Calzado y que se encontraba lleno de Cemento Soleta. Por el frente de la nave se encontraba una dotación de alumnos de la Escuela Nacional de Bomberos. En dicha dotación había dos bomberos sin capa, las cuales no alcanzaban en aquellos tiempos para todos los hombres, por encima del agua vertida por los pitones, corría la Zoleta incendiada, dichos hombres resbalaron y cayeron en el agua con zoleta encendida y esta se les pegó en el cuerpo, los mismos salieron corriendo envueltos en llamas por la calle Patria, sufriendo quemaduras en el 90% de sus cuerpos, falleciendo a la mañana siguiente.

Después de este lamentable suceso, se le cambió el nombre a la Escuela Nacional de Bomberos, por el de Escuela Mártires de la calle Patria.

Testimonio de Bienvenido Caballero, ex chofer del carro M1 y ex jefe de Unidad

Ocurre un incendio en el almacén de pintura y otros productos de la calle Patria; al entrar los bomberos para su extinción, ocurre una explosión, y la pintura incendiada envuelve a dos combatientes, los cuales fallecieron. Esto habla de lo riesgosa y dura que es la vida de los bomberos. Este hecho me causó una gran conmoción.

Testimonios de Juan Terry Ferrín, ex chofer del carro M4 y ex jefe Nacional de los Bomberos

Incendio en la carpintería de Concha y Porvenir.

Se produce un gran incendio en un taller de carpintería, situado en Concha y Porvenir, en una edificación de madera de tres plantas. Fue tan intenso el incendio, que al carro M4, que estaba situado a veinticinco metros del edificio en llamas, se le derritió el parabrisas, en un edificio situado en la acera del frente, como a treinta metros, se incendiaron las tendederas llenas de ropas, y de un gallinero que había en el lugar salían las gallinas con las plumas encendidas, corriendo.

Incendio en un almacén de la Empresa del Fósforo

Un incendio muy violento fue el de la calle de la Rosa e Infanta, en un almacén de la Empresa del Fósforo, donde se producían explosiones esporádicas, que hacían volar los tanques de 55 galones hacia los techos de las casas de las manzanas colindantes. Hubo un momento en que tuvimos incendiadas cuatro manzanas a la vez, pues los techos de las casas de esta zona eran de tejas y madera.

Testimonio del coronel ® Osvaldo Antonio Castell Valdés, ex jefe de los Bomberos *Incendio en el local de la CTC. Otro hecho a destacar en mi paso por los Bomberos es el incendio provocado por la contrarrevolución en el local de la CTC. Recuerdo que me encontraba en una casita en la azotea del edificio observando por donde debíamos atacar para extinguirlo, cuando llegó a lo alto de la casita el compañero Lázaro Peña, entonces secretario general de la CTC, para acompañarnos. A los pocos minutos de haber bajado el compañero Lázaro y yo, se desplomó la casita.*

Testimonio de Bienvenido Caballero. *Fui a un incendio en la CTC, iba por la calle Reina y, al doblar en Belascoain, por ir con tanta velocidad, el carro patinó y dio dos vueltas en redondo. No hubo daños personales, ni al carro le sucedió nada. Llegué al incendio con un susto tremendo y tembloroso, pero a pesar de todo, fue elogiada mi actitud por el dominio del carro. Fui chofer durante dos años.*

Incendio en una carpintería en Marianao: *En una carpintería en Marianao, bastante grande, sobre todo en su área de almacenaje exterior, repleto de tablones y tablas de diferentes tamaños, ardiendo la mayoría, además de que gran parte de la construcción del local era de madera, con algunas paredes laterales de ladrillos, nuestras fuerzas atacaron directamente un incendio. Acompañados por la roja lluvia de chispas, nuestros hombres avanzan dentro de aquel viejo local, alguno de ellos arrastrados por los pisos, manteniendo mojadas las paredes y los locales aledaños para evitar la propagación, pero el fuego se extendía rápidamente estimulado por el fuerte viento con peligro de propagación en todo el vecindario.*

Ya se habían desprendido varios de sus altos ventanales, explotaban llamaradas dentro del material inflamable, creando confusión y pánico. Algunos de los vecinos estaban despavoridos, de pronto las llamas lo envolvieron todo y se extendieron a dos edificaciones aledañas. Los bomberos se abrían paso guiados, en ocasiones, por el resplandor del incendio, había un calor asfixiante y el humo sofocaba y hacía cada vez más difícil la respiración, las llamas parpadeaban siniestramente, mientras gases peligrosos flotaban en el ambiente.

La carpintería se había convertido en una funesta pira de madera: el edificio soltaba pedazos de madera ardiendo que caían muy cerca de nuestros hombres, y los ladrillos de algunas de sus paredes laterales se rajaban abriendo grandes brechas por donde caían fragmentos como pequeña lluvia de piedras; nuestros hombres se encontraban fatigados y extenuados por el calor, el agua inundaba todo el local, el fuego emitía llamas de color amarillo-naranja y fuerte humo gris carmelitoso.

Se utilizaron múltiples fuentes de suministro de agua cercanas al lugar: hidrantes, cisternas de las casas, pipas de agua y otras.

Al penetrar, llevaba en mis manos la capa, el casco, la linterna y unas botas de goma, me acompañaban varios compañeros a los que iba dando indicaciones para las diferentes áreas; ya nos encontrábamos bien adentro de aquella inmensa nave y muy cerca de las llamas. De pronto, cuando me puse la capa, sentí un escalofrío tremendo en todo el cuerpo: algo raro, muy raro me estaba pasando y me producía esa sensación. De inmediato me coloqué el casco, solté las botas y comencé a revisar la capa; al abrirla sentí un fuerte olor a gasolina. Efectivamente, mi capa estaba totalmente bañada en gasolina, rápidamente me la quité y, en un gesto instintivo, la lancé hacia un costado muy cerca de las llamas, al llegar al suelo ardió como una gran antorcha en fracciones de segundo.

¿Qué me produjo aquel fuerte escalofrío?

Antes les había contado que después del fuego que bautizamos Papel y Tinta, me había intoxicado con plomo en la sangre, por un baño que me di con una estopa y un cubo lleno de gasolina, al mantenerme encerrado durante mucho tiempo en un pequeño baño de la pizarra telefónica de Corrales , para poder limpiarme la gran cantidad de tinta que se me había impregnado en el cuerpo.

Cuando se investigó de dónde había salido aquella cantidad de gasolina, se supo que el compañero que estaba a cargo del carro, había colocado una vasija con gasolina, y esta tenía salidero y se había vaciado totalmente sobre mi capa. Pasé tremendo susto, pero la intoxicación con gasolina me había hecho alérgico a aquel producto, cosa que en esta ocasión me salvó la vida.

56

Incendio en el Hotel Habana Libre. Por la planta de radio de la PNR, (Policía) escuche que mencionaban mi nombre, favor de localizar a Robertico. Pregunte de que se trataba. Me informa el oficial de guardia superior que se estaba produciendo un incendio de grandes proporciones en el hotel Habana Libre y que los compañeros Arsenio Franco, entonces Vice Ministro del Interior, y Carlos Figueredo Rosales (El Chino Figueredo), jefe de bomberos en aquellos momentos, solicitaban que yo fuese a ese lugar lo antes posible.

Inmediatamente me presenté al Puesto de Mando Móvil de los bomberos, que estaba situado en la esquina de 23 y M. Los dos compañeros valiéndose de varios planos del edificio en llamas y con uno de los directivos del hotel presente, me explicaron la situación del siniestro, sus grandes proporciones y sus preocupaciones por las elevadas temperaturas ya alcanzadas dentro de los locales del Hotel y que ya las columnas de humo caliente, estaban saliendo a los pisos superiores por los túneles de los elevadores, con peligro de propagación inmediata a toda la edificación.

De acuerdo a lo que me explicaron, tomamos de conjunto la decisión de que yo tomaría el mando dentro del área del incendio y que ellos apoyarían mis demandas en cuanto a recursos, equipos, personal y otras necesidades desde el puesto de mando. Ya teníamos clara la situación operativa y

la dirección principal del incendio. La idea era penetrar por uno de los sótanos hasta llegar a los autos que estaban explotando, donde se encontraba concentrado el fuego. Por la puerta principal del sótano teníamos dos pistones de 2 ½ pero la densidad del humo y lo peligroso de las explosiones, no permitían avanzar hacia la profundidad, que era donde explotaban los autos constantemente, esparciendo gasolina ardiendo en todas las direcciones.

Aquí me sucedió lo que en otras ocasiones; el responsable del área me planteó que era imposible cruzar por aquel lugar, por la existencia de gran cantidad de cables de alta tensión que estaban bajo el agua, que ya se habían producido varios chisporretazos y se mantenían con electricidad en vivo, y que era un peligro extremo, además de que si lográbamos pasar, chocaríamos directamente, con los autos explotando constantemente. Con esta “agradable” noticia, comencé a ejecutar la misión encomendada. Considerando su alerta, con mucho cuidado tuvimos que entrar por esa misma zona a uno de los sótanos, (creo que era la tintorería).

Para poder penetrar al área cercana a los autos que ardían y explotaban, se procedió a cortar una gruesa malla metálica alargada, en forma de rombos, es decir, no muy alta, que aislaba y protegía los cables de alta tensión; después de haberla cortado de forma tal que cupieran los bomberos con todo su equipamiento, se colocaron unos neumáticos viejos, y sobre estos, unas alfombras de goma de automóviles, con el propósito de ganar en altura y protección, en relación a dichos cables. Gateando sobre las alfombras de goma llegamos hasta una pared colindante al área incendiada. Mandarria en mano se abrió un hueco, y por ahí penetramos. Desde esa posición logramos controlar y liquidar el incendio en ese sector principal. En esta ocasión se tomó la decisión de trabajar con la corriente eléctrica conectada, ya que el humo, acompañado de un calor insoportable, se estaba introduciendo por los túneles de los elevadores, con peligro inminente de propagación por conducción hacia las habitaciones de las plantas superiores del hotel, con lo cual se incendiarían las cortinas, colchones, sábanas, alfombras y muebles forrados de tela, que arden con temperaturas más bajas. Las plantas eléctricas auxiliares se encontraban cubiertas a media agua en el sótano aledaño.

La conclusión fue: “Si desconectamos la corriente eléctrica y nos quedamos totalmente a oscuras, se nos va el hotel”. La decisión tomada: “Continuar trabajando con la corriente en vivo, alertando uno a uno, sobre todo a los pitoneros actuantes del riesgo que se corre” y hacia donde debían aplicar los chorros de agua. De esta forma los bomberos salvaron esa valiosa instalación turística, bajo un riesgo total para sus vidas.

En las notas del autor les comentaba que, en ocasiones, dentro de tanto riesgo y peligro, suceden cosas simpáticas. En este caso les contaré algo que me sucedió a mí personalmente relacionado con este incendio en el hotel Habana Libre.

En medio que aquella situación tan peligrosa provocada por el intenso humo resplandeciente por las llamas y explosiones de los autos, y acompañado de un penetrante calor y el peligro de accidente eléctrico, me encontraba muy concentrado en que no se fuese a cometer ningún error fatal, y al tener que arrastrarme y cruzar sobre el área que habíamos cortado para poder acceder al foco principal del incendio y con el constante subir y bajar por nuestras pequeñas y estrechas escaleras, se me descosió el pantalón de banda a banda por su parte baja: se descosió por las dos piernas a la vez, era como si tuviese puesta una saya pantalón, pero descosida por la mitad, es decir, se veía totalmente el calzoncillo. En los momentos en que venía bajando por una de las escaleras, siento a mis espaldas una voz femenina que exclama: “¡Qué valientes! ¡Qué valientes!” Y se dirige a mí: “Compañero, yo soy la periodista fulana de tal, de tal emisora de radio y quiero hacerle una entrevista”. Yo, que sabía que me encontraba semi desnudo, empapado en agua, con la cara sucia, etc., pasé tremenda pena y le tuve que pedir de favor a aquella distinguida periodista que abandonara el lugar de inmediato, ya que se encontraba en una zona de muy alto riesgo, cosa que, además, era real.

58

Testimonio de Humberto Soler Baldoquín (El Loco Baldoquín) Círculo infantil Le Van Tan

Este fue el producto de un criminal sabotaje que puso en peligro la vida de decenas de pequeños inocentes. Ocurrió en el año 1976, en el antiguo círculo infantil Le Van Tan, en las calles 49 y 120 (al fondo del Anfiteatro de Marianao) donde hoy radica el Poder Popular municipal. Al llegar, penetro por una ventana del primer piso que daba a la calle del fondo, e inicio una exploración por los distintos cubículos, teniendo presente que, ante el peligro, los niños tienden a ocultarse debajo de las camas, en los closets o sitios similares. Ya los vecinos, estudiantes y bomberos prácticamente habían evacuado a los infantes, pero el humo era tan intenso que apenas podía respirar. Entonces saco la cabeza por la ventana para tomar aire puro y veo al compañero Fidel en compañía de Pepín Naranjo: nadie los acompañaba. De seguro, al conocer el hecho, escapó de su escolta y acudió al incendio. La población se concentraba en la entrada principal, Pepín me reconoce y me hace señas para que me acercara. Me presento, saludo a Fidel, y este me hace numerosas preguntas, si habían víctimas o más lesionados o en personas peligro, si se trataba de un acto de sabotaje, dijo que había que informar a la población sobre este acto bárbaro contra niños indefensos.

Le respondo:

—Comandante, que yo conozca no hay niños afectados, pero no puedo asegurarle del todo que sea sabotaje, pues hasta el momento solo exploraba los locales por si había algún niño oculto o atrapado. Mire, al frente del edificio está el jefe del Departamento, Juan Terry Ferrín; si usted desea, voy a buscarlo.

Me dice:

—Sí, anda a buscarlo.

Me dirijo al área de extinción y le digo a Terry:

—Jefe, el Comandante quiere verlo.

—¿Qué comandante? —me dice casi sin atenderme. Y respondo:

—Fidel.

Da un salto y pregunta:

—¿Dónde está?

—Sígame —le digo y avanzo hasta la calle 47.

Aún la población no se había percatado de la presencia de Fidel, ya había llegado la jefa del Laboratorio Central de Criminalística, el viceministro del Ministerio del Interior y dos militares más.

—Comandante, permiso —le digo a Fidel—, él es el jefe del Departamento y pido permiso para retirarme —pues me pareció que no debía inmiscuirme en aquel diálogo. Estoy seguro de que Fidel recuerda aquel encuentro, sorpresivo para mí. Al día siguiente la prensa, la radio y la televisión denunciaban aquel monstruoso hecho criminal.

Testimonios de Juan Terry Ferrín, ex jefe Nacional de los Bomberos

Cuando el incendio del Le Van Tan, yo estaba en la Víbora, y escuché por la planta de radio al exagerado jefe del carro M7 que decía que estaba en el círculo y que la candela iba subiendo por las escaleras, imagínense cuánto corrí hacia aquel lugar.

Comprobé rápidamente que no era así, pues el principio del incendio se había producido en el escenario del teatro, y este era pequeño. Todos los niños estaban encerrados en los salones de los pisos superiores. Subí inmediatamente por la escalera y comencé a orientar que los bajaran por las escaleras, cosa esta que se produjo inmediatamente, al llegar al segundo piso, vi que los estaban evacuando por la terraza en bolsos de cartero y por el carro escalera. Los dejé que continuaran de esa forma, pues cambiar a esa hora el ritmo de la evacuación podría traer problemas. Después los internamos a todos en el anfiteatro. Me avisaron que el Comandante en Jefe se encontraba al fondo del círculo, fui allí conjuntamente con Pascual Martínez. Cuando llegamos, el Comandante me preguntó cuántos niños se habían quemado, ya que sintió olor a carne quemada. Le contesté con gran satisfacción que a ningún niño le había ocurrido nada, que todos estaban a salvo.

Me preguntó qué había pasado, dijo que necesitaba conocer de inmediato las causas de lo sucedido.

Le contesté que cuando se determinaran las causas, se lo enviaría con urgencia.

Le informé que según las normas soviéticas no se podían tener niños más allá de un segundo piso. El comandante mandó a buscar a las autoridades del municipio y les orientó que no debían tener más niños en ese lugar, instruyéndolos para trasladarlos al otro día para otros lugares. Después de una exhaustiva investigación, determinamos que había sido saboteado el círculo, pues había trazas de hidrocarburos en la madera del escenario, lo que indicaba que se había utilizado algún líquido combustible en el inicio.

Así concluyó esta historia sobre él Le Van Tan.

Incendio en una refinería en Nicaragua

Testimonio del coronel ® Carlos Figueredo Rosales

Otro incidente fue el de la refinería o reservorio de Nicaragua. Casualmente, durante un despacho con el viceministro primero, general Pascual, este recibió una llamada del ministro en que le decía que, desde Nicaragua, el presidente Daniel Ortega le había pedido al Comandante Fidel Castro que le enviara cincuenta tanques de espuma y cincuenta o cien tramos de manguera, pues la refinería de Masaya había sido cañoneada por una embarcación enemiga, encendiéndosele los tanques de combustible, y no lograban apagarlos. Que temían que fuera el preludio de una invasión, pues ahí estaba el combustible de reserva de sus medios militares. Como yo conocía el lugar por mis visitas de asistencia a Nicaragua, pensé que lo mejor era que yo me encargara del asunto y solicité permiso para trasladarme al lugar con los tanques de espuma, los cien tramos de manguera, dos motobombas portátiles, cuatro ingenieros, un asesor legal y veintiséis hombres, y, además, llevar al capitán Baldoquín para asegurar alguna necesidad de agua. Calculé que dichos tanques estaban cerca del mar, pero había una línea férrea por el medio, y lo mejor era llevar las motobombas que se pueden acarrear a mano. El general Pascual se comunicó con el ministro y este le respondió en pocos momentos que el Comandante Fidel aprobaba todo menos los veintiséis hombres. Me daban el avión Britania, único que quedaba en Cubana de Aviación.

Pensé en el riesgo que representaba pasar por encima de El Salvador con este avión, ya que ahí estaban en guerra.

Al llegar a Nicaragua, nos esperaban en el aeropuerto el general Roberto Escalante y algunos altos jefes de Nicaragua. En ese momento me dijeron que estaba aterrizando una ayuda de México en un avión C130. Le dije al tte. Coronel Lescaille, jefe de los bomberos de Ciudad de La Habana, que viera los medios que traían. Al poco rato volvió y me dijo que había llegado un comandante con cuatro ingenieros, un asesor legal, cincuenta tanques de espuma, cien tramos de manguera y dos motobombas portátiles. Me di cuenta de que, o el comandante conocía el lugar, o había obtenido los planos, o la información, del planteamiento operativo. El comandante era Benito, como solo lo conocí después, jefe de los bomberos de PEMEX. Después llegaron los bomberos de Colombia con un comandante, cuatro ingenieros y un asesor legal, sin más recursos.

Como el comandante Benito era unos diez años mayor que yo y tenía más tiempo servicio, le correspondía dirigir las operaciones. Prácticamente comenzó dándome órdenes. Su abogado le susurró algo al oído, y él me dijo entonces que le presentara el plan y que él lo aprobaría, si estaba de acuerdo.

Los dos abogados y los dos ingenieros se reunieron y en cinco minutos tenían mi propuesta a la firma de ambos. Estuvo de acuerdo y firmó, cosa que es muy importante, por la responsabilidad con las compañías aseguradoras. Cuando el comandante Benito planteó que había que chequear la temperatura de los planos inferiores de los tanques, ya el Tte. Coronel Lescaille lo había hecho, y yo tomaba las medidas de enfriamiento. El día anterior, en uno de los tanques de aceite, se había producido el efecto broil up, que es que al haber siempre agua en estos tanques, y esta es más pesada que el aceite, se deposita en los planos bajos. Como el aceite y el fuel oíl hierven a más de 300 grados, y el agua a 100, se produce una especie de pistón que bota el combustible incendiado hacia

fuera, como pasó en Venezuela (esto costó las vidas de más de doscientas personas entre bomberos, policías y periodistas un tiempo atrás).

Con los recursos que habíamos llevado los mexicanos y nosotros, y parte de ayuda de los colombianos, logramos controlar la situación en unas tres horas después de haber ardido aquello durante veintitrés horas.

El resto del tiempo, o sea, dos días más, no me separé del comandante Benito, pues me contó muchas cosas que fueron como clases para mí y mis subordinados. Era un hombre de gran experiencia y se dirigía a mí como a un hijo, aunque me trataba de comandante.

Testimonio del coronel Mario Álvarez Martínez, actual Segundo Jefe del Cuerpo de Bomberos. Incendio en el antiguo Ministerio de Agricultura. transcurría el mes de octubre del año 1989. A tenor de decisiones tomadas por la dirección del país el Órgano de Protección contra Incendios había sufrido transformaciones estructurales, que en el caso de la Ciudad de la Habana, consideraban la constitución de un Departamento Nacional y un Departamento Provincial atendido por una Jefatura de Orden Interior. Era un sábado por la noche y los oficiales a quienes nos asignaron la misión de estar en el Departamento Nacional nos mudábamos desde la sede ubicada en la Avenida de las Misiones nº 5 y 7, para unas oficinas en el 5to. piso del edificio de Lombillo y Boyeros. Ya habíamos hecho varios viajes llevando muebles, documentos y equipos, cuando por la planta de radio escuchamos que a pocas cuadras de la nueva sede se estaba presentando una emergencia y que salía mucho humo del edificio que en aquel momento era el Ministerio de Agricultura. Con inmediatez nos presentamos en el lugar observando en la oscuridad de la noche que por las ventanas del 2do. nivel ya había abundante combustión, notándose el reflejo de las llamas; en el lugar ya estaban trabajando las dotaciones de los bomberos del Cerro, así como los compañeros de Rescate y Salvamento. Recuerdo que al entrar en la edificación ya se había establecido el servicio de iluminación a través de las técnicas del Comando 15, el local en su interior estaba colmado de humo y se sentían los efectos de la temperatura, pero lo más preocupante no eran los parámetros resultantes del proceso de la combustión, sino que la edificación, que por suerte sólo tenía cuatro pisos, se construyó sobre vigas de acero sin la correspondiente protección, lo cual había sido señalado desde la etapa de proyectos por los compañeros de prevención. Transcurrieron unos minutos y me di cuenta de que el incendio estaba sin control, ya que corría a gran velocidad por los falsos techos del 2do. y 3er. pisos, y ahí teníamos un grupo importante de compañeros trabajando. A todo eso se sumaba que el sótano se utilizaba como depósito de armamentos de las milicias de tropas territoriales, y paralelamente ya había comenzado con un grupo grande de compañeros el proceso para su evacuación.

Yo, dentro del local, no hacía más que atender a cada sonido que se manifestaba, pues durante la carrera había estudiado que este tipo de edificación de columnas, vigas y elementos de cierre metálicos constituían estructuras muy frágiles, y ante el incendio sostenido por un espacio de tiempo superior a los 40 minutos, comenzarían a manifestarse síntomas de falta de estabilidad. Tales conocimientos y la acción compartida de otros jefes que estaban en el local, unido a los sonidos estridentes que ya habíamos sentido, nos indicó la necesidad de ir creando condiciones para desmontar todo el equipamiento instalado en el interior de la edificación.

La realidad fue imperiosa, y la decisión, inmediata. Indicamos a todos los subordinados la rápida salida de la edificación porque el derrumbe no iba a esperar mucho: hubo que correr y, saliendo por la puerta principal, la misma se desplomó.

Preocupados, en medio de la confusión, contábamos con los dedos de las manos y dentro de aquella oscuridad a los bomberos de los Comandos 3 y 5. Felizmente todos pudimos salir, pero quedaron en el interior de la edificación el sistema de iluminación, cables, pitones, mangueras, ramificaciones, etc. El derrumbe fue impresionante y hubo que terminar de sofocar el fuego en los escombros desde el exterior y desde los planos superiores con el carro articulado.

Hay que significar el papel jugado por los bomberos del Comando nº 1, quienes, con indicaciones precisas de nuestra jefatura, cortaron las vías principales de propagación cuando las llamas se dirigían hacia el edificio principal. El incendio se sofocó al amanecer del domingo, y ya con la claridad de los primeros rayos del sol, observamos como yacían retorcidas inmensas vigas de acero.

Testimonio del coronel Mario Álvarez Martínez, actual Segundo Jefe del Cuerpo de Bomberos. Incendio en la droguería Taquechel. Corría el mes de noviembre de 1995 y ya llevaba unos meses dirigiendo el Comando nº 1, el más operativo de Cuba, el cual, por estos tiempos, radicaba en la calle Zulueta nº 258, entre Neptuno y Ánimas, en el municipio de La Habana Vieja. Algunos identifican esta instalación como el Cuartel de Bomberos de Mogoón. Una noche estaba de guardia combativa, y junto a mí, el jefe de compañía capitán Betancourt, y como jefe de pelotón el teniente Oruña. Alrededor de las tres de la madrugada suena la alarma anunciando que teníamos una emergencia en la droguería Taquechel ubicada en la calle Obispo, frente al Ministerio de Educación, en aquel momento el Comando nº 1 contaba con dos auto-cisternas (un ZIL 130 y un Pegasso), dos cisternas ZIL 130, un carro articulado de 14 m y un jeep Waz de intervención rápida. Todos estos medios con sus respectivas fuerzas salieron, y al llegar, observamos que había llama abierta en los niveles superiores, y que por la calle lateral colindante con el hotel Ambos Mundos se observaba gran acumulación de humo. Rápidamente el capitán Betancourt y el teniente Oruña realizan una exhaustiva exploración, determinando que la dirección principal del ataque no estaba por la calle Obispo, sino por Mercaderes. A pesar de que las acciones comenzaron de acuerdo a lo planificado y con la sustancia extintora que teníamos sobre ruedas, me comuniqué de inmediato con el Puesto de Mando, clasificando el servicio como Q 105 y pidiendo, sobre todo, tres cisternas de agua para poder organizar un ciclo de abastecimiento continuo. Pasaron unos minutos y, como era de esperar, nos quedamos sin agua y con la preocupación de que este edificio rodeaba al hotel Ambos Mundos y colindaba con un sinnúmero de viviendas. ¡Qué triste es quedarse sin agua en un incendio! Cada instante que pasa resulta mucho tiempo, pero es más triste aún sentir las sirenas de las técnicas que vienen en tu apoyo y no pueden llegar porque no tienen acceso: así estuve más de quince minutos, hasta que decidí, ya con un grupo de rescate en el lugar, empezar a tumbar los postes limitadores que se han puesto en el Centro Histórico, para evitar el acceso de vehículos. En aquel momento teníamos en la ciudad dos o tres cisternas Román, y gracias a sus defensas delanteras e indiscutiblemente a la potencia de sus motores, logramos ir abriéndonos paso para aproximar al incendio el agua, los carros escaleras, otros auto-cisternas que vinieron en apoyo y hasta el carro articulado de

50 m. Ya con todos los recursos humanos y materiales en el lugar se logró sistematizar el abastecimiento de agua de los tres sectores de combate creados, y localizarlo con vistas a evitar que la propagación alcanzara las edificaciones colindantes para preservar de esta forma la estructura del edificio. Debo significar que la edificación nos era conocida, ya que un par de meses antes yo había participado junto a la inspectora que atendía dicho objetivo, en la discusión del dictamen de infracciones con el administrador del centro, y, posteriormente, observando la carga combustible que existía, así como las dificultades para la extinción, había organizado una visita pre operativa con los compañeros del Comando. Los trabajos de escombreo continuaron hasta el mediodía y la droguería Taquechel quedó muy afectada.

Incendio en la Central Termoeléctrica Otto Parellada

Testimonio del coronel Mario Álvarez Martínez, actual Segundo Jefe del Cuerpo de Bomberos

En enero de 1996 la Comisión Superior de Cuadros del MININT me designó 2do. Jefe del Cuerpo de Bomberos. Durante los últimos diez años han sucedido cantidad y variedad de incendios, así como otros servicios de emergencias en los cuales, colegiadamente, hemos tenido que tomar un sinnúmero de decisiones, no obstante hubo dos incendios de grandes proporciones en los que la casualidad de la vida ha puesto a prueba nuestra capacidad para la toma de decisiones y en ambos servicios he tenido el honor de recibir para el control, la supervisión y el apoyo al General de Cuerpo de Ejército Abelardo Colomé Ibarra, ministro del Interior. El primero sucedió en septiembre de 1997: el coronel Rafoso se encontraba fuera del país y, después de varios pequeños incendios, se produce uno de grandes proporciones en la Central Termoeléctrica Otto Parellada, conocida por todos como Tallapiedra. Debido a la desatención de un operador de la planta, se rebosa un tanque de aceite y este cae sobre las tuberías de vapor de la unidad de generación eléctrica nº 6, provocando un incendio de grandes proporciones, ya que se incendió el propio generador. El siniestro se propagaba vertiginosamente hacia el panel de mando y control de la instalación, el volumen de llama y el humo resultante colmaban toda la edificación, y a varias cuadras del lugar se observaba el descontrol de la combustión. El mayor peligro consistía en que en el lugar se acumulaba un número significativo de cilindros de hidrógeno: esta sustancia se utiliza como refrigerante del generador eléctrico. Las dificultades principales para enfrentar este hecho radicaron en la insuficiente cantidad de agua, ya que había combustión en varios niveles superiores, y en el déficit de equipamiento de corte. En medio de todo este volcán hubo que tomar la decisión de dejar en el lugar solo aquellas fuerzas y medios que resultaban imprescindibles debido a la posibilidad real de una explosión. En el medio de aquella situación lo que menos esperaba era el aviso de que el Ministro del Interior se encontraba en la puerta del objetivo. Tomé todas las medidas organizativas y recibí al jefe, informándole pormenorizadamente el estado en que se encontraba el servicio y que aún no había control sobre el mismo.

Como resultado de los intercambios constantes se tomó la decisión de adquirir tres rastras de agua con su correspondiente sistema de bombeo en el menor tiempo posible, con vistas a tener garantía de abastecimiento de agua en los caudales, y presiones necesarias ante futuros incendios con estas características. Finalmente, al cabo de las tres horas y con el apoyo de las pipas del acueducto de la ciudad se logró localizar y liquidar el incendio.

Cuatro meses después del hecho se recibieron tres vehículos con las características que había solicitado el ministro del Interior.

Testimonio del coronel Mario Álvarez Martínez, actual Segundo Jefe del Cuerpo de Bomberos Incendio en Radio Progreso:

El siguiente hecho ocurre en abril de 2004, momento en que el jefe de la Dirección se encontraba cursando el Colegio de Defensa Nacional. Eran aproximadamente las 10:30 a.m. cuando se me informa que combustionaba un banco de transformadores ubicado en el sótano del edificio de Radio Progreso, ubicado en la calle Infanta No. 105. Al llegar al lugar ya el humo había inundado la única escalera que posee esta edificación, lo cual trajo como consecuencia que 79 trabajadores que se encontraban en los niveles superiores, en vez de bajar, tuvieran que subir directamente a la azotea, pues los pisos se iban colmando paulatinamente de los productos resultantes de la combustión. La situación era extremadamente compleja, ya que la primera misión era evacuar, con toda la seguridad que requería el caso, a las personas que se mantenían nerviosas en el techo. Hubo que designar compañeros, así como a los servicios de urgencia médica para que alcanzaran ese nivel y transmitieran tranquilidad y seguridad de que todo se iba a resolver. Por otra parte nos manteníamos a la espera de que la Empresa Eléctrica desconectara el servicio eléctrico para poder comenzar las labores de extinción: téngase en cuenta que el incendio avanzaba con significativa velocidad por otras instalaciones y canales tecnológicos del sótano del edificio. En medio de toda esta confusión y preocupación por las personas que aún debíamos evacuar me avisan de la aproximación al lugar del Ministro del Interior junto al primer secretario del Partido de la ciudad. Como es lógico, estos dirigentes me insistieron en la necesidad de acabar de realizar la evacuación de las personas atrapadas. Recuerdo que les dije que hasta tanto la Empresa Eléctrica no me garantizara el corte total del fluido eléctrico, la combustión no se podía interrumpir y, por tanto, los productos de la combustión continuarían elevándose por la escalera que resultó ser la chimenea principal en dicho fuego; además les expliqué que resultaba extremadamente riesgoso realizar la evacuación por el vehículo auto escalera ubicado en el exterior. Les expliqué, además, a ambos dirigentes que tuvieran confianza en que las decisiones que estábamos tomando eran las adecuadas para ese caso, y que en el momento oportuno las fuerzas del Cuerpo de Bomberos iban a garantizar la correcta evacuación, sin afectaciones a la integridad física de las personas. Así sucedió, pasados 40 minutos se realizó la evacuación de las 79 personas.

Después el caso se complicó, ya que había tenido mucho tiempo libre y se propagó hacia el estudio n° 1 de Radio Progreso, pues en el sótano se encontraban los equipos de aire acondicionado con toda su canalización. Este incendio después duró hasta las primeras horas de la noche.

Capítulo IV

Rescates

Al llegar al área donde se ha producido un derrumbe o una catástrofe, lo primero que nos encontramos es a personas y familiares abrumados. Es inenarrable tristeza que se experimenta al ver personas enloquecidas de sufrimiento y tristeza por la pérdida de sus seres queridos. Otros se encuentran totalmente histéricos, con ataques, con fuertes gritos de dolor. A veces solamente se observan ruinas, los desplomes de techos y paredes simultáneamente, y muchas de ellas tienen debajo personas atrapadas. Otras, el trabajo resulta arriesgado y excepcionalmente peligroso, ya que los derrumbes son parciales, se encuentran personas atrapadas en parte de las edificaciones y pedazos de placas o paredes colgando amenazadoramente. El Cuerpo de Bomberos cuenta con unidades de rescate fuertemente equipadas y con personal altamente calificado, preparado para actuar en el agua, en alturas y en diferentes y complejas situaciones que se presentan en su trabajo diario.

Cuando alguien cae al agua y logra mantenerse a flote, hay que actuar con extrema rapidez para evitar que se ahogue, es muy difícil que sobreviva una persona que se ha mantenido sumergida durante varios minutos, de ahí la necesidad de actuar con premura y eficacia, además de tener todos los recursos y medios en sus carros. Los bomberos rescatistas se van colocando los equipos desde que salen de su unidad, para estar lo más preparados posible al llegar al lugar del hecho y poder lanzarse al agua en el mismo momento de su llegada. Llevan listos los espejuelos, patas de rana y snorkels, o los tanques de oxígeno, para utilizarlos en caso de necesidad. Cuando el agua está muy fría se usa el traje especial para buzos, de goma o neopreno. Muchas veces los bomberos rescatistas tienen que pasarse horas y horas en las profundidades rastreando a algún desaparecido. En estos casos los buzos trabajan en dúos o tríos, o en grupos mayores, revisando los fondos, palmo a palmo, buscando las víctimas, en ocasiones de noche, o en zonas marinas muy pobladas de gorgóneas, corales y otras plantas, o en cuevas y grietas de los fondos marinos. En ocasiones se debe trabajar a grandes profundidades, en lugares sumamente estrechos, con fuertes corrientes marinas o muy oscuros. Los bomberos de rescate montan su equipamiento en los botes, y para cumplir sus misiones utilizan boyas con cuerdas. Cuando existe algún hecho de rescate se solicita, a la mayor brevedad posible, la concurrencia de ambulancias y médicos, se mantienen alerta los hospitales más cercanos y se toman otras medidas que garanticen la ayuda de emergencia.

Testimonio del Tte. Coronel Enrique Mederos García (1)

Actual Jefe de la Sección de Menores de la Provincia Matanzas. Bombero durante 17 años (NOTA AL PIE)

El caso del pozo

Transcurría un día del año 1966 en el cuartel de bomberos de Matanzas y a las 11:15 horas se recibe una llamada del jefe de la unidad de bomberos del poblado de Colón, para solicitar nuestra presencia en el central Reynol García del municipio Calimete, donde varios obreros se encontraban occisos en la plataforma, en el fondo de este. De inmediato salimos para el lugar el 2do. Jefe del órgano provincial, un chofer y yo.

Al llegar, comenzamos las verificaciones y valoración de la situación, comprobamos que los cuatro cadáveres estaban en el fondo del pozo, sobre la plataforma metálica que soportaba una turbina de agua, y se desconocían las causas de muerte. El hecho ocurrió así: se presentó una avería en la turbina y, como de costumbre, el técnico bajó por una escalera lateral acoplada a la pared del pozo y al llegar a la plataforma quedó inerte. El ayudante, quien se encontraba observando desde arriba, baja en su auxilio, después de haber dado la alarma, y al llegar también cae inerte; bajó un tercero, hermano del primero, y también muere instantáneamente y, por imprudencia, baja el cuarto hombre y fallece de igual forma que los anteriores, cayendo unos sobre los otros.

Se crea una situación tensa, de extrema alarma. Los familiares esperan nuestra actuación y la exigen con vehemencia.

Durante el análisis llegamos a la conclusión de que se trataba de algún gas venenoso que había en el lugar, pero no sabíamos cuál, por lo que se hacía más difícil el rescate de los cuerpos, pues para ello no existía otra alternativa que no fuera la de bajar al pozo para llegar a los cuerpos, máxime que en esa época no teníamos ni equipos de respiración.

Realizamos comprobaciones con una gallina amarrada con un cordel, la bajamos y al llegar a la mitad del pozo, murió instantáneamente. Se realizó la segunda prueba con un conejo, que murió mucho antes de llegar a la mitad del pozo. Era evidente que existía una gran concentración de gas mortal, pero había que rescatar a los obreros que yacían desde hacía más de seis horas en el fondo del pozo.

“¿Qué hacer?”, era la pregunta.

Las decisiones fueron las siguientes:

—Con un compresor de aire del central, bombear aire hacia el interior del pozo para disminuir la concentración del gas mortal.

—Se pidió ayuda por teléfono al director de la Empresa “Cubanito” de Matanzas que era, en esa época, la única que poseía tres equipos de oxígeno para trabajar en casos de averías de amoniaco, y nos los enviaron en un auto. Esta gestión demoró cuatro horas, durante las cuales estuvimos suministrando aire al pozo, lo que produjo efectos positivos.

Cuando llegó el equipo de respiración artificial, hicimos una nueva prueba, bajamos una gallina amarrada y esta murió al llegar al fondo, sobre los cadáveres, lo que indicaba que la concentración venenosa había bajado a la superficie del agua y que mucho menor.

Estaban creadas las condiciones más seguras a que en ese momento podíamos aspirar para realizar el rescate antes de que llegara la noche.

Un momento difícil y de discrepancias fue el de decidir cuál de los cuatro bomberos que allí estábamos debería bajar, todos queríamos ser el primero y cumplir la riesgosa misión. El segundo jefe del órgano, quien a su vez era mi hermano, imponiendo su jerarquía y autoridad, dispuso que sería él. Después de una larga discusión logré convencerlo de que debería de ser yo, pues era el más joven del grupo, no tenía hijos y era muy delgado, por lo que me resultaría más fácil pasar por dentro de los dos raíles que sujetaban la

tubería de agua, ya que el rescate debería hacerse amarrado con una cuerda, pasar por un hierro y por ahí mismo extraer los cadáveres, uno a uno, es decir, tenía que subir y bajar cuatro veces.

Me acoplé el equipo de respiración, se realizó el amarre y comenzó el descenso hacia la muerte o la victoria: era un momento de extrema tensión. Cuando bajaba lentamente y ya había rebasado los raíles atravesados, como habíamos previsto, quedaba un estrecho margen. Alguien del público se acercó al pozo, al mirar observó el brillo del botellón de oxígeno que yo llevaba en la espalda y gritó: “¡Murió también! tiene la cabeza colgando hacia atrás”. Yo que oigo eso, comienzo a hacer señas, pero el nerviosismo se apodera de todos, en especial de mi hermano, y comienzan de inmediato un ascenso acelerado, de manera que en cuestión de segundos, yo me encontraba arriba, lo grave fue que me pasaron por dentro de los dos raíles a una velocidad tal, que si tropiezo con ellos, no estuviera haciendo el cuento, me hubieran matado, aun no me he podido explicar cómo fue posible que ni me rozara un hierro. Comienzo de nuevo el descenso, no sin antes prohibir el acceso al pozo de personas ajenas a los bomberos. Ya abajo, encima de los cadáveres, comienza la etapa más difícil e impresionante, los cuerpos se encontraban rígidos por la cantidad de horas que llevaban inertes. A dos de ellos tuve que partirles las manos y a otro una pierna, para poder pasarlos por dentro de los raíles.

Subí con el primero, y al bajar al segundo rescate, llegando a la plataforma, se me traba la máscara de goma con la soga, penetra el gas, me produce un gran mareo y pierdo en conocimiento por varios segundos, me recupero y realizo el segundo rescate. Tomé las medidas para evitar un nuevo accidente que pudo ser mortal. Cuando realizo el tercer rescate, realmente me faltan fuerzas y tengo una gran tensión; se decide que no bajara más y el último rescate lo realizara otro bombero de Colón. Concluida la labor, los familiares, la población y la administración del Central, manifestaron su agradecimiento y nosotros la satisfacción del deber cumplido.

Poco tiempo después, en las investigaciones practicadas por los organismos competentes, conocimos que se trataba de altas concentraciones de gas cianhídrico, que se produce por la descomposición de la materia orgánica, altamente venenoso y mortal, pues revienta el bulbo raquídeo, y además penetra por los poros y produce la muerte instantánea, por ello lo más efectivo en el trabajo fue el intercambio de aire con el compresor, pues de lo contrario, aun con el equipo de oxígeno no hubiéramos sobrevivido en la acción. Tuvimos afectaciones secundarias y permanecí tres días ingresado en el Hospital Militar.

La niña en el pozo

Testimonio del 1er. Tte. Ingeniero Lázaro León Corrales

Una llamada telefónica atendida por el Tte. Corp. José A. Mederos puso punto final a la reunión de trabajo del mes, pues la información ocupó la atención de los presentes.

Era el día 20 de marzo de 1985, alrededor de las 16:20 horas, cuando fuimos convocados por el jefe del Departamento de Prevención y Extinción de Incendios de Pinar del Río, quien ultimó detalles con el grupo.

La cuestión era la desaparición de una niña de cuatro años de edad, en las afueras de la localidad del municipio de Candelaria; teniéndose como indicio que aparentemente había caído en un pozo de más de 300 pies de profundidad y 40 cm. de diámetro; a donde se dirigieron de inmediato los técnicos de Rescate y Salvamento.

Transcurridas dos horas y quince minutos llegamos al lugar conocido por C.P.A. Comandante Pinares, realizándose de inmediato, junto con los compañeros de la P.N.R., el acordonamiento que facilitara aislar el personal ajeno de las acciones que se realizarían y, con ello, la mejor ejecución de la operación.

Cabe también preguntarnos si estas irresponsabilidades no significan un crimen, cuando se deja tapado de forma inadecuada el brocal de un pozo, que representa una trampa contra la vida.



A la altura de los acontecimientos, esta labor no resultó nada fácil, pues cerca del brocal ya se encontraban alrededor de cien personas, mientras que, atraídos por la noticia, se sumaban más vecinos de aquellos confines. Era lógico que cualquier persona en su sano juicio pensara que, si la niña había caído a semejante profundidad —aproximadamente la altura de un edificio de 36 pisos—, ya no tenía vida, lo que justificaba la presencia de los técnicos de Criminalística, el forense y hasta el carro fúnebre.

Después de un rápido estudio del caso, ya en el terreno, y del fallido intento del técnico de rescate José A. Martínez, quien descendiera al pozo con equipo de respiración artificial, se procedió a la ejecución del rescate tal y como se había concebido desde el mismo momento en que se recibió la información.

Al lanzar la soga con un grampín de 14 cm. de largo desde la base hasta su extremo superior, este se trabó en dos ocasiones con la camisa metálica del pozo, siendo salvado el escollo con singular destreza por el compañero Rolando Padrón, quien lo manejaba con serenidad y firmeza.

Al sentir que el gancho había atrapado algo en el fondo del pozo, Rolando comenzó a tirar de la soga suavemente y, de repente, cree escuchar una voz apagada que le dice “Aguanta, aguanta”, por lo que se quedó pasmado y detuvo el ascenso, moviendo la cabeza en un gesto de incredulidad; no obstante, lo atribuye a alguno de los combatientes que se encontraban a su alrededor, o a su imaginación. Continúa tirando de la soga, tratando de que lo que ascendía no se golpeará con las paredes, ni se desprendiera del grampín.

Cuando, según sus propios cálculos, la soga iría por lo menos a mediación del trayecto, vuelve a escuchar, con más claridad ahora, la misma voz apagada, pero esta vez sin pronunciar palabras, sólo un gemido. Estupefacto, detiene de nuevo el ascenso y refiere lo sucedido a uno de sus compañeros, quien lo mandó a callar para evitar una falsa alarma.

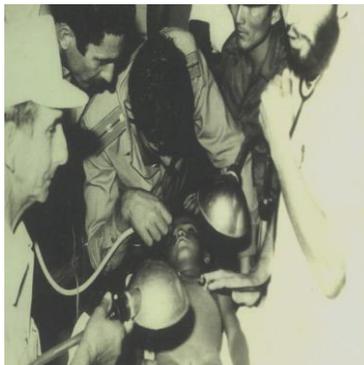
Pero en la mente de Rolando ya no hay dudas, sabe que lo que asciende es la niña, y sus dedos se aferran a la soga como, sin saberlo él, los garfios del grampín se aferran al dobladillo del pantalón de la niña.

Tal parece que supieran, como Rolando, que esta vez, posiblemente la primera en la historia de hechos similares, le jugaban a la muerte una mala pasada: arrancar de sus garras a la Sulanis enamorada de la vida.

Con los músculos en tensión y la respiración entrecortada, el combatiente continuaba trabajando. Mientras tanto, de su mente no se apartaba una idea que tal vez explicara aquel gemido que escuchara: “Seguramente que, como la camisa metálica del pozo no llega hasta el fondo, al llegar su cuerpo a la entrada de esta, y yo halar para que entrara, se arañó, y por eso gimió”.

De repente, el cuerpo sale por la boca del pozo, con los pies hacia arriba, y por ahí Rolando la sujeta firmemente. Guillermo, quien se encontraba cerca de Rolando, también la sostiene por un brazo y ambos la depositan en la camilla.

Por la forma en que estaba, desmadejada y fría, reinó de momento un silencio sepulcral, y entonces, ante el asombro de todos los que la miraban, la niña abrió los ojos y movió sus manitas tratando de incorporarse.



Andrés, jefe del carro, no le dio tiempo a que persistiera en su intento, pues como un bólido la arrancó de la camilla, al tiempo que gritaba:

—¡Está viva, está viva! —y se lanzó a correr hacia un jeep de la Policía, cuyo conductor estaba tan emocionado que, para pedir vía, en vez de conectar la sirena se colocó el silbato en la boca y no dejó de soplarlo hasta llegar al policlínico de Candelaria.

Una vez allí, se le suministró oxígeno a la niña y se procedió enseguida a extraerle las flemas, despojándola de sus ropas empapadas en agua. Con varias lámparas, y con el objetivo de que regulara rápidamente la temperatura, comenzó a dársele calor con cuidado. Mientras el médico la reconocía, hizo el intento de chuparse el dedo.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Andrés, quien no se había separado de ella ni un minuto e incluso participaba en la aplicación de los primeros auxilios.

—Sí —respondió la niña.

—¿Quieres leche o jugo?

—Leche.

—¿En pomo o en jarrito?

—En pomo.

—Mira, el pomo está en la casa, mejor te la tomas en el jarrito.

—¿Eh?



Un vecino trajo la leche y después de tomarla, trató de dormirse, pudiendo al fin chuparse su dedito. Momentos después fue trasladada hacia el hospital docente de San Cristóbal.

Al ser auscultada, la pequeña Sulanis presentaba hipotensión arterial ligera, los miembros estaban fríos y había comenzado a regular la temperatura de su cuerpo, reportando 35,6 grados. Tenía aliento acetónico debido a la hipoglucemia, algunas escoriaciones, un pequeño hematoma y ligeras quemaduras en la parte inferior de ambos pulgares, así como un golpe en la espalda, por lo que fue ingresada bajo el diagnóstico

de politrauma y pronóstico reservado, debido a la posible rotura de vísceras. Tras una rápida recuperación, pedía alimentos y reclamaba la presencia de la madre.

El dramático rescate de Sulanis representa, en la actualidad, una experiencia única en el mundo, a la cual ayudaron, además, los fenómenos físicos que, debido a la ausencia de lluvias, se producían en esos momentos en el pozo.

La prolongada sequía produjo un gran descenso en el nivel del manto freático, dejando al descubierto las galerías subterráneas por donde llegaba el agua hasta ese lugar. Estas cavernas, frecuentes en la topografía cársica de la provincia, se comunican con grietas y cuevas que llegan a la superficie, lo que explica la presencia de aire a esa profundidad.

La fuerza de este elemento actuó sobre el cuerpo de la pequeña, quien, con su ropa inflada, ocupaba al caer la casi totalidad del túnel, permitiéndole de esta forma disminuir considerablemente la velocidad y convertirse a la vez en una especie de émbolo que descendía suavemente a través del tubo.

El poco diámetro le impidió variar de posición durante todo el trayecto. Pero, sin lugar a dudas, lo que la mantuvo con vida durante más de diez horas fue la magnífica ventilación existente, ya que en un agujero tan estrecho, y a esa profundidad, la atmósfera se encuentra generalmente enrarecida y caliente, haciendo prácticamente imposible la respiración.

De haber sido este tiempo menos seco, al punto de elevar el nivel de las aguas subterráneas de esa zona, la corriente de aire que detuvo su caída no hubiera existido y, en lugar de aire fresco, el agua habría llenado los pequeños pulmones de la que hoy todos han dado en llamar LA NIÑA DE LOS DOS CUMPLEAÑOS.

Derrumbe del hotel Plaza

Testimonio del Coronel ® Carlos Figueredo Rosales, ex Jefe de Bomberos

Este hotel había sido construido a principios del siglo XX. Desde el año 60 ó 61 más bien se había dedicado a renta como apartamentos o cuartos. Algunas familias vivían allí. Contaba con unas 50 habitaciones en cuatro pisos. A finales de 1985 se derrumbó. Como la estructura se fue resquebrajando poco a poco, sobre las dos de la tarde se escucharon algunos ruidos que avisaron a los pocos moradores que quedaban, pues casi todos habían marchado a sus trabajos, que la estructura estaba cediendo. Algunos o no escucharon los avisos de los alarmados moradores, o no hicieron caso, y quedaron atrapados entre los escombros a la caída del edificio.

Al llegar, pudimos observar que había caído toda la estructura y solo se observaba una gigantesca montaña de escombros, y las paredes aparecían intactas pero sin pisos. Comenzamos las labores de sacar los escombros con palas, picos y algunos martillos neumáticos para romper algunos restos de gran tamaño de la estructura. Solicitamos ayuda a las fuerzas de apuntalamiento de los órganos del Poder Popular que nos dieron unos treinta trabajadores con sus medios, y al Ministerio de la Construcción que nos dio unos cuarenta hombres con medios más eficientes como palas mecánicas y dos grúas para izar.

Durante algún tiempo pude dirigir las tareas y ocuparme de la coordinación entre los tres diferentes cuerpos, más algunas personas de la población que nos ayudaban, a las que se situaba fuera de las zonas de peligro, ya que las paredes amenazaban con derrumbarse.

Tengo un padecimiento del trigémino producto de algunos traumatismos sufridos durante la Batalla de Santa Clara, donde con un cañón que manejaba, hice disparos desde dentro de un parapeto. Al parecer por la tensión en ese momento se me disparó la zona de dolor. Acudí a los médicos de la Cruz Roja que estaban allí con sus ambulancias y me inyectaron un calmante, pues no quería dejar las operaciones. Me habilitaron un lugar donde reposar en una posición cómoda, y seguí dirigiendo las labores de escombreo y búsqueda de cuerpos, vivos o muertos mediante cámaras de televisión, servicio de que me proveyeron las unidades técnicas de la policía que había organizado y dirigido anteriormente.

El primer secretario del Partido Julio Camacho Aguilera y el Comandante Oscar Fernández Mell, entonces alcalde de Ciudad de La Habana, me dijeron que ellos creían que lo mejor era sacar a los hombres de las labores de escombreo, pues estaban en riesgo sus vidas. Logré convencerlos de que los hombres de la Dirección de Incendios siempre hacían su trabajo con peligro de vida y de que trataríamos que el resto del trabajo lo hicieran desde posiciones menos peligrosas, pues podían quedar personas atrapadas o vivas. Además, había una señora mayor atrapada, ya muerta, pero se le veía la cara, y su hijo estaba desesperado por ver si podía salvarse o por tener el cadáver.

Efectivamente, sacamos de entre los escombros algunas personas vivas, entre ellas un niño con su mascota, un perrito, que se habían guarecido debajo de una mesa y no fueron afectados. También un músico de una orquesta famosa que se había guarecido dentro de un escaparate de madera sólida.

El saldo fue de 9 muertos, 12 heridos de poca gravedad y dos heridos un poco graves que se recuperaron a los pocos días.

73

Capítulo VI

Huracanes Ciclonas Penetraciones del Mar

Ciclón Flora: "El Flora" se mantuvo estacionario y rondando la zona de Camagüey-Oriente, durante varios días, incluso recurvió, causando graves consecuencias en la economía, grandes inundaciones y mucho más de mil muertos.

En esa época carecíamos de equipos especializados, sobre todo de comunicaciones y medios de rescate, que nos hubiesen servido de gran ayuda en aquellos difíciles momentos.

Organizamos una caravana con 18 carros de bomberos y camiones para transportar el abastecimiento: alimentos, agua, combustible, grasas y equipos que pudimos acopiar —carros bombas, algunos medios de rescate, salvavidas personales, linternas, baterías, patecas, cables de acero, cadenas de diferentes medidas,

equipos de oxígeno y acetileno, sogas, hachas, patas de cabra, gatos automotrices, En el año 1963 nuestro país sufrió el azote del ciclón Flora, el cual estuvo varios días bicheros, compresores de aire, plantas eléctricas, grandes lámparas para el alumbrado, diez botes de madera, bombas de achique y mangueras, chupadores con sus filtros y cheques cámaras de neumáticos, colchas, cloro para purificar el agua contaminada, bastantes medicamentos y medios de primeros auxilios, más el equipamiento personal de los bomberos—; también nos acompañaron dos médicos, dos enfermeros, especialistas del Noticiero Nacional de Cine y otros de diferentes actividades.

Preparamos todo minuciosamente e hicimos la selección del personal: escogimos, fundamentalmente, los bomberos que sabían nadar, independientemente de que todos lleváramos chalecos salvavidas.

Partimos a una velocidad media y estable por la Carretera Central, aunque en ocasiones teníamos que andar bien despacio. Después de salir de la ciudad de Santa Clara tuvimos que hacer más de diez paradas forzosas, ya que las fuertes lluvias, acompañadas de ráfagas de viento, en ocasiones continuas, no nos permitían ver nada.

Cuando llegamos a Camagüey, el jefe de la Unidad Provincial de bomberos nos esperaba con una comida que habían preparado para todo el personal de la caravana. Este nos ofreció una visión de lo que estaba sucediendo en las zonas costeras de Vertientes, Santa Cruz del Sur y Amancio Rodríguez, en el sur, y nos dijo que ya comenzaban a sentirse los estragos en las zonas bajas. En la parte norte de la provincia ya se reportaban grandes pérdidas, sobre todo en el territorio de Nuevitas-Guáimaro-Santa Lucía. En esos instantes llovía intensamente en la ciudad y se sentían fuertes rachas de viento.

Me presenté al Centro de Dirección o Consejo creado al efecto por el Partido y el Gobierno provinciales, les brindé los medios y fuerzas de que disponíamos. Nos asignaron las primeras tareas, que consistían en trabajar directamente en las zonas de Santa Cruz del Sur-Haití-Cándido González.

Partimos hacia el lugar bajo recia tormenta de agua, las primeras dificultades que encontramos fueron palos, árboles atravesados en las vías, postes eléctricos y telefónicos, árboles arrancados de raíz..., hasta grandes piedras nos encontrábamos en la carretera. Avanzábamos muy lentamente, cruzamos Kilo 10, que es el límite municipal, seguimos hasta Kilo 18, después hasta Kilo 24. Los pobladores, de forma popular, les llaman Kilo a los kilómetros existentes desde la ciudad de Camagüey hasta Santa Cruz del Sur, como abreviatura de kilómetro.

El agua se mantenía al borde de la carretera, y en algunos casos tapaba la vía, pero no de forma profunda, se divisaba la carretera y las cunetas inundadas; las lluvias eran constantes y las ráfagas de viento aparecían y desaparecían por ratos y en ocasiones se sostenían por bastante tiempo.

Desde que pasamos el kilómetro 24, conocido por Contramaestre, ya comenzaban a incrementarse los pedidos de auxilio, campesinos corriendo y otros a caballo nos pedían ayuda para familiares y personas

que se encontraban en áreas inundadas, donde se habían formado grandes lagunas, y las casitas y los bohíos habían desaparecido bajo el agua, quedando solamente a la vista pedazos de techos de guano. De esos techos tuvimos que rescatar a más de veinticinco personas, algunos de ellos con heridas graves producidas, sobre todo, por pedazos de latas o tejas que volaban a gran velocidad y producían cortadas, profundas en algunos casos, o contusiones, fracturas y otras lesiones. Los arroyos y los pequeños ríos se habían convertido en fuertes corrientes de agua, que arrasaban con todo a su paso. Creo que nunca se han utilizado tanto las sogas para amarrar hombres como en esos días tristes del Flora.

Seguíamos actuando en los territorios y continuábamos nuestra marcha, pasamos los pueblecitos de Kilo 31, 40, 41, Monte Grande, Flor de Mayo. Aquí, en Flor de Mayo, nos detuvimos más tiempo porque hubo que moverse para zonas interiores donde había muchas mujeres, ancianos y niños que habían quedado atrapados en las inundaciones crecientes. Sacamos cerca de setenta personas. Un puente de hierro que había en la carretera de Santa Cruz del Sur se había interrumpido, ofreciendo peligro para el tráfico, por lo que tuvimos que bajar a todo el personal y cruzar los carros uno a uno y muy despacio.

El río traía una veloz corriente de agua, con mucha fuerza, y arrastraba muchos palos, pedazos de árboles y algunos animales muertos.

Así pasamos por todos los pueblecitos cercanos a la vía de Santa Cruz del Sur. En el lugar conocido por *El* *75* *Entronque* hicimos un alto y comenzamos a trabajar arduamente. Aquí se produce la bifurcación de las vías: una continúa hacia Santa Cruz del Sur, otra, hacia el Central Cándido González, y otra, hacia el poblado nombrado Haití. Veníamos organizados en dos grupos de trabajo, uno de ellos al mando del compañero Humberto Lescalle. Nos mantuvimos en esa zona por dos días.

A la media noche del último día, bajo tremendo aguacero y fuertes vientos, vimos que a lo lejos se acercaba un transporte con las luces prendidas y un reflector en movimiento, al parecer tratando de localizar algo, también sentíamos una campana que sonaba constantemente. Era un dirigente del Partido provincial que llegó en un tractor, al cual le habían colocado una campana bastante grande, de locomotora o algo así, y la sonaban para anunciar su presencia. Este compañero nos transmitió las orientaciones del Mando provincial de que nos debíamos dirigir lo antes posible hacia la zona de Nuevitas, que era muchísimo más poblada y donde ya se habían producido grandes inundaciones y los ríos estaban crecidos.

En el año 1933, durante un ciclón, en Santa Cruz del Sur hubo una penetración del mar a las zonas del poblado, que arrasó con todo. Por eso, desde que comienzan a mostrarse señales de ciclón o huracán, se evacua a toda la población a lugares más seguros. La evacuación ya se había ejecutado y por eso se produce la decisión de movernos de la zona.

Ordené levantar nuestro campamento y, cuando comenzó a salir un poco de claridad de aquel cielo totalmente negro, comenzamos a desplazarnos lentamente. En el camino de regreso nuestros hombres tuvieron que realizar varias misiones de rescate a petición de los pobladores, quienes nos pedían de favor que no abandonásemos a sus familiares, por lo que paramos más de diez o quince veces, en las mismas condiciones.

Al llegar a la ciudad de Camagüey nos reabastecimos de combustible, agua, medicinas, cloro y otras necesidades. Hicimos un alto para que los compañeros pudiesen dormir, ya que llevábamos más de cuatro días durmiendo muy poco o casi nada: todos estábamos súper agotados.

Me dirigí al puesto de mando de la provincia, donde me explicaron la situación de los diferentes poblados, nos esclarecieron las misiones y se establecieron las prioridades de actuación de nuestras fuerzas. Desde aquí aproveché para hacer llamadas a la Capital, me pusieron al día de lo que estaba sucediendo en el resto del país, y me explicaron que no debía continuar hacia las provincias orientales, porque las aguas habían destruido grandes tramos de carretera en las zonas de Tunas y Holguín. También me explicaron que el Comandante en Jefe Fidel Castro se encontraba en la región oriental, dirigiendo personalmente los rescates y salvamentos. Llamé al ministro, comandante Ramiro, para explicarle lo que estábamos haciendo y la imposibilidad de seguir hacia la región oriental; él me indicó que mantuviésemos la ayuda en el territorio de Camagüey. No pude localizar a ningún jefe de bomberos de las provincias orientales, todos se encontraban luchando contra los estragos que nos estaba produciendo el ciclón Flora.

Pedí a los compañeros del Puesto de Mando que me apoyaran en el descanso de nuestros hombres. Me asignaron 40 combatientes de las Fuerzas Armadas, que sabían nadar, como apoyo. Aunque las FAR estaban actuando en diferentes zonas, nos pudieron ayudar. Al regreso del Puesto de Mando, me tiré a dormir en la oficina del jefe de la Unidad, advirtiéndole al oficial de guardia que me despertara, sin excusas de ningún tipo, a las 5:00 am, que me echaran agua fría si fuese necesario, pero que debíamos partir nuevamente al amanecer, ya que había muchas personas en peligro y nos esperaban todavía muchos días de intenso trabajo.

De nuevo salió nuestra caravana, ya con el personal más descansado, pues habían podido dormir varias horas en los pisos de la Unidad Provincial de bomberos..

En la carretera hacia Nuevitas se nos presentaron dificultades: había mucha lluvia, mucho viento y los arroyitos se habían convertido en ríos crecidos con corrientes muy fuertes. Avanzamos hasta Altagracia, pasamos Minas y, unos kilómetros después de bajar el puente elevado de Minas, comienzan a acrecentarse las dificultades, el agua estaba muy alta y ya nuestros chóferes no distinguían la vía, corriendo el riesgo de salirnos y volcarnos. Se me ocurre entonces que seis de nuestros hombres se amarren con sogas resistentes, pero flexibles, y, con unos bicheros que traíamos, fueran caminando uno delante del otro a 15

metros de separación entre sí, en fila india. La cosa era que los dos punteros, auxiliados por los bicheros (palos largos con punta de acero que utilizan los bomberos en algunas de sus misiones), fueran tanteando el suelo con la punta para, de esa forma, señalar a los choferes la ruta a seguir. Así organizamos la caravana y los choferes, muy lentamente, podían seguir avanzando con los carros en forma de tren, muy pegaditos entre sí. Imagínense organizar todo esto bajo las aguas y vientos de un ciclón, y con fuertes corrientes de agua que ejercían presión a nuestros hombres. En varias ocasiones la corriente de agua sacó a los compañeros de la vía y teníamos que bajarnos y tirar de las sogas hasta ponerlos nuevamente en la carretera. Aquello era un verdadero espectáculo de circo. Cuando ya habíamos avanzado varios kilómetros, la cosa nuevamente se pone fea, el nivel de las aguas va subiendo, ya pasaba de la cintura, y a los bomberos más bajitos casi les daba al pecho, y los salvavidas los hacían flotar y los ponían a merced de la corriente. Tuvimos que cambiar algunos compañeros bajitos por otros más altos y autorizarlos a todos a que se quitaran los salvavidas, pero indicándoles que revisaran bien los amarres y reforzaran las sogas, que tuviesen cuchillos y cuchillas a mano, para que tuviesen oportunidad de salvarse si la corriente los arrastraba. De todas formas, sobre el camión que venía detrás de nosotros pusimos cuatro hombres con la tarea de maniobrar rápidamente si alguno de los guías se soltaba, lanzándole las cámaras de camión infladas, amarradas a largas sogas.

Un poco más adelante comienzan a fallar los motores de los camiones, al averiguar resultó que el agua estaba entrándoles por los tubos de escape. El compañero Félix Alonso recomendó poner mangueras a los tubos de escape y subirlas a una altura donde no penetrase el agua a los motores. Es entonces que nos fijamos en la facha de los muchachos que estaban de guías, parecían pollos mojados de pies a cabeza, con la ropa y las capas pesándoles una tonelada. Daba la impresión que se habían encogido, estaban totalmente desfallecidos. Se les ordenó subir a los camiones mientras se colocaban las mangueras a los tubos de escape, les abrimos algunas latas de conservas y todos descansamos un rato.

De esta forma pudimos continuar la marcha hasta que llegamos a una zona donde no había agua en la vía, solamente la que se producía por la lluvia que caía intensamente, hasta que llegamos a San Miguel, que es el entronque que conduce hacia la playa de Santa Lucía. Allí había unas 150 personas desde hacía más de tres días sin agua ni alimentos. Les entregamos a un grupo de militantes del Partido, que los mantenían organizados, latas de conserva y los productos más adecuados que teníamos. Además, les dejamos tanquetas con agua con la condición que debían mantenerla bajo régimen de racionamiento, también recibieron botellas de cloro para que pudiesen tratar y tomar el agua de lluvia o la que pudiesen recolectar. Aquí, durante esa parada de más de cuatro horas, fue necesario realizar varios salvamentos, salieron en nuestros jeep varios hombres con botes encima para realizar rescates a solicitud de gente que

llegaba asustada, llorando, con crisis de nervios: era una situación deprimente. Esperamos al regreso de los jeep para continuar la marcha.

Antes de partir, cambiamos el orden de los camiones, pusimos los de mejores condiciones técnicas y los más altos como delanteros, para tratar de que no se nos bloqueara el camino con un camión roto. A todos los equipos se les situaron mangueras en los tubos de escape, recogimos y cortamos grandes varas y sacamos las sogas adecuadas para amarrar a los relevos de los punteros, los choferes aprovecharon para darles instrucciones de su función como guías, todos con sus respectivos bicheros o palos. Los compañeros de San Miguel nos dieron las noticias de la zona más frescas que tenían, los lugares donde la población corría más peligro y donde se encontraban los problemas fundamentales de la vía, así como otros detalles. Yo iba en el segundo carro. No tengo idea de cuántas veces nos tuvimos que bajar dentro de aquel fuerte viento y lluvias y agua por la cintura.

Los camarógrafos del ICAIC tomaban películas con la dificultad de que las cámaras se mojaban, se les empañaban los lentes por la humedad y otros problemas que se presentaban con las cajas de negativos y otros materiales, pero pudieron realizar buenísimas filmaciones.

Los médicos y enfermeros ayudaron a cientos de personas lesionadas, enfermas, a niños pequeñitos, sacamos mujeres de los techos con tremendas barrigas, casi al dar a luz. En otros casos la tragedia era conmovedora: familias que habían perdido un ser querido, un niño, un anciano. Aquello era demoledor para nosotros, que queríamos resolverlo todo y actuar en todos los lugares a la vez.

Durante uno de los rescates se produjo una situación muy peligrosa y desagradable a la vez. Nos encontrábamos realizando el salvamento de varias personas que llevaban dos días en el techo de un bohío. En ese momento se nos acercó un campesino que venía con los ojos desorbitados y completamente enfurecido: él era familia de unas personas que se encontraban en peligro. El campesino llegó hasta nuestro carro, venía empapado y con el agua a la cintura, además, portaba un machete y nos amenazó de muerte, conminándonos a que dejáramos a las personas que se estaban bajando de un techo cercano, para que fuéramos a rescatar a los suyos, quería que le entregásemos el bote para llevarlo hacia la casa que se encontraba un poco distante. Le hablé fuerte y le dije que no se desesperara, que ya estábamos allí, y que enseguida recogeríamos a los suyos, que para eso habíamos ido. Se calmó y le recogimos la familia, pero pasamos un rato desagradable. Era bastante difícil remar con las corrientes de agua en contra y los fuertes vientos. Constantemente veíamos gente con cara de terror, con lágrimas en los ojos y muertos de sueño por los días sin dormir. Alguno de nuestros hombres llegó a desmayarse o a quedarse dormido sobre un camión bajo la lluvia, y no había forma de despertarlo, estaban, o estábamos, destruidos, me incluyo.

Seguimos avanzando hacia Nuevitás, comenzaba a perderse la vía nuevamente y lanzamos los guías al agua, todo marchaba relativamente bien, hasta que al camión donde yo iba le comenzó a fallar el motor,

estaba el agua bastante profunda, pero el tubo de escape tenía su manguera correctamente colocada. Buscando los motivos, Félix Alonso descubrió que el agua llegaba a las paletas del ventilador del radiador y estas lanzaban el agua hacia las bujías, platinos y bobina. De inmediato convocamos a todos los choferes y mecánicos, imagínense una reunión bajo un diluvio y con fuerte corriente de agua, con vientos huracanados. Félix Alonso les orientó a todos aflojar las correas y liberar las aspas, ya que los camiones se mantendrían fríos, porque el agua los refrescaría. Los mecánicos, de conjunto con los choferes que nos acompañaban, hicieron el trabajo bastante rápido, sólo en unos veinte minutos. En ocasiones, de aquellas veloces corrientes surgían remolinos de agua que absorbían cualquier cosa que le pasara cerca, por lo que nuestros guías tenían que cruzar con mucho cuidado, apoyándose en los bicheros y lanzando una soga al puntero que se encontraba en la parte inversa, para que este pudiese halarlo en el caso de que fuese necesario. Al parecer eran tragantes, o pozos cercanos a la vía, o la velocidad de las aguas, lo que los formaba, pues, además, emitían un sonido de absorción como un tragante de un lavamanos o de una cocina. En algunos lugares de la vía habían desaparecido las alcantarillas u obras de fábrica hechas con tubos de hormigón: habían sido arrastradas por las corrientes de agua, por lo que tuvimos que solicitar ayuda de campesinos conocedores de la zona para que nos señalaran los lugares donde habían estado y explorar si se mantenían o no, pues nuestros guías debían correr el menor riesgo posible.

Bajo aquel diluvio, vienen corriendo por la carretera varios hombres haciéndonos señas con los brazos para que nos detuviéramos. Nos explicaron que venían a avisarnos de que la corriente de agua había sacado de la carretera un auto y lo había lanzado a la cuneta que era bastante profunda en aquel lugar, que al parecer se le había apagado el motor y llevaba varias horas allí. Que el agua fue subiendo y la corriente lo fue arrastrando, y que ahora lo estaba tapando, y que ellos creían que tenía algunas personas dentro. Rápidamente se organizó un pequeño grupo de trabajo, que se dirigió hacia el lugar con hachas, patas de cabra, sogas y gatos manuales, y un médico con sus equipos, por si tenían que dar primeros auxilios a algún pasajero. Por desgracia, la corriente de agua había colocado el vehículo paralelo a la vía, a lo largo de la cuneta, cayendo en la parte más profunda, y se había enterrado en aquel lugar. Los bomberos encontraron un compañero de unos 65 a 70 años dentro del carro, ya fallecido. Lo sacaron y se dejó el cadáver en una parte alta, aunque el agua se encontraba bastante cerca; se le puso un palo alto con un trapo azul para señalar el lugar.

Continuamos avanzando, ahora ya se veía totalmente la vía, así seguimos varios kilómetros, hasta que nos encontramos que en un pedazo de la vía la carretera se había abierto por desprendimiento del asfalto, creándose una zanja bastante ancha por lo que nos quedaban lugares muy estrechos por donde pasaran nuestros camiones. Tuvimos que amarrar unos tablones a unas vigas de acero que traíamos y enterrar

ambos en el fango para suplir los desprendimientos de la vía, logrando pasar con mucho cuidado, muy despacio y con mucho peligro para los camiones y sus choferes.

El hambre nos mataba a todos, varios compañeros tenían fiebre y catarro, acompañado de fuerte tos. Además, no teníamos cómo cocinar, ni la menor esperanza de encontrar dónde hacerlo. Llegamos al molino de piedra y a la cantera de Nuevitas, allí montamos nuestro puesto de mando, se repartieron latas para mitigar el hambre, y comenzamos a actuar de inmediato en la zona. Enseguida llegaron vecinos pidiendo auxilio, alimentos, médicos, medicina... Encontramos varios lugares donde algunos pobladores tenían vacas, bueyes, toros; otros, con caballos, mulos y burros, perros y gatos amontonados dentro de las casas junto a las personas. Daba lástima ver a aquellos hombres con el lomo doblado llevando un televisor o un mueble, o a una mujer con un bulto de ropa en la cabeza, llevando un niño de la mano y otro cargado, bajo el viento y el agua, tratando de salvar algunas de sus pertenencias.

En otros lugares encontramos grandes depósitos de tierra reblandecida, eran almacenes de fango de gran tamaño, dentro de los cuales se encontraban atrapados chivos y otros animales. Pero no teníamos tiempo para detenernos a salvarlos, porque había muchas personas en peligro.

Todo el mundo se encontraba hambriento. Comenzamos a repartir las latas de conserva de nuestros camiones de abastecimiento, y a comer nosotros también, también les dimos agua y botellitas con cloro, explicándoles su uso.

Llegamos a la zona de un central azucarero (creo que es el antiguo Lugareño) que se encuentra cerca de Nuevitas. Aquí surge una variante más peligrosa, tejas y sus pedazos, algunas de fibrocemento, otras de zinc o aluminio, y otros pedazos de lata volaban por los aires. Algunos eran del central, de los almacenes de azúcar y de otras instalaciones, pero volaban a toda velocidad, sin rumbo y sin aviso, de pronto salía una de no se sabe dónde y chocaba contra nuestros carros. Los hombres que iban en las camas de los camiones se resguardaron virando los botes boca abajo y con los sacos de alimentos, pero como teníamos que actuar utilizando los botes, la protección era momentánea. También eran extremadamente peligrosos las palmas, postes eléctricos y telefónicos, y los árboles, que caían estrepitosamente al suelo. Todo volaba a gran velocidad y sin rumbo.

Estos hechos se repitieron durante todo el recorrido, pero aquí había varios lesionados, sobre todo por golpes recibidos por las tejas voladoras. También se había desplomado un tanque de agua, y sus pedazos habían lastimado a dos trabajadores. Los vecinos solicitaban medicinas o pedían que fuésemos a tal barriada, que había niños atrapados. Aquí todo era dolor, lágrimas, desconsuelo, tristeza, muchos habían perdido sus hogares, sus muebles, sus animales, las cosechas no existían. Trabajamos más de cuatro días y se repartieron todas las provisiones, el agua potable y el cloro, y ayudamos a cientos de familias y a salvar muchas vidas. Desde que salimos de La Habana hasta que salió el sol, escampó y las aguas bajaron,

pasaron nueve días. Después regresamos a la ciudad de Camagüey, donde tomamos dos días de descanso en la Unidad de incendios y en una escuela que nos facilitó el Puesto de Mando, antes de regresar a Ciudad de La Habana.

Al final de este terrible encuentro con la naturaleza, algo me impresionó personalmente bastante, por lo trágico: Al retirarnos para llegar a la ciudad de Camagüey, a lo largo de toda la vía —que son aproximadamente 70-80 kilómetros—, tuvimos que detenernos para desenganchar dos cadáveres de personas de las cercas de alambres de púas que se utilizan en las fincas para evitar la salida del ganado, los médicos los pusieron en lugares visibles, los tapamos con colchas y se reportaron al puesto de mando, para su recogida.

Lo más impresionante eran aquellas cercas llenas de musgo, de palos, arbustos, árboles enganchados y animales de todo tipo muertos, podridos, inflados, con los ojos botados, era prácticamente increíble ver cómo aquel espectáculo se repetía casi de forma ininterrumpida a lo largo de kilómetros y kilómetros. En varios de los lugares en que nos detuvimos, los médicos nos plantearon que debíamos incinerar los cadáveres de animales, ya que se encontraban muy cerca de los poblados y de las fuentes de abastecimiento de agua a la población. Así es que nos dedicamos, con la nariz y la boca tapadas con paños húmedos, a recolectar animales muertos, organizándolos en pilas, ayudados por los vecinos de la zona. Con los tanques de petróleo de nuestra caravana les dábamos candela, lo que provocaba un espeso humo de olor insoportable.

Dicho en cubano, estábamos hechos leña, hambrientos, con tremendo sueño, sucios, semi barbudos, mojados y apestosos a decir no más. Recuerdo que nuestro chofer nos pedía que lo vigiláramos y que, si daba cabezazos, lo pincháramos por las costillas. Varios compañeros tuvimos que manejar en ocasiones para que los choferes pudieran tirar un pestañazo. Es lo que recuerdo de nuestra participación durante el paso por nuestro país del ciclón Flora.

Las noticias que llegaban desde la provincia de Oriente sobre el ciclón Flora (según notas personales de archivo) eran algo parecido a esto: los fuertes y continuos aguaceros han causando grandes inundaciones, provocando cientos de muertos, derrumbes y la pérdida de miles de viviendas. Los equipos de rescate tratan de avanzar y trabajan sin descanso en la búsqueda de sobrevivientes, mientras las cifras de las víctimas continúan aumentando. Se reportan más de mil muertos hasta la fecha.

El Comandante en Jefe Fidel Castro dirige personalmente las operaciones de rescate y salvamento en la región oriental del país.

La mayoría de los compatriotas residentes en las zonas más afectadas por el huracán, han perdido todas sus pertenencias o gran parte de las mismas. Los deslizamientos de tierra han causado el bloqueo de innumerables carreteras y caminos, interrumpiendo totalmente la red vial y ferroviaria, afectando

gravemente los sistemas de comunicaciones y de generación y conducción eléctrica, lo que dificulta las labores de rescate y auxilio, así como las de entrega de frazadas, ropas, provisiones, alimentos, agua y medicamentos en las poblaciones más afectadas. Miles de personas han tenido que buscar auxilio en refugios temporales creados en los municipios afectados.

Producto de las incesantes lluvias, los ríos acompañados de fuertes corrientes de agua lo arrastran todo a su paso. Las praderas se han convertido en grandes lagos, quedando bajo los mismos las viviendas, ganado de todo tipo, aves de corral, perros, gatos y muchos otros animales. Por todo lo anterior deben extremarse las medidas sanitarias, para evitar que se produzcan epidemias.

Como nota adicional agregaría la siguiente: La fuerza de las turbulentas aguas arrastró el transporte militar tipo anfibio, desde donde el Comandante en Jefe Fidel dirigía las operaciones de rescate y salvamento. Aunque fue rescatado sano y salvo, su vida corrió grave peligro.

Capítulo VII - Otros casos con Dementes

En muchas ocasiones los bomberos se encuentran frente a hechos inimaginables, entre ellos, los casos que se relacionan con enfermos mentales, muchos de los cuales, cuando están en crisis, son sumamente agresivos y actúan con inteligencia extrema y violencia máxima, pues se encuentran fuera del control de sus facultades. Aquí les contaremos algunos casos, seleccionados de entre la variedad de los ocurridos...

El caso del hospital de Calixto García: Cuando me llamaron del puesto de mando para informarme que había un loco agresivo en la azotea de uno de los edificios del hospital de Calixto García, que amenazaba con lanzarse al vacío, el reloj marcaba las tres y media de la madrugada.

—Me dirijo hacia allá —contesté.

Muy a menudo teníamos que enfrentar situaciones con enfermos mentales agresivos y peligrosos. Los pabellones de ese hospital son bastante altos: todos tienen tres o cuatro pisos.

Los familiares del enfermo estaban horrorizados y le gritaban desde abajo que no se tirara. Él les contestaba, agresivo, que sí lo haría, que ya no quería vivir.

Al llegar al lugar, el jefe de la unidad actuante me informó sobre el caso y sobre las acciones realizadas hasta el momento.

Como nuestro trabajo no paraba, siempre estábamos en algún incendio u otra acción — pues en aquel tiempo no existían medidas de prevención y los almacenes se encontraban desorganizados, con productos mal almacenados que los hacían extremadamente peligrosos, a lo que se sumaban los sabotajes de diferentes tipos—, me dirigí al lugar en pijama, pues hacía sólo dos horas habíamos salido del último fuego, y me encontraba exhausto. Me coloqué una capa y un casco, y de esa forma comencé a trabajar.

El loco emitía fuertes alaridos, amenazando con tirarse; se paraba en el borde de la azotea y movía los brazos para lograr el equilibrio; se doblaba hacia delante, es decir, en cualquier momento caería de verdad; en su mano izquierda brillaba un metal que reflejaba la luz.

Abajo pusimos varios hombres con una malla circular para que, si caía, no chocara contra el pavimento.

Busqué cuatro compañeros de los más fuertes y les indiqué que subieran por una escalera que daba a la azotea, a ver si podían cogerlo vivo. Les dije que mientras ellos subían, yo lo entretendría hasta que pudieran actuar (en aquel tiempo todavía no teníamos especialistas de artes marciales).

El carro escalera José Martí, que en aquel momento era una técnica bastante avanzada, tenía un teléfono en la parte superior de la escalera para, cuando esta estuviera extendida, dar instrucciones a los choferes y especialistas.

Acordamos las señales manuales y probamos el teléfono. Todo se encontraba en orden; entonces me coloqué en la punta de la escalera y pasé una pierna por uno de los peldaños para asegurar que podría soltar mis manos sin caer o resbalarme.

Cuando la escalera comienza a desplegarse, vas viendo el carro cada vez más pequeño, se va alejando despacio, aunque produce la impresión de que va muy rápido; y cuando la escalera está totalmente desplegada, llega a parecer un pequeño carro de juguete, por lo menos esta era mi impresión cada vez que subía; además, el viento produce en la parte superior un constante movimiento de vaivén, muy desagradable.

Comenzó la subida poco a poco, ya cerca de la azotea descolgué el teléfono y comencé a hablar con el jefe del carro. El teléfono emitió un sonido agudo y dejó de funcionar. La escalera seguía acercándose peligrosamente a la punta de la azotea, pues estaba muy pegada a la misma. Hubo un momento en que tuve que sacar la pierna que tenía dentro del peldaño, porque corría el riesgo de que la escalera me la trozara contra el borde de concreto. Comencé a hacer señales manuales, pero nada, la escalera seguía y comenzó a raspar la pared en el borde de la azotea. Ahora me encontraba sujeto con ambas manos del peldaño, sin seguridad, ya que por el apuro en subir para evitar que el hombre se lanzara al vacío, cometí la negligencia de no ponerme el cinturón de seguridad que sirve para engancharse en los peldaños.

Allí, frente a mí, se encontraba aquel león enfurecido, bastante alto y corpulento, y con un cuchillo grandísimo de carnicero en su mano izquierda. De pronto se detuvo la escalera, pero había quedado a una altura tal, que se podía bajar cómodamente en el lugar. Yo estaba desarmado, pegado a aquel loco peligrosísimo, y la gente del carro escalera no veía mis señales. Además, me seguían constantemente con los reflectores, y yo me encontraba completamente iluminado y cegado por las luces, es decir, era un blanco perfecto para el cuchillo.

Yo tenía visión de toda la azotea y miraba, buscaba ansioso la llegada de los cuatro compañeros, pero nada, todavía no aparecían.

El loco, con los ojos desorbitados, comenzó a hablarme medio enredado, pero yo lo entendía perfectamente. Me amenazaba con saltar a la escalera. Me decía: “A que brinco, va, a que brinco y te mato”. Y lo repetía y lo repetía constantemente.

Comenzó a acercarse de forma peligrosa, avanzaba un poco y paraba. Yo, soltando una de mis manos, la dirigí hacia la parte trasera de mi cuerpo, como si fuese a coger algo, y lo amenacé: “Si te vuelves a acercar, te dispararé, así que aléjate de inmediato”.

Él se quedaba pensativo y retrocedía, y avanzaba otro poco, y yo lo volvía a amenazar. Este dialogo duró entre cinco y ocho minutos, que a mí me parecieron horas. Al fin vi a los compañeros, que venían agachados avanzando rápidamente, protegidos por la oscuridad de la azotea, y comencé a amenazarlo a gritos para distraer su atención.

Lo ofendí y le dije que, si era hombre, saltara a la escalera. Ya los compañeros estaban bien pegaditos a él. Entonces les dije, pero sin mirarlos, mirando hacia arriba para que él también mirara: “Cuidado con el cuchillo, que el tipo está bien fuerte”. Aquel loco me miraba asombrado, quizá pensando que el loco era yo, que estaba hablando con el cielo.

Rápidamente, el compañero que venía al frente del grupo le agarró el brazo izquierdo, donde portaba el arma, otro lo agarró inmovilizándole ambos brazos, de los otros dos, uno le aguantó las piernas y el otro se fajó con la mano del cuchillo; tenía el arma tan apretada que parecía pegada a su mano, hasta que al fin cayó al suelo. Yo, que había saltado para ayudar a los compañeros, les dije: “Despéguelo del borde, que están muy pegados todos”. Después le amarraron manos y brazos. El personal del hospital le colocó una camisa de fuerza y fue reducido a la obediencia. Aquel hombre se movía realizando piruetas dentro del camisón blanco.

Los médicos le aplicaron una inyección con un tranquilizante, pues tiraba patadas y gritaba con gran fuerza, tratando de soltarse.

Cuando bajamos, los compañeros del carro escalera me explicaron que las luces producían sombras y por eso no veían mis señales manuales, y que desde abajo, aunque estaba bien iluminado, no parecía tan pegada la escalera al borde de la azotea. Al teléfono se le había partido el cable al comenzar a subir. Así termina la historia del loco del hospital.

Testimonio de Humberto Soler Baldoquín El caso de la calle Figuras

Fueron muchas las ocasiones en que concurrí a servicios en casos de enfermos mentales. Uno de estos se produce, me parece, en una cuartería en la calle Figuras entre Lealtad y Campanario, en La Habana Vieja. Se trataba de un moreno en el interior de una de las habitaciones de la planta alta, que tenía un enorme cuchillo en las manos, había apuñalado un perro y decía que quería sangre. Llego con la tripulación del carro M1 y Rafael Rodríguez Escobar (hijo) como ayudante. Después de explorar la situación, decido lanzar una línea de manguera para golpearlo con el chorro y reducirlo a la obediencia; valoro posteriormente la necesidad de utilizar una línea más potente de 2½ pulgadas con pitón de combate, y retiro la anterior, subo desplegando la nueva, y cuando avanzo por uno de los pasillos de la planta alta, algunos vecinos se agitan haciéndome señas, pero yo, en mi apuro, no les hago caso, encuentro a una persona atravesada en el pasillo, la empujo y le digo: "Quítate del medio". Miro dentro y no veo a nadie, entonces advierto que la persona que empujé en el pasillo era el orate, quien, cuchillo en mano, había salido de la habitación y podía haberme agredido. Sin embargo, la tripulación de un patrullero lo invita a acompañarla, diciéndole que eran sus amigos, y fue conducido pacíficamente al hospital siquiátrico.

Otro hecho de este tipo se produjo también en La Habana Vieja. En la habitación de una cuartería había un hombre armado con un cuchillo, y llego al frente del carro M1, ordeno el despliegue de una línea de 2½ pulgadas y advierto al chofer del carro que, a mi señal, le diera bastante presión, pues el sujeto se mostraba agresivo. Lo ataco con el chorro de agua y avanza hacia el exterior, donde había gran cantidad de vecinos curioseando. De pronto alguien grita: "¡Cuidado, que viene con el cuchillo en la mano!", y se crea el pánico. Un agente de la autoridad efectúa 86 disparos al aire y se forma tremendo corre-corre. Al salir de la habitación, me abalanzo al individuo, me coloco a su espalda y le aplico una llave doble Nelson, le doblo el cuello y le aplico gran fuerza, pero el individuo corre conmigo arriba por todo el lugar. Hay un patrullero en la puerta de la cuartería y hacia allí lo llevo, pero sin soltarlo, me introduzco en el patrullero con el tipo, conduciéndolo a la antigua Casa de Socorro de la calle Corrales donde se le aplica un anestésico, después de lo cual lo ataron y trasladaron en un carro jaula al hospital siquiátrico.

Testimonio de Rafael Rodríguez Escobar (Rafaelito) El caso de la calle Puerta Cerrada.

A la una de la madrugada, nos encontrábamos de guardia en la unidad no. 1 Camilo Cienfuegos, cuando el jefe del carro M1, Humberto Soler Baldoquín, sin encender las luces del dormitorio ni sonar la campana de alarma, fue despertando a cada uno de los miembros de la dotación, explicándonos en voz baja que era para una salida, pero no de incendio.

Bajamos todos en silencio para no despertar al resto del personal de guardia y salimos en el carro M1, sin sirena, hacia una dirección en la calle Puerta Cerrada. En el lugar ya se encontraban dos carros patrulleros, y se nos explicó que había un hombre con antecedentes de locura grave que había apuñalado al perro de su casa y amenazado con asesinar a todos los miembros de su familia, a sus vecinos y a todo el que se le pusiera por delante. Aquel loco vociferaba y se hacía necesario que nosotros lo neutralizáramos.

El orate vivía en el tercer piso de una ciudadela de tres plantas, con un patio interior y pasillos con puertas a ambos lados. De pie frente a la puerta de su casa, que se encontraba situada al final del pasillo de la izquierda, el hombre, cuchillo en mano, vociferaba amenazas con actitud agresiva, con el perro muerto a sus pies. Rápidamente nos dispusimos a subir y empatar los tramos de manguera necesarios para llegar con el agua a la entrada del pasillo, cerca del lugar donde se encontraba El asesino del perro. Baldoquín y yo estábamos haciendo la última conexión de mangueras con luz muy escasa, cuando un señor vestido con ropa de dormir nos pidió permiso para pasar (por lo estrecho del pasillo): los dos nos apartamos y le dimos paso.

Al terminar la conexión, les gritamos a los bomberos de la planta baja que enviaran el agua. Es ahí cuando uno de ellos sube corriendo hasta nosotros y nos dice: “Ya no hace falta agua. El loco acaba de pasarles por el lado a ustedes con el cuchillo en la mano, bajó las escaleras y se entregó tranquilito”.

Al escuchar esas palabras, Baldoquín y yo reímos largamente.

El loco que nos disparó: *la Dirección General de Prevención y Extinción de Incendios tenía sus oficinas centrales dentro de la propia primera unidad del Cuerpo de Bomberos, en la calle Corrales. Allí también se encontraba la Pizarra Central, donde se recibían las llamadas de la población solicitando auxilio ante fuegos y otras catástrofes.*

Eran aproximadamente las tres de la tarde, y yo me encontraba en mi oficina escribiendo unas notas, cuando llaman de la pizarra: Robertico, en la planta baja hay tres compañeros del DTI que solicitan hablar con usted.

—Que suban y pasen a la oficina, que estoy terminando de escribir un informe y enseguida los atiendo — le contesté al oficial de guardia.

—Permiso —dijeron al entrar.

—Por favor, esperen un momentico, que ya estoy terminando —les dije instintivamente sin levantar la cabeza.

Terminé de escribir, levanté la cabeza y les hice señas con la mano para se acercaran a mí. Me saludaron militarmente. Me puse de pie, avancé hasta ellos, los saludé militarmente y les di la mano. Después, haciendo un análisis retrospectivo, recordé que al darle la mano al sargento, la tenía temblorosa al extremo, fría y muy sudada.

—Mire, jefe, el problema es que este compañero estaba en la parada de la guagua, se encuentra vestido de sargento de la policía y su modo de actuar nos resultó sospechoso, le pedimos identificación y no tiene nada que lo acredite.

—Y yo, ¿qué tengo que ver con eso? —le pregunté.

—Es que él nos dice que es ayudante suyo, y por eso lo trajimos, para comprobarlo con usted.

Rápidamente miré a la cara del muchacho y noté que tenía la mirada perdida, los ojos en otro mundo, era algo muy raro y daba la verdadera impresión de un loco de los que solamente se ven en las películas. En milésimas de segundo la expresión de su rostro cambiaba, hacía muecas y gestos muy extraños, y se transformaba.

— ¡¿Ayudante mío?! —dije yo.

—Sí, Robertico, yo soy tu ayudante —me dijo el joven vestido de sargento y rápidamente dio un paso atrás, sacó la pistola que portaba y la rastrilló, todo fue en un abrir y cerrar de ojos.

Era algo sorpresivo y totalmente inesperado; solamente guiada por el instinto de conservación una persona puede actuar a la velocidad que yo lo hice en aquel momento. Con un empujón de mi mano izquierda logré desviarle el brazo que ya casi me apuntaba a la cara, aunque no pude aguantarle la mano. En ese momento sonó el primer disparo, el proyectil pasó muy cerca de mi rostro y el resplandor del fogonazo me empañó la visión (como el flash de una cámara fotográfica que se ha disparado muy cerca de la cara), logré empujarlo con mucha fuerza y escuché cómo su cuerpo chocaba contra la puerta de la oficina, que quedaba bastante lejos. Casi instantáneamente se escucharon otros dos disparos, uno detrás del otro, produciendo tremendo estruendo dentro de la oficina.

Con la visión afectada, desarmado y veloz como el rayo, me aparté hacia el pasillo lateral de acceso al servicio sanitario, que quedaba en la mitad de la pared izquierda de mi oficina, junto a los dos agentes, que se encontraban tan sorprendidos como yo. Sentí el rebotar de los proyectiles en la parte alta, pero ninguno nos impactó.

Seguido a los disparos escuchamos que se abrió y se cerró de un tirón la puerta de la oficina: el muchacho corría buscando la salida, dando gritos que se sentían a distancia.

A unos metros y muy cerca de mi oficina, por el lateral derecho de la planta baja, había una posta que mantenía la vigilancia y protección de la escalera de acceso a la Pizarra Central de los Bomberos y a la entrada de mi oficina. La posta se mantenía siempre frente a una columna de hormigón bastante gruesa. Sentí clarito cuando la posta montó su fusil, alertado por los disparos.

No sé qué pasó por mi mente en aquel instante, pero lo que hice aún hoy yo mismo no me explico. Me había dado cuenta de que aquel jovencito estaba completamente desquiciado cuando lo miré antes del primer disparo. Sentí mucha lástima por aquel infeliz y reaccioné para que la posta no le disparara. A toda velocidad y medio cegato pasé por el lado de los compañeros del DTI que se encontraban en el pasillo del baño, y corrí hacia la puerta de dos grandes hojas de aluminio que daba directamente a la escalera frente a mi oficina. De un tirón la abrí y le grité al guardia que se encontraba de posta: “¡No le tires, que está loco! ¡No le tires! ¡No le tires!”

Aquel loco que bajaba corriendo por la escalera pistola en mano, nuevamente comienza a dispararme casi a boca de jarro, efectuó dos disparos sin precisión, sin puntería, sin mirar o muy nervioso. Moviéndome hacia la izquierda, hacia la parte de hormigón donde se sujetaban los marcos de las puertas, me protegí, pero continué gritándole al combatiente: “¡No le tires que está loco, no le tires que está loco! ¡No le tires! ¡No le tires!”, le seguía repitiendo sin parar, para que el nerviosismo no lo llevara a apretar el gatillo de su arma larga.

La posta se parapetó detrás de la gruesa columna de la entrada de la unidad, apuntando con el arma, sin disparar. El muchacho le pasó por la otra cara a la columna, a toda velocidad, pistola en mano.

Yo continuaba gritándole a la posta que no le tirara, le hablaba alto y constante para calmar sus nervios, ya que se encontraba bajo estrés, con un arma larga en sus manos, una bala en el directo y el dedo en el gatillo, y frente a un desconocido haciendo disparos. La posta siguió apuntándole con su fusil hasta que el loco se alejó del lugar.

Según me cuenta Baldoquín, Bienvenido Caballero se cruzó con aquel muchacho que bajaba la escalera y le pasó por el lado en la planta baja. Caballero le gritó a Baldoquín para que este tratara de capturarlo. Baldoquín se encontraba lanzando pelotas, con guante y en camiseta. Al poco tiempo sentimos varios disparos aislados. Pensé lo peor, tuve el presentimiento de que algún agente o patrullero lo había enfrentado y liquidado. Después se aclaró que los disparos posteriores habían sido del loco contra Baldoquín, que lo perseguía.

De inmediato, desde la Pizarra Central hablé con el Puesto de Mando de la PNR y le informé al oficial de guardia la situación y el rumbo que había cogido el falso sargento, junto con mi impresión personal de que estaba totalmente loco. Le pedí además, que explicaran y alertaran a los policías de los patrulleros de que, de ser posible, lo capturaran sin dañarlo.

Por un rato nos mantuvimos en la pizarra que era nuestro Puesto de Mando principal. Al momento, un combatiente me trajo un peine de pistola Browning vacío que, al parecer, se le había caído al presunto sargento o lo había cambiado y tirado.

Acompañado de los dos compañeros del DTI, bajé y le di la mano y un abrazo al compañero que se encontraba en la posta felicitándolo por la ecuanimidad que había logrado mantener ante aquel peligroso suceso, todos lo aplaudieron fuertemente y lo congratularon por el valor y heroísmo mostrado. Yo recordaba la imagen del jovencito, que traía un uniforme algo disparejo y le bailaba, algo parecido a un abrigo de persona bien gruesa colgado de un palo de escoba.

Aquel lugar se encontraba lleno de bomberos y de no se cuánta gente, curiosos de saber que había sucedido, y además se escuchaban sirenas y se veía pasar los patrulleros a gran velocidad.

Como a los quince minutos de aquella balacera, llega en un patrullero un oficial de la PNR y me comenta:

—Jefe, lo tenemos localizado y cercado, está a dos cuadras de aquí, metido en un cuarto de madera en el patio de una casa. El loco sigue armado y amenazando con disparar. Se dieron instrucciones de tratar de no herirlo o matarlo, pero él sigue amenazante y, además, entre los compañeros de la patrulla se ha corrido que le disparó y lo mató a usted; ya hay como tres versiones diferentes de los hechos, pero en las tres, él le disparó y usted se murió.

—El control de radio —continúa el oficial— les ha aclarado a los patrulleros en varias ocasiones que usted en persona habló con ellos, pero al parecer no están muy convencidos. Sería bueno que vieran que usted está sano y salvo, recuerde que entre esos patrulleros se encuentra su antigua tropa.

Sonreímos y partimos hacia el lugar, con los compañeros del DTI.

Había muchos carros y motos de la Policía. Saludé a la mayoría de los compañeros que se encontraban rodeando el lugar. Uno de los combatientes hablando por la planta de radio del patrullero decía:

— ¡Oye! Aquí está Robertico vivito y coleando.

Sentí muy de cerca el cariño de oficiales y policías, que me saludaban con gran alegría. Bromeando, le dije a Baldoquín que se encontraba en el lugar:

—Vamos, Loco, que el sargento te está llamando.

Un oficial de la PNR me guió hasta el lugar donde lo tenían ubicado y cercado y me señaló la puerta y la ventana de la habitación que nos quedaba a unos doce metros de distancia. Nos encontrábamos a una altura como de cuatro metros y medio, pues era una construcción antigua. La casita se encontraba más baja y desde lo alto se dominaban perfectamente aquella puerta y ventana.

En ese momento se me acercan dos oficiales de la PNR, nos apartamos unos metros y me refieren los datos que han podido recolectar por el control de radio de la PNR sobre el loco agresivo. Se nombraba Alberto, fue bombero de la unidad del Cerro y le habían dado baja hacía cinco meses por problemas de salud mental. Era sobrino de un sargento de la Patrulla de la PNR, quien, de forma inconsulta, el día anterior había llevado a Alberto vestido de uniforme y le había permitido quedarse en el dormitorio de la Unidad de la Patrulla. Al parecer, de madrugada el joven se vistió con la ropa del tío y salió por la puerta de la unidad con su traje de sargento y la pistola. Me informaron, además, que Alberto era un buen muchacho y que nunca había sido agresivo, que estaba muy delgado y débil, que se quedaba dormido durante las guardias, y que las cosas incoherentes que hacía y decía llamaron la atención de sus compañeros, por lo que los médicos solicitaron su baja.

Llega un compañero y me dice:

—Jefe, desde adentro lo está llamando a usted, lo llama y lo menciona constantemente.

Nos situamos en un ángulo en que no nos podía alcanzar con los disparos ni con los posibles rebotes. Me acerqué al borde de la azotea y comencé a llamarlo por su nombre:

—Albertico, soy Robertico, deja la pistola allá dentro y sal con las manos en alto, que no te pasará nada, yo te lo garantizo —le dije tranquilamente, para darle seguridad.

— ¡Cuidado, que está abriendo la ventana! —me alertan los compañeros.

—Albertico, soy Robertico —le repito—. Albertico, soy Robertico.

En ese momento abre más la ventana y efectúa dos disparos al tiempo que me dice:

—Robertico, ven y cógela por el cañón —cerrando rápidamente.

Casi me dio deseos de reír y les comenté a los compañeros:

—Nunca había visto un loco más cuerdo que este: se identifica como mi ayudante, recuerda mi nombre, cambia el peine de la pistola, me habla y me pide que vaya a coger la pistola por el cañón y, además, me dispara.

Todos reímos.

Nos alejamos un poco del lugar y orienté que nadie disparara.

En dos ocasiones sonaron otros dos disparos. Como ya yo había estudiado el ángulo en que él abría la ventana, les dije a los compañeros dónde me situaría para continuar hablándole y dispararle con una escopeta de gases lacrimógenos que había mandado a traer de uno de los patrulleros.

Orienté a todos que no debían disparar, solo en defensa propia, si él los agredía directamente. Que mantuvieran la vigilancia y la calma, que seguro los gases lo harían salir.

Me acerqué y comencé a hablarle, pero esta vez con una escopeta de gases cargada y apuntando hacia donde se abriría la ventana. Nuevamente le dije:

—Albertico, soy Robertico, deja la pistola allá adentro y sal con las manos en alto, no te pasará nada, yo te lo garantizo.

Poco a poco, muy lentamente, comienza a abrirse la ventana y escucho su voz diciendo mi nombre, en ese instante disparé el cartucho lacrimógeno que entró a la habitación con tremendo estruendo, y la ventana quedo entreabierta. Albertico efectúo dos disparos allí dentro, a los pocos momentos el humo salía por la ventana como un volcán anunciando su erupción, y el ambiente se llenó de gas ardiente que nos picaba como cebolla en los ojos, sintiéndolo nosotros también, por lo cerca estábamos.

—No disparen —dije a mis compañeros—, él tiene que salir obligatoriamente.

Se abrió la puerta y Albertico salió a toda velocidad como un toro en la pista de rodeo, restregándose los ojos y gritando:

— ¡Ay, mi madre! ¡Ay, mi madre! —estiró el brazo derecho y comenzó a disparar: uno, dos, tres disparos.

En ese momento le grité fuertemente:

— ¡Suelta la pistola o te disparo! ¡Suéltala! ¡Suéltala rápido! ¡Suéltala!

Aquel joven enloquecido tiró la pistola al piso y, dando gritos y alaridos, comenzó a correr y tropezó con la pared, dándose un buen golpe en la cara que tenía protegida por ambas manos, y gritaba y gritaba.

Para no darle tiempo a que regresara a recuperar la pistola, me colgué de ambos brazos y me dejé caer en el patio. El loco corrió por un estrecho pasillo que enlazaba ese patio pequeño con las habitaciones y el resto de la casa, rumbo a la puerta de la calle. Habíamos colocado tres compañeros bien grandes y fuertes en la puerta, para capturarlo sin usar las armas.

Yo cogí la pistola y dije a los compañeros que habían saltado junto a mí, que me lo trajeran, que ya estaba desarmado.

—Jefe, no aparece, se ha fugado.

— ¿Fugado? Si esto es una casa larga estrecha y hay como veinte policías en la puerta principal.

—No aparece, se ha fugado

—Tiene que estar por ahí, busquen bien —les dije

—Aquí está, aquí está, lo tengo —gritó desde las habitaciones uno de ellos.

—Está dormido como una piedra y tiene la cara sucia y los ojos llenos de lágrimas —nos explicó otro.

El joven se encontraba dentro de un escaparate antiguo, en la zona de la puerta más estrecha, donde se cuelga la ropa en percheros. Se había metido en aquel lugar, se había agachado, doblando las piernas y apoyando la barbilla sobre las rodillas, se había tapado con una colcha, colocándose un bulto de ropa arriba y estaba dormido profundamente. Anteriormente ya habían abierto el escaparate, solo vieron el montón de ropas y cerraron de nuevo, por eso no aparecía.

Uno se preguntaría “¿Cómo un enfermo mental puede realizar estas cosas que parecen pensadas y ejecutadas por alguien bien cuerdo?”

Con urgencia los combatientes lo cargaron y lo llevaron en una ambulancia para la casa de socorros de Corrales que se encontraba a menos de 300 metros.

Allí estuvo acostado en una camilla, dormido por más de dos horas, los médicos no quisieron despertarlo, ya que se veía que tenía la salud bien deteriorada.

Alberto despertó acostado en la camilla, amarrado con correas y hablaba con su papá como si estuviese sentado en la sala de su casa.

—Papá, yo estoy trabajando en los bomberos, y hago ejercicios, y mira qué fuerte me he puesto —así dijo muchas cosas completamente incoherentes (de fuerte no tenía ni el apellido: era un verdadero esqueleto, y el padre de Alberto hacía cerca de quince años que había fallecido).

Un siquiatra lo revisó y lo remitió a Mazorra para su estudio, pues estaba completamente ido del mundo.

Esta es la historia en la que nos hicieron varios disparos a boca de jarro y por poco nos envían, al Loco Baldoquín y a mí, directo al otro mundo.

Testimonio de Humberto Soler Baldoquín (El Loco Baldoquín) El caso de Albertico.

Yo estaba en el patio de la unidad, en pulóver y pantalón de uniforme, con un guante de pelota en la mano. Tenía en la cintura un revólver calibre 38 de un compañero para llevarlo a reparar porque al accionarlo le saltaba la maza. De pronto siento unos disparos, y nuevamente otros disparos y veo a un sujeto con un arma en su mano, que baja las escaleras a gran velocidad y corre por la calle Corrales en dirección a la calle Suárez, lo persigo y le grito que se detenga pensando que era un contrarrevolucionario. Al transitar por Corrales y Cárdenas, se vira y me efectúa dos disparos, pero continúo en su persecución. Al pasar por la esquina de Factoría veo un vigilante y le grito: "¡Cógelo!" El compañero se sorprende, quizás por ver al perseguido vistiendo uniforme militar, y a mí con un guante de pelota en la mano y el revólver en la otra. Increpo al policía, pero continúo persiguiendo a Albertico, quien me hace otro disparo, aunque sin apuntarme, me lanzo delante de un auto parqueado, me incorporo y continúo, llegando a Corrales y Suárez, en cuya esquina había una carnicería. Me dispara nuevamente y se mete en una vivienda que estaba frente a un cine, donde al parecer residía un familiar. Trato de avanzar y disparo nuevamente; llegan dos motos de patrulla y uno o dos vigilantes. Les indico que había un prófugo armado en el edificio y que rodearan la manzana para que no escapase. Como los últimos disparos me pasaron muy cerca, corro al cuartel de bomberos, tomo un fusil M1 y retorno al lugar. Entonces llega Robertico, quien sube a la azotea del edificio contiguo y comienza a hablarle a Albertico; le dice que él es su amigo y que no quiere hacerle daño, que se entregue, que no le va a pasar nada. Albertico responde que vayan a cogerlo y dispara a la azotea. Robertico manda a buscar una escopeta de gases lacrimógenos y dispara hacia un baño donde se había refugiado Albertico, un rato después Robertico grita que no disparen, que ya el muchacho había salido del baño y había tirado la pistola, lo encontraron desmayado, por la acción de los gases, en el interior de un escaparate y lo llevaron a la casa de socorro de Corrales y Zulueta. Algo increíble sucedió en esta ocasión: a pesar de los numerosos disparos, no hubo víctimas ni heridos, sin embargo, al día siguiente se produjo una riña tumultuaria en la calle Apodaca entre Economía y Cárdenas, y un vigilante que acudió al lugar efectuó un disparo al aire, y en los altos de un edificio de la cuadra había un ciudadano recostado en un sofá y el disparo le atravesó el corazón, matándolo instantáneamente.

93

Una carta al Che

No quisiera que los lectores tomaran este pequeño relato como un alarde, envalentonamiento, osadía o irrespeto con un dirigente de la Revolución, ni nada parecido. Al contrario, creo que lo sucedido es algo que demuestra la sensibilidad de un verdadero dirigente o de un héroe de estatura universal, como lo fue Ernesto "Che" Guevara.

Los años 1960-1965 fueron muy duros para los bomberos, ya que se producían incendios con mucha frecuencia y contábamos con escasos recursos, incluyendo los más elementales.

Con la idea de dar a nuestros jefes de unidades y a los principales cuadros una explicación detallada sobre problemas organizativos, de falta de equipos y recursos y otros temas importantes para nuestra actuación diaria, y, además, para levantar la moral combativa, el ánimo de nuestros hombres, y para pedirles el máximo esfuerzo, incluyendo un llamado para no dejar perder, a como diese lugar, un recurso del estado, por grande o peligroso que fuese el siniestro, pensé en organizar una amplia reunión con el personal de nuestra institución. Le expliqué el tema al entonces jefe de la Dirección Política del MININT, compañero Aldo Álvarez Ávalos, el cual aceptó y quedó encargado de hacer el discurso político y la arenga a nuestros hombres. Organizamos la reunión en el teatro de la CTC y fue un éxito total, la moral y la disposición combativa se levantaron, los hombres reaccionaron de forma positiva y salieron de aquella reunión dispuestos a enfrentarse hasta con el mismo diablo dentro del infierno ardiendo.

Creo que no habían pasado diez-quince días de aquella reunión y me encontraba en el auto de recorrido por las unidades, escuchando en el radio el discurso del ministro de Industrias de Cuba, Comandante Ernesto "Che" Guevara, durante la inauguración de la Termoeléctrica de Mariel. 94

Estaba yo concentrado en sus palabras, y de pronto el Che hace una referencia que me dejó totalmente aturdido. No lo recuerdo textualmente, pero dijo algo muy parecido a que: "no debemos ser o actuar como los bomberos, que se sientan en sus unidades a esperar que venga un fuego, debemos actuar constantemente". Creo que habló mucho más fuerte, pero ya no recuerdo bien. Realmente, al parecer, en mi mente amplí el sentido de aquellas palabras, y me encontraba ofuscado, encolerizado, pues, a mi entender, no tenía ninguna lógica aquella ofensa dirigida a los hombres que se jugaban la vida constantemente para proteger al prójimo y a los bienes del estado. Y esto sucedió precisamente unos días después de que habíamos hablado a esa tropa pidiéndole sacrificios y esfuerzos. No era concebible que un jefe de la estatura política del Che se expresara de aquella forma.

Dicen que encolerizado nunca se debe escribir, y yo lo hice. Para qué fue aquello: para no cansar a ustedes, en un resumen de dos páginas le hice las historias que estamos contando en este libro, destacando, además, la vida sacrificada de esos hombres y otras cosas más. Después supe que muchos de nuestros oficiales y jefes de los bomberos interpretaron lo mismo que yo. Sentíamos que, aunque no hubiese existido mala intención, aquellas palabras nos tocaban directo al corazón, sobre todo por venir del "Che", un dirigente tan querido y respetado por todos.

Temprano al otro día, le llevé aquel documento al Ministro del Interior, Comandante Ramiro Valdés Menéndez, quien, además, siempre estuvo al lado del Che como su segundo al mando.

Después de leerla detenidamente, me dijo:

—Oye, tú interpretaste mal sus palabras, él no quiso decir esto que tú dices aquí. No se la entregaré.

Yo le insistí, y le insistí, y le insistí, esgrimiendo múltiples razones. Él me dijo:

—Robertico, tú no conoces al Che, se puede molestar con todo lo que dices aquí.

Le pedí permiso para retirarme y le solicité que, por favor, la hiciese llegar a su destinatario.

Como a menudo tenía que ver al Comandante Ramiro para temas de trabajo, siempre le preguntaba:

— ¿Jefe, entregó mi carta?

Él me respondía:

—No la voy a entregar.

Aproximadamente dos o tres meses después, un domingo en la tarde, recibí una llamada para que me comunicara con el Ministro.

—Oye, cabezón —me dijo en forma jocosa—, ya entregué tu carta.

Aunque ya había pasado tanto tiempo y yo había tenido oportunidad de analizar y re analizar el discurso, y al final le daba la razón al Comandante Ramiro. De todas maneras me alegró la noticia y le pregunté: — ¿Dijo algo?

—La leyó y al final se sonrió —me respondió y no dijo nada más.

Creo que me respondió así para no decirme lo que realmente había dicho el Che, pero me sirvió de consuelo.

Pasaron varias semanas y un día por la tarde el oficial de guardia le informa a Pire, chofer del auto de la jefatura, sobre la visita de un dirigente del país a la cuarta unidad (Santa Catalina). Yo estaba en la Refinería Níco López haciendo las conclusiones de una inspección. Cuando salí hacia el auto para retirarme del lugar, el compañero Pire me dijo que me comunicara con la pizarra, que había un recado para mí. Me explican por la planta que el comandante "Che" Guevara estuvo más de hora y media en la Unidad no. 4 en la Avenida de Santa Catalina, y que había estado hablando con todo el personal.

De inmediato me dirigí allá para saber el resultado de la visita.

El jefe y los compañeros de la unidad me contaron con lujo de detalles todo lo que había dicho, preguntado y los comentarios que había hecho. Que parecía que Che conocía profundamente el trabajo de los bomberos, por los planteamientos que hizo. Los felicitó a todos por su valentía y heroísmo patriótico, y elogió el trabajo del bombero.

Después identificábamos esta histórica visita como "La respuesta del Che".

Fue algo sumamente emotivo para todos: para mí este gesto del Che fue una lección de dura enseñanza: aprendí a no precipitarme en escribir, a profundizar y evaluar bien lo que escucho y no hacerme falsos criterios.

En aquel momento yo tenía 20 ó 21 años de edad, creo que eso lo explica todo.

Pedro Pablo Martínez Vasallo. Coronel ® Ex Jefe de Prevención y de la Dirección General contra Incendios.

Internacionalmente, "La Protección Contra Incendios" abarca toda la sociedad en su conjunto y se divide en "Protección Pública y Protección Privada" La protección Pública es el servicio que brinda el Estado y la Protección Privada, consiste en el sistema que establecen las grandes empresas a fin de proteger sus inversiones.

Todo Cuerpo de Bomberos tiene como objetivo dos actividades básicas que son: el servicio de Prevención de Incendios y el servicio de Extinción de incendios.

Definiendo a grandes rasgos el servicio de Prevención de incendios, este se realiza mediante un grupo de inspectores, que partiendo de las regulaciones legales establecidas, realiza inspecciones a los objetivos económicos y sociales determinando las posibilidades e surgimiento de incendios, las vías de propagación, las fuerzas y medios para su extinción mediante equipos fijos y portables, la evacuación de personas, animales y bienes y establece las medidas preventivas que deben adoptarse a fin de eliminar o reducir a un mínimo posible, las dañinas consecuencias de un incendio. En los primeros años de la revolución, los servicios de Prevención contra incendios, prácticamente no existían, ya que se depuraron las filas de este cuerpo, ya que los bomberos fueron utilizados de forma continua en actividades represivas por el gobierno Golpista del Dictador Batista. Producto de estas depuraciones, no quedo prácticamente personal especializado en la materia de prevención contra Incendio, solo raras excepciones como el compañero Miguel Ángel Álvarez, relacionado a las actividades de prevención. En este caso, la mayoría del personal era de nuevo ingreso, todos revolucionarios y valientes, pero con ninguna o muy pobre preparación técnica (entre ellos, incluido yo) y el servicio se fundamentaba en la actividad de Extinción de Incendios, pues no existía nada referido a la actividad de Prevención. Los sistemas de prevención como tal, solo existían en algunas grandes Empresas de propiedad extranjera (fundamentalmente las Norteamericanas) como refinería Esso-Texaco y otras, similares, que dentro de sus estructuras tenían supervisores de prevención de incendios. Además de lo antes planteado, la mayoría de los compañeros que administraban las diferentes instalaciones de producción, comercio y servicios, carecían de los conocimientos elementales relacionados con la Prevención contra Incendios y no tenían a nadie que los pudiera asesorar al respecto. Por lo que es lógico suponer que el estado de peligrosidad en las instalaciones era de elevado nivel. Esto influyo en parte, que en los primeros años posteriores al triunfo de la revolución, cuando se produjo una intensa actividad enemiga interna, por hechos de sabotajes por incendios, producto de las condiciones existentes de almacenaje indebido de sustancias inflamables, sólidos combustibles, indebida separación de estibas, instalaciones eléctricas con carácter provisional, carencia de medios de extinción, falta de

preparación del personal en la extinción, obstrucción de las vías de evacuación y un sinfín de condiciones que facilitaban la propagación rápida de los incendios. Muchos de estos hechos se convirtieron en grandes incendios de muy difícil trabajo de extinción para el personal de las unidades de bomberos, que esta demás decir que en todos los casos actuaron con heroísmo y muchos perdieron la vida en cumplimiento de su deber. Con lo anteriormente dicho, no pretendo reducir la intencionalidad criminal de la contrarrevolución, sino, destacar la difícil y compleja situación que enfrentaban los bomberos de aquella época, que a fuerza de coraje, valentía y fidelidad la Revolución, exponían sus vidas para salvar a sus semejantes y los bienes pertenecientes al pueblo.

A finales del año 1963, después de elaborar una base material de estudio, quizás algo elemental, pero suficiente para aquel momento, los compañeros Miguel Ángel Alvares, Francisco Pérez Marín y yo, organizamos e impartimos el primer curso de inspectores de prevención de incendios, con una duración de 45 días. Con este personal se organizó el primer cuerpo de Inspectores de Prevención de Incendios, designándose para ser dirección al compañero Francisco Duran (Cajetilla). Posteriormente llegaron dos asesores soviéticos que ayudaron a conformar las normas de prevención contra incendios para los diferentes lugares, de acuerdo a los productos almacenados, peligrosidad que ofrecían, etc.

Ya para junio de 1964, se emite una resolución (109/64) por el Ministro del Interior, estableciendo las normas preventivas, exigiendo su más estricto cumplimiento a los directivos de todas las instituciones del país.

Posteriormente se crea a nivel de la Dirección, la asesoría técnica de Prevención de incendios, integrada por: Francisco Pérez Marín, Mildo Man Calzado, (el chino) que atendía el frente de divulgación, el compañero Miguel Ángel Álvarez y yo, mas el Ing. Luis Cao Llado (civil) proveniente de las compañías de seguros y que fue el puntal de esta actividad, por sus grandes conocimientos, teóricos-prácticos.

En el año 1966 se realiza la primera semana de Prevención e Incendios a nivel Nacional. Posteriormente se crea el Departamento Nacional de Prevención, bajo la dirección del Tte. Coronel ® Rafael Pupo Santisteban. Y desde entonces el Departamento de Prevención fue creciendo en actividad, desarrollándose un exitoso trabajo a lo largo y ancho del país, incorporando nuevo personal, con mayor calificación técnica, creándose cursos nacionales e internacionales, en Rusia, Alemania democrática y otros, donde se capacitaron múltiples compañeros.

Varios de nuestros compañeros participaron en tareas internacionalistas. Otros fuimos condecorados con la medalla "Por la Valentía durante el Servicio", en mi caso poseo dos de esas condecoraciones.

Un saludo a todos los compañeros que durante diferentes épocas trabajamos en estas hermosa y heroicas tareas.

Capítulo IX

El mando durante las catástrofes e incendios.-

La Pizarra Central de los Bomberos (1962-1965)

Dentro de las acciones que realiza el Cuerpo de Bomberos hay muchos trabajos anónimos, que son los que mueven el engranaje de apoyo que garantiza una misión exitosa. La Pizarra Central de los bomberos es el lugar donde se reciben las llamadas e informaciones sobre las catástrofes que se producen. Cuando comienza a reportarse un hecho importante, se encienden a la vez todos los bombillos de la pizarra rotativa del centro telefónico. Aquí, los compañeros del centro de comunicaciones, el Oficial de Guardia y el Oficial de Guardia Superior recepcionan y evalúan las informaciones iniciales, y posteriormente le van dando seguimiento hasta dar por terminado el hecho reportado.

Con las primeras informaciones, el Oficial de Guardia Superior toma las decisiones iniciales, a partir de las cuales amplía, depura y transmite a los mandos superiores; de acuerdo con las situaciones operativas, ordena la salida de las diferentes unidades; activa y envía inmediatamente el Puesto de Mando Móvil, la técnica específica para cada caso y los equipos de apoyo necesarios. De esta forma se va localizando y ampliando la información sobre las características y dimensiones de la catástrofe y, al llegar el jefe de la Dirección General, o el jefe superior de los bomberos al lugar siniestrado, comienza a transmitir órdenes a la Pizarra Central, la cual se encarga de canalizarlas con la urgencia requerida.

El Oficial de Guardia Superior, el Oficial de Guardia y el personal del Centro de Comunicaciones se encargan, de acuerdo con la magnitud del siniestro y los requerimientos del momento, de las coordinaciones con otros organismos: con la Empresa Eléctrica —para quitar la electricidad de la zona, retirar transformadores, cables, postes caídos, para el apoyo con los carros elevadores, escaleras, para el envío de especialistas y otros medios necesarios. Con el Puesto de Mando Central de la Policía Nacional Revolucionaria coordina la participación de los carros patrulleros —para localizar las pipas de agua en los puntos de abastecimiento, escoltarlas y abrirles el paso, si fuese necesario, hasta el lugar del siniestro, e

incluso localizar a sus choferes en sus propios domicilios; para ubicar a los responsables del lugar siniestrado, transportar detenidos y sospechosos, así como otras múltiples tareas que se realizan de conjunto. Con la Unidad de Tránsito, para efectuar cierres y desvíos en las calles, dar paso a los carros bombas y pipas que se mueven a gran velocidad, sobre todo, en los cruces de avenidas. Con la unidad de la PNR del territorio correspondiente, para establecer cordones con la infantería que limiten el acceso del público, para custodia de bienes, para el envío de la guardia operativa y los especialistas del Laboratorio Central de Criminalística, y otros. Asimismo informa a los restantes órganos del MININT para que actúen según corresponda a sus especialidades.

El Oficial de Guardia, además, activa el Plan de Aviso a los bomberos que se encuentran de descanso, alerta a las unidades de bomberos cercanas y de las provincias vecinas, poniendo en plena disposición combativa sus medios y fuerzas; coordina con el Acueducto el envío de pipas hacia el lugar del siniestro. Además, con el propio acueducto, coordina la apertura de fuentes de abastecimiento, tuberías, hidrantes, bombeo de agua, etc. También pone en estado de alerta los servicios de ambulancias, los cuerpos de guardia de los hospitales, la Empresa de Teléfonos con sus carros elevadores, la Empresa del Gas, moviliza equipos pesados, camiones plancha y de volteo, rastras de carga, buldózers, tractores, grúas, bombas de achique, compresores y sus martillos, y muchos otros equipos o personal de apoyo. Según la magnitud de cada situación, se ejecutan las diferentes medidas. Así, de un momento a otro, la Pizarra Central de los Bomberos se convierte en un avispero, donde se realiza una labor serena, eficaz, oportuna, con mucha urgencia y enorme ecuanimidad. Son cientos de llamadas simultáneas: de vecinos y personas de la zona afectada, muchas veces gritando, dando opiniones, haciendo preguntas, pidiendo auxilio para un familiar, y otras. Estos compañeros trabajan de forma anónima y merecen gran reconocimiento. El Puesto de Mando Móvil es un camión preparado y equipado con mapas, expedientes de centros de producción de grandes dimensiones o peligrosidad, información sobre las fuentes de abastecimiento de agua, equipos de comunicaciones, y todos los elementos necesarios para organizar el mando durante cualquier catástrofe. Desde este lugar el Jefe de la Dirección, o el oficial al frente de la misión, ejerce el mando directo sobre el personal actuante, apoyándose directamente en la Pizarra Central de los Bomberos.

Bomberos voluntarios

Los bomberos voluntarios siempre han sido nuestro principal apoyo. Durante años, este personal ha trabajado en nuestras unidades, ayudando en disímiles tareas, sobre todo como parte de la dotación de los carros, participando directamente en las labores de extinción. Además, los voluntarios hacen postas o guardias en nuestras unidades, apoyan en la limpieza y reparación de los medios, en la limpieza de las unidades y de sus técnicas de combate.

- Con los Bomberos Voluntarios comenzaron las primeras unidades de bomberos hace ya mas de trescientos años, y durante muchísimo tiempo, muchas de las unidades trabajaron sin personal profesional, solo contaban con esta fuerza; en tiempos posteriores se profesionalizaron las unidades de extinción, apoyándose en fuerzas mixtas: bomberos profesionales y voluntarios.

Los bomberos voluntarios han sido parte de la historia de todas las provincias, incluyendo la Capital, en la prevención y extinción de incendios forestales y otros, donde se han destacado por su arrojo y valentía, y muchos han sido condecorados o felicitados por su destacada participación en hechos relevantes...

100

Otra importantísima tarea que cumplen los Bomberos Voluntarios es la protección de los centros de trabajo donde laboran, para lo cual se entrenan periódicamente, reciben cursos y cursillos, tienen preparados y listos los medios de extinción y además ayudan a la administración en la correcta distribución y organización de las áreas de almacenaje, separando y aislando los productos inflamables y más peligrosos.

En los primeros años después del triunfo de la Revolución, los bomberos no contábamos con los medios técnicos adecuados para atacar los fuegos que se producían en grandes tanques y vehículos de transporte de combustible. Es decir, no conocíamos y no poseíamos el FOAM, o espuma, líquido que se une al agua, creando una gruesa y espesa capa de una sustancia parecida a la nieve o a una gran jabonadura —como la que hace el champú—, y que se esparce a gran velocidad sobre el combustible ardiendo, le corta el oxígeno y apaga el incendio. Tampoco poseíamos polvo químico seco, que se utiliza en diferentes tipos de fuego, incluyendo los que se producen en equipos eléctricos.

Teníamos que combatirlos con unas largas tuberías acopladas por un extremo a las mangueras de 1½", y por el otro, a un pulverizador de agua (sprinkler) que era del tamaño y, además, muy parecido a una granada de mano. Estos sprinkler tenían varias hileras de canales en línea uno frente al otro y perforaciones colocadas de igual forma, por donde salía el agua con mucha presión, y los chorritos tropezaban unos con otros, pulverizando el agua y creando una neblina muy amplia, un gran abanico de agua pulverizada, la cual, al chocar con el fuego directo, se convertía en vapor de agua, quitando el oxígeno y bajando la temperatura de las llamas. Con eso extinguíamos los fuegos en combustibles. De más está decir que era extremadamente peligroso, ya que los bomberos tenían que subir a escaleras estrechas a gran altura, cargando un largo e incómodo tubo: por detrás le hacía fuerza el peso de la manguera con agua a presión, y por delante le daba tirones constantemente la presión de agua que recibía, teniendo que recostarse a los tanques de combustible, los cuales, muchas veces, estaban muy calientes, pues recibían de forma directa el calor y las llamas, con el inminente peligro de que estos sufrieran rajaduras o explosiones.

Había solo tres carros bombas American La France. Tampoco teníamos equipos básicos de extinción, es decir: carros pipas, carros especializados de polvo químico seco, FOAM, carros de luces, pipas de combustibles, carros escaleras modernos de mayor alcance, barcos y lanchas contra incendios, aviones, helicópteros y medios terrestres contra incendios forestales, talleres móviles y medios de aseguramiento para mantener y reparar los equipos en el terreno, sin mencionar el déficit de medios de protección humana.

La primera medida que tomamos ante tanta desgracia fue localizar la cuña de una rastra y una cola para la misma. Encontramos una cola de 5 000 galones, destruida, oxidada y abandonada en un rastro estatal. Fue totalmente reconstruida, la pintamos de rojo y la decoramos con el logotipo de los bomberos. Aquella fue nuestra salvación, era un acueducto móvil, lo colocábamos cerca de los fuegos, en lugares estratégicos para que no obstruyera el tránsito y para que se le pudiesen acercar otros medios sin estorbar al resto de los equipos que continuamente se desplazan en las áreas colindantes. Las tomas de agua de la pipa gigante (así le decíamos) se acoplaban a un carro bomba American La France (intercalamiento de bombas), desde el cual se hacían otras conexiones hasta llegar al lugar del siniestro, en ocasiones a varias cuadras; el especialista principal del tema era Félix Alonso, ya fallecido. Pero además, descubrimos que esta pipa gigante era una salvación organizativa, pues aprovechábamos mucho más la capacidad instalada de las pipas de apoyo. Estas descargaban, varias a la vez, directamente dentro de la rastra y salían a gran velocidad a reabastecerse y regresar, es decir, no las teníamos esperando a vaciarse dentro del área del fuego, con lo que se evitaba, además, el quita-y-pon de mangueras, la entrada y salida en calles estrechas, en áreas reducidas, cada pipa daba muchos más viajes. Teníamos el agua asegurada: salimos de tremendo lío con aquella rastra maravillosa.

102

Las pipas Skoda

En la época en que dirigía esta institución a nivel nacional, yo tenía 20 años de edad. Los jóvenes cometen errores, y hacen cosas que después, en el resto de la vida, no las repiten, pues comprenden que han actuado incorrectamente. Este es un parche que pongo antes de contar el hecho, para que se comprenda.

Como ya les dije, teníamos gran escasez de recursos, y sobre todo de pipas de agua. Resulta que yo pasaba constantemente por la Avenida del Puerto, frente al antiguo Cuartel de San Ambrosio-Tallapiedra, y un día veo que estaban parqueadas en la calle en fila india, ¡nada más y nada menos que 25 pipas de agua!, grandísimas y pintadas de gris, nuevas de paquete, marca Skoda, (checas). Me bajé del auto y las inspeccioné al detalle, aquello me lo había enviado el propio Dios desde el cielo, directico para mí, era lo que nosotros necesitábamos y pedíamos, y no nos llegaba. Comenté con varios compañeros sobre los equipos y puse dos hombres a investigar para quién habían venido. Nada, nadie sabía nada. Pasaron los días, cinco, diez, quince, y aquella hilera de camiones se mantenía en el mismo lugar.

En aquel momento, al hijo de Hilda —que soy yo— se le ocurrió una brillante idea: “Si no tienen dueño o este no aparece (pues llevan casi un mes y nadie las recoge), entonces deben de ser mías”, ya que nos hacen tanta falta, pensé... De inmediato comenté con varios compañeros mi idea y algunos me dijeron: “Jefe, usted realmente está loco de remate, no se meta en ese lío...”

Pero la necesidad me obligaba a hacer algo, aunque fuese descabellado. De inmediato preparamos un plan, una operación comando compuesta por mecánicos, cerrajeros, pipas de combustible, taller móvil, plantas eléctricas de soldar, tuberías, codos, tapones para los tubos y otros recursos de plomería, ya que las pipas venían con sistemas de riego instalados en la parte delantera, hacia donde dirigían el agua las bombas impulsoras, por lo que teníamos que cambiar los conductos y agregarle las tomas que utilizaban nuestros carros de combate. Llevamos, además, treinta choferes experimentados, merienda, agua, café, café con leche, bocaditos y otras chucherías. También, buscamos un local apartado (la Escuela de incendios de La Coronela) para montar un taller de pintura, con rotulistas, pintores, precinta, papel periódico, pintura roja en cantidades industriales, diluentes, aguarrás, y todo lo necesario para transformar los equipos. En las unidades preparamos condiciones para asimilar la nueva técnica. Acordamos la fecha de la operación, el día (X) comenzaríamos a las once de la noche, y la hora tope para salir del lugar era las 5:00 am.

Todo funcionó como un reloj y a las 48 horas las 25 pipas estaban pintadas, rotuladas y listas para actuar. Simultáneamente habíamos preparado un curso emergente para adiestrar los choferes en esa misma escuela, ya que las pipas tenían mecanismos que no eran iguales a los de los carros viejos, y hubo que hacerle varias adaptaciones y modificaciones.

Una semana después de iniciada la operación comando, cada unidad recibió la técnica que le asignamos, algunas tenían hasta tres pipas, además de que la Escuela de Bomberos de La Coronela fue convertida en unidad-escuela, para que participara en los incendios con sus profesores y alumnos, a partir de la entrega de esta técnica, cubriendo un extenso territorio. Aquello era un sueño celestial, ya que constantemente se producían sabotajes y no teníamos medios suficientes para el enfrentamiento. Ahora ¡que vengan fuegos y sabotajes!, que los enfrentaríamos como Dios manda con los equipos caídos del cielo. Pasaron los días, creo que cerca de dos meses y medio o tres. Un día, cerca de las dos de la madrugada, acabado de llegar de un incendio, recibo una llamada, era el comandante Ramiro Valdés Menéndez, entonces Ministro del Interior.

—Robertico —me dijo—, ¿tú conoces algo de unas pipas de agua que estaban en el puerto?

— ¡Qué pregunta y a qué hora!

—Le contesté y comencé a cantinflear—: Bueno..., sí..., yo creo..., ah, sí..., unas que estaban en el muelle...

—Sí, esas —me dijo el comandante.

—Sí, yo las tengo —le dije sin más vacilación.

—Bueno, ven enseguida para Palacio, que el presidente Dorticós quiere hablar contigo.

Me bañé y salí a toda velocidad; el Presidente me recibió muy cortésmente, pero la conversación empezó bastante áspera y tensa; él comenzó hablándome de indisciplina y de todo lo que tiene que ver con coger lo que no es tuyo, el respeto a lo ajeno y otras cosas.

-En un determinado momento le pedí permiso para interrumpirlo y comencé exponerle sobre los trabajos que pasaban los bomberos, los múltiples sabotajes que a diario se producían, los riesgos a que se exponían a cada momento y mi responsabilidad de velar por la vida de ellos. Le recordé que él en persona, hacía varios meses, me había hecho una llamada telefónica durante un fuego para que tratáramos de salvar unos productos, es decir, le expliqué qué es un cuerpo de bomberos y le fundamenté la necesidad de aquellas pipas. Al final, el Presidente me advirtió que nunca más debía producirse algo así y me hizo un gran regaño, pero me entregó quince de las veinticinco pipas, con el compromiso de que las otras diez cooperarían y acudirían a los incendios de forma rápida, a nuestro llamado.

Además de la carencia de equipos en nuestras unidades, en el país prácticamente no existía conciencia ni educación, ni legislación sobre la prevención contra incendios y solo contábamos con escasos compañeros preocupadísimos con el tema, pero con muy poca aplicación práctica. En nuestras fábricas, almacenes y otros lugares de extrema peligrosidad potencial, no existían o no se encontraban preparadas ni entrenadas las brigadas de obreros para combatir y extinguir los incendios, ni extintores o medios de extinción de ningún tipo para poder actuar; cuando más, lo que había eran paneles con cubos, agua y arena. Las actividades de Prevención contra Incendios que existían en nuestro país siempre fueron las exigencias de las compañías de seguro a sus clientes, pero que no siempre se aplicaban a cabalidad, ni en todas las instalaciones, y mucho menos en fábricas o almacenes nacionalizados por la Revolución.

Podríamos decir que los incendios en aquellos momentos eran la actividad predominante dentro del cuerpo de bomberos, la más común.

El dominar o apagar los incendios depende de la velocidad de actuación de los vecinos, los trabajadores o el personal existente en el lugar y en el momento. Pero cuando un incendio es de grandes proporciones, o se va desarrollando en esa dirección, entonces la velocidad de actuación de los bomberos juega un papel primordial. La magnitud que un incendio pueda alcanzar en (X) tiempo está determinada fundamentalmente por el tipo de producto o de materias primas que estén ardiendo y las temperaturas que logren alcanzar las llamas. Cada material en particular tiene sus parámetros de soporte de temperatura o nivel de ardimiento a una temperatura (X), por ejemplo: las telas, cortinas, alfombras y papeles arden a menor grado de temperatura, algunos combustibles necesitan elevar sus temperaturas hasta producir gases capaces de arder; otros, como el alcohol y la gasolina, arden de solo acercarse las llamas o chispas a los gases volátiles que emiten; las maderas necesitan más calor para arder. Así sucesivamente se van comportando los materiales ante el calor producido por el fuego al comenzar a arder. Existen materiales que son incombustibles (no arden) aunque lleguen a desintegrarse, como el caso del hormigón, las piedras y otros. También existen productos y materias primas que retardan la combustión, es decir, son más resistentes a los incendios y necesitan temperaturas mucho más elevadas para su combustión o que son tratados con materiales especiales.

105

La propagación de los incendios depende de los productos existentes en el lugar o en sus proximidades, lo que, unido a las altas temperaturas que se acumulan, produce las grandes catástrofes o incendios de grandes proporciones, que en ocasiones destruyen grupos de viviendas, edificios, locales, fábricas, etc.

Cuando nos referimos a evitar la propagación de los incendios, hablamos de la velocidad de salida de los carros y de los bomberos. Los carros no pueden salir rápido, si sus bomberos no están situados en los estribos o dentro de ellos, ya que un carro que salga y llegue rápido, sin bomberos a bordo, no haría nada en el lugar. Hay que lograr una coordinación entre toda la dotación o pelotón o comando de guardia para que todo se haga en segundos. Los bomberos se entrenan y preparan a diario en las escuelas y en las propias unidades, para estar listos y lograr salidas a gran velocidad. Deben ponerse la ropa, las botas, la capa, el casco. En segundos, los hombres bajan como hormigas por la percha o cercha (tubo), al tocar el suelo van corriendo hacia los carros, se van ajustando y abotonando las capas y cascos a la vez; en los carros cerrados todo eso lo hacen dentro de los mismos. El jefe de carro verifica que la dotación está completa y da la orden de salida al chofer. Los carros parten de sus unidades a gran velocidad, tocando

sirena y con las luces intermitentes de aviso; salen como balas, con aproximadamente unas 7 000 libras adicionales, con cientos de galones de agua, combustible, con 6 ó 7 hombres, mangueras y otros equipos personales, capas de agua, cascos, botas, caretas, botellones de oxígeno, linternas, escaleras, hachas, sogas, extintores, herramientas y otros medios. Desde que el bombero se encuentra en las escuelas, o desde que se lanza por la percha de su unidad para efectuar un servicio, ya sus vidas comienzan a correr peligro y riesgos de diferentes magnitudes.

Les comentaba que llegar al lugar de los hechos en un máximo de tres minutos es muy importante para los bomberos, ya que se debe atacar y extinguir un incendio a la mayor brevedad posible, para evitar que el fuego se propague. Relacionado con la velocidad y llegada en tres minutos al lugar de los hechos durante los inicios de los incendios, les comentaré algo que nos sucedía con tanta frecuencia que tuvimos que pensar mucho hasta descubrir su causa.

Lo primero es que teníamos lugares muy distantes, donde jamás podríamos lograr la cobertura deseada de tres minutos. Con bastante frecuencia se nos estaban produciendo incendios en viviendas habitadas y el asunto aumentaba cada día más ¿Qué estaba pasando?

Buscando información con diferentes órganos del Ministerio del Interior, y analizando los hechos, llegamos a la conclusión de que los vecinos de lugares apartados, zonas y repartos con viviendas de cartón, madera, y construidas prácticamente con materiales de desecho, las incendiaban ellos mismos para presionar a la dirección del país para que les dieran otras en mejor estado y en mejores zonas. Pero los incendios intencionales los producían en los momentos en que el ferrocarril maniobraba en lugares como la calzada de 10 de Octubre o la de Boyeros. Los trenes, para cambiar de chucho o pata de way, se pasaban bastante tiempo, marcha adelante y marcha atrás, y en el medio de ese tiempo es que aparecían los incendios, ya que los carros de bomberos no podían pasar, pues eran pasos obligados y las otras unidades se encontraban muy lejanas y con pocos medios. Resultado: cada semana se quemaban 10-15-20 viviendas a la vez.

Impuestos de lo que estaba sucediendo, nos dimos a la tarea de estudiar los lugares afectados y construimos nuevas unidades en las zonas divididas por las líneas del ferrocarril y se acabó el asunto.

Barcos contra incendios

Poco a poco la dirección del país fue asignando recursos para ayudar a mejorar la eficiencia de nuestro órgano, pero como traíamos tanta miseria acumulada, mientras más nos daban, más necesitábamos, éramos un saco sin fondo, ya que nos faltaba de todo y en cantidades astronómicas y las soluciones tenían que ser paulatinas.

En muchos países (sobre todo los más desarrollados) los bomberos utilizan poderosos carros bombas, carros articulados para llegar a grandes alturas, helicópteros y aviones preparados para fuegos en bosques, barcos y lanchas bombas, y muchos otros equipos especializados; como los carros con productos químicos, o los de los aeropuertos, que cuentan con grandes cañones o monitores que lanzan el agua o la espuma a gran velocidad y distancia. (Por suerte hoy día contamos con dichos recursos)

*Los incendios se producían en las zonas del puerto y en sus áreas de carga y descarga, en los muelles de la refinería, en las patanas o en los barcos, y no poseíamos medios ni equipamiento adecuado para su pronta extinción con el menor riesgo para los bomberos. Varias veces nos propusieron sacar un barco incendiado fuera de la bahía, para dejar que se quemara y **107** produjera alguna explosión.*

En pocas letras les contaré que nos dimos a la tarea de construir un barco de bomberos, especialmente para atacar los incendios dentro o desde el mar, utilizando el agua salada. Para esta misión conseguimos un barco totalmente de madera, casi toda podrida, lleno de comején: realmente se encontraba hecho talco, desbaratado, sin puertas ni ventanas, sin cristales, y abandonado hacía años en una zona de barcos en desuso, o para desguace de barcos metálicos, que existe en la Bahía de La Habana. Pasamos meses luchando contra lo imposible, pero se logró su reconstrucción y reparación, y para poder utilizarlo tuvimos que hacer dos sistemas de extinción paralelos, uno con rociadores que le daban la vuelta al barco (sprinkler de los que se usaban para extinguir los fuegos en combustibles), y que serviría para enfriar nuestro barco, y otro para extinguir los incendios en barcos, muelles y otros fuegos costeros, los dos sistemas funcionaban simultáneamente. De no haber sido de esa forma, el barco, cuando se acercara a los fuegos, ardería de inmediato. Le colocamos dos turbinas inmensas, que se encontraban en desuso hacía años y que en su momento pertenecieron al acueducto de Casablanca, que eran de bronce y fabricadas a principios del siglo pasado. Cuando ya lo teníamos terminado y lo probamos la

primera vez, echaba un chorrito de agua como si fuese una jeringuilla de inyectar, ya que dichas turbinas rotaban en contra del motor, por lo que hubo que trabajar varios días para invertir los impelentes y llevarlos a su lugar. Este barco contra incendios fue bautizado con el nombre de "Víctimas de la Coubre". Aquí trabajaron muchos compañeros durante largas y duras jornadas, destacándose el compañero José Manuel Lee Marrero, quien se lesionó totalmente uno de sus pulmones, por la constante aspiración del humo de la soldadura en el cuarto de máquinas, en un local totalmente cerrado. Al año siguiente reconstruimos otro barco que se encontraba en mejores condiciones y su estructura era totalmente de acero, pero también se encontraba desechado y abandonado; este sí quedó majestuoso y cumplía misiones importantes y difíciles, lo nombramos Guillermo Geilin, en memoria de un combatiente del Ejército Rebelde, a propuesta del comandante Ramiro Valdés Menéndez, entonces Ministro del Interior. Además también preparamos una lancha con equipos contra incendios, bastante grande y práctica.

Por aquellos tiempos adaptamos dos helicópteros, unas pipas tiradas por unas poderosas orugas de esteras, que subían y bajaban lomas, para actuar en los fuegos en bosques y cañaverales, dichas pipas fueron aportadas por las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Varios años después se agregaron aviones preparados para estos fines. Arreglamos, adicionalmente, un camión que llevaba más luces que un estadio de pelota y que convertía la noche en día y nos ayudaba en todos los incendios, ya que lo primero que siempre se hace en un fuego es desconectar la electricidad y todo queda a oscuras y lleno de humo en las áreas de los incendios. Posteriormente llegaron nuevos camiones de diferentes tipos, carros articulados, de productos químicos, el puesto de mando móvil, mangueras, extintores, luces, lámparas y linternas, y muchos otros medios. En esa etapa posterior éramos un poco más felices, nuestro trabajo seguía siendo extremadamente peligroso, pero favorecido por nuevos medios de extinción de todo tipo, que nos ayudaron a mejorar el servicio y a proteger la vida de la población y de nuestros bomberos.

Almacenes y aseguramientos

Otro personal que tiene una tarea diaria, estable y continua durante meses y años, es el de los almacenes y aseguramiento. En los almacenes de los bomberos se encuentran los diferentes medios de protección humana, botas de goma, sogas, hachas, caretas anti-humo, anti-gas, capas, cascos, escaleras, mangueras, pitones, extintores, productos especializados de extinción, tanques

de FOAM, tanques de oxígeno y acetileno, y otros. Durante las catástrofes, estos almacenes multiplican sus acciones, y el personal trabaja duro durante los días que dure el siniestro. Me atrevo a mencionar aquí el nombre de alguien que hizo y hace historia en esta tarea, el compañero Rafael Rodríguez Escobar (padre), quien lleva una vida garantizando los recursos para que sus compañeros puedan actuar con seguridad en los lugares de extremo peligro.

En las diferentes provincias del país existen extensas áreas de bosques y miles de hectáreas de tierra sembradas de caña. Tanto los cañaverales como los bosques se convierten en un factor de alto riesgo de incendios cuanto llega la temporada de seca que, en algunas ocasiones, se prolonga durante meses, aumentando los riesgos. Los incendios se producen por diversas causas, muchas veces por vidrios que refractan la luz del sol creando áreas de intenso calor sobre las hojas y paja seca, otras veces, durante las tormentas de rayos, algunos caen en las áreas secas, los equipos ferroviarios, tractores y otros transportes producen chispas, otras veces por descuido de las personas que tiran colillas de cigarrillos, prenden fogatas y no las apagan correctamente o las dejan que se consuman sin tener en cuenta la peligrosidad que esta acción genera; y en otras ocasiones, la mano enemiga se ha ocupado de crearlos.

Recibí una llamada desde Pinar del Río del compañero Dionisio que era el Jefe Provincial en aquellos tiempos y me dice; Robertico, tenemos tres grandes incendios a la vez, dos en los bosques y uno en un cañaveral gigantesco, al parecer son sabotajes. Esto se está convirtiendo en un infierno y necesitamos su ayuda, ya que si se continúan propagando, se nos producirá una gran catástrofe, aquí los bosques se han desarrollado mucho y toda esta zona se encuentra en peligro. Le prometí enviar ayuda y además presentarme en el lugar de inmediato. Le enviamos 5 carros pipas y dos camiones bien cargados con mangueras, hachas, escaleras, turbinas de gasolina y otros medios de apoyo. En pocas horas ya nos encontrábamos en el lugar, me acompañaron los compañeros Félix Alonso (que maneja todo el tiempo a gran velocidad), Labrada, Pablo Torres y Durán (Cajetilla).

Los tres incendios eran de gran magnitud, dos de ellos en áreas de bosques en zonas elevadas o montañosas y otro en un llano inmenso; era un mar de cañas llenas de pajas secas y el cañaveral ardía por tres zonas a la vez. Los incendios se encontraban a pocos kilómetros unos de los otros y se desarrollaron con características similares, por la gran cantidad de combustible seco debido a la prolongada sequía, que servía para alimentar las llamas, acompañados de fuertes y cambiantes vientos.

Contábamos con muy pocos medios especializados de extinción, que fuesen capaces de llegar a los apartados y altos lugares, con caminos de tierra o sin caminos. Tampoco teníamos por esa época medios aéreos, para apoyar desde el aire las tareas que realizaban nuestros hombres y los campesinos voluntarios. Las pipas de agua, en mucho de los casos tuvieron que ser remolcadas por buldócer para poder llegar a lugares cercanos a los siniestros, además de otros medios más pequeños con tanques de agua y tirados por tractores.

Los incendios se produjeron en plantaciones de pinos bastante crecidos, en terrenos elevados y fueron arriesgados y excepcionalmente peligrosos para la vida de los hombres. Teníamos cuadrillas trabajando sin cesar de día y de noche, empleando todo tipo de herramientas: picos, palas, guatacas, rastrillos, tanques y cubos de agua, pencas de palma, ¡hasta los sombreros utilizaron aquellos hombres! En la mayoría de los lugares había una gruesa capa de hojas secas que cubría el suelo.

En muchas ocasiones hubo que retroceder y dar paso al fuego, se producían enormes masas de humo y niebla que oscurecían el cielo, mientras los compañeros luchaban con las llamas y un calor abrasador, aquello parecía la erupción de un volcán, la primera ola de fuego se encrespó hasta alcanzar la altura de más de veinticinco o treinta metros, emitiendo gases y vapor (cuando el agua tocaba las llamas o el suelo caliente), los gajos de los pinos salían disparados, parecían flechas encendidas que subían y bajaban a gran velocidad y ardiendo. Las llamas comenzaron a extenderse y propagarse rápidamente, en ocasiones emitiendo roncós bramidos, estimuladas por el fuerte viento. Constantemente se producían cambios en la dirección de los vientos, rompiendo todas las tácticas operativas que se planificaban o se realizaban. Hacíamos grandes trochas ayudados por el machete de los campesinos, con buldócers y tractores de las cooperativas cercanas, aislando la parte norte del incendio, y de pronto nos avisaban que por la zona oeste volaban miles de hojas y paja que habían incendiado los terrenos contiguos. Así, los incendios iban saltando caprichosa y constantemente, los hombres tenían los rostros sudorosos, tiznados y la ropa, la cara y el cuerpo ennegrecidos. Los olores y el tufo de la resina ardiendo se impregnaban en nuestra piel y nuestra ropa.

En el incendio que se produjo en los cañaverales, se creaban repetidamente, remolinos, parecidos a los de las mangas de viento que se ven en la lejanía, pero en este caso se formaban hacia delante y amenazaban constantemente a nuestros hombres con cercarlos y atraparlos dentro del cañaveral, sobre todo, cada vez que cambiaba la dirección del viento. En los dos días con sus noches demoramos en extinguir estos incendios, se produjeron varios inconvenientes, por ejemplo, las capas protegían a los bomberos del intenso calor, pero los voluntarios, que no tenían capas, sufrían constantemente de agotamiento físico, lo que nos obligaba a contarlos a cada rato, además de tener bajo vigilancia a los grupos de trabajo, no se fuese a desmayar alguno y quedar dentro de las llamas, ya que, además del calor, llevaban muchas horas sin dormir. Aunque llegaban fuerzas de relevo, los que se encontraban allí desde el principio se mantenían luchando sin el descanso necesario. La luna se veía opaca a través de la cortina de humo, además surgía un resplandor que iluminaba con siniestro fulgor, brotaban llamas de color rojo-naranja que se empinaban y subían en dirección al cielo acompañadas de nubes de humo, polvo y cenizas. Las cenizas eran las que más nos molestaban a todos nosotros, ya que el polvo caliente penetraba por la boca y nariz, nos producía mucha tos y ya no teníamos pañuelos ni

nada para taparnos la cara. En el segundo día, ya nuestros hombres se encontraban con las mangas de las capas chamuscadas y en ocasiones quemadas o hechas jirones. El amanecer del tercer día fue hermoso, (para nosotros) el cielo se iluminó por gran cantidad de relámpagos, que ofrecían un bello tornasol, acompañado de los colores de las llamas, aunque también fue tenebroso por la cantidad de truenos y lo peligroso de los rayos que caían en zonas muy cercanas. La luz de los relámpagos, que alumbraba el cielo, al final nos resultó beneficiosa, ya que aproximadamente a las ocho y media de la mañana comenzó a lloviznar, hasta que, de pronto, todos nos bañábamos y otros corrían bajo un copioso aguacero: comenzó a caer el pequeño diluvio que tanto añorábamos en aquellos momentos y terminó apagando los incendios. Como resultado tuvimos bastantes compañeros con quemaduras leves, otros semi asfixiados y con mucha tos, dos piernas rotas, dos brazos partidos, varios compañeros con golpes, muchos o casi todos nos encontrábamos con los ojos afectados y un agotamiento físico general.

Testimonio de Bienvenido Caballero, ex chofer del carro M1 y ex jefe de Unidad

Incendios en áreas boscosas de Güira y Alquizar

La extinción de este tipo de incendio es muy compleja, pues hay que dar contracandela, utilizar técnicas para evitar la propagación a viviendas, y aviones para su extinción. En una ocasión en que me encuentro aplicando contracandela, fui rodeado por el fuego, y salvé la vida saliendo por un canalizo de los que están hechos de antemano en estos bosques, pero pasé tremendo susto cuando vi la candela sobre mí por todos los lados. ¡No digo yo!

112

Testimonio del compañero Joaquín Álvarez Vento El Cuerpo de Guardabosques de Cuba.

Al triunfo de la Revolución fue creado el Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA), y como una dependencia de este, el Instituto de Desarrollo y Aprovechamiento Forestal, del cual surge, a su vez, el Cuerpo de Vigilancia y Protección Forestal. Este último protegería la fauna y la flora, y se ocuparía de la prevención contra incendios forestales, ya que antes del triunfo de la Revolución no existía técnica ni personal calificado, por lo que eran incalculables los siniestros de este tipo.

En la década de los años 60, debido a los sabotajes de la contrarrevolución a los centros económicos del país, comienza la preocupación del Estado por estos fenómenos. Por orden del comandante de la Revolución Ramiro Valdés Menéndez, ministro del Interior en aquellos tiempos, se comenzó la formación de técnicos para sofocar incendios forestales y se realizaron pruebas para adaptar un helicóptero como apoyo, al cual se le colocó un tanque en la barriga y una compuerta para tirar el agua, además de unos largos tubos sujetos por tensores, para utilizarlos en humedecer zonas en peligro de propagación. También se trabajó en la adaptación de una oruga militar que arrastraba una paila con agua; estas técnicas quedaron en fase de prueba y no llegaron a utilizarse.

A partir de la década del 70 la situación comienza a mejorar con la entrada de nuevas técnicas de trabajo en camiones ZIL 57, así como la construcción de las torres de observación. En este tiempo se hicieron cambios en el Cuerpo de Vigilancia y Protección Forestal, que pasa a subordinarse al Ministerio de la Agricultura con el nombre de Cuerpo de Guardabosques de Cuba, vistiendo sus hombres el uniforme verde olivo.

En la etapa de los 80 se comenzaron las gestiones para la utilización de la aviación contra los incendios forestales, se envió un especialista a adiestrarse en la República de Polonia y se compraron tres aviones del tipo DROMADRE PZL M18, que cargan unos 2 500 litros de agua. Posteriormente se amplió este programa con la compra de nuevos aviones, que fueron organizados en tres destacamentos: Occidente, Centro y Oriente, cada uno de los cuales contaba con un avión AM2, tres aviones 3PZL y un helicóptero MI8.

Un ejemplo de los trabajos realizados por estos destacamentos aéreos fue el de la provincia de Holguín, en la zona de Las Minas, donde se combatió por tierra y aire; allí resultaron quemadas cincuenta y seis hectáreas, con un frente de dos kilómetros entre lomas, más cinco focos aislados en los que llegaron a quemarse 600 hectáreas. La extinción pudo efectuarse rápidamente por el apoyo prestado por los servicios aéreos. En este caso se capturó a los infractores cuando provocaban otros tres focos de candela, siendo detenidos y puestos a disposición de las autoridades competentes, por sabotaje.

Otra vez ocurrió un incendio en la Ciénaga de Zapata, en el Canal de los Patos, para el cual tuvimos que coordinar con la Academia de Ciencias de Cuba la creación de lluvia artificial —inyectando cápsulas de nitrato de plata y expandiendo hielo seco en las nubes— desde un AM26, y dejamos caer 80 mm de agua en el frente del siniestro en la provincia de Matanzas.

Nota al pie: Los AM2 eran aviones de reconocimiento y transporte que se utilizaban para el traslado de personal. También se utilizaban los helicópteros MI8 para mover a las brigadas de extinción hacia las zonas más intrincadas, las que bajaban por cuerdas, dejando marcado el lugar para que sirvieran de orientación a los ingenieros de vuelo. En uno de los incendios en la provincia de Matanzas se perdió una brigada de guardabosques. Se pudo encontrar y recoger al día siguiente gracias al patrullaje aéreo, hallándose el 90% de los hombres deshidratados, pues habían ingerido todas sus reservas.

El Chimpancé del Zoológico: esta historia trata sobre la fuga de un chimpancé dentro del Parque Zoológico de calle 26, en Nuevo Vedado. Durante el tiempo en que sucedieron los hechos, un trabajador del Parque Zoológico Nacional me contó por qué los especialistas afirmaban que este simio tenía una inteligencia muy desarrollada y una fuerza incalculable. Resulta que antes de estar en el Zoológico, este chimpancé pertenecía a la familia de un médico quien, junto a su esposa, le había dedicado cariño y atención especiales, lo enseñaba constantemente y era un alumno muy aventajado. Al parecer, el simio se había enamorado de la esposa del doctor, y montaba tremendos berrinches y griterías, posiblemente por celos, llegando a ponerse extremadamente agresivo con ambos, causa por la cual fue entregado al Zoológico. Posteriormente, su entrenador se había ocupado de seguir enseñándolo durante varios años, día a día. Los veterinarios y especialistas calculaban que tenía un índice de inteligencia bien desarrollado, cercano al de un niño de diez años, y la fuerza de catorce hombres. Es decir, nos encontrábamos frente a un Hércules inteligente y muy agresivo.

Este apreciado monito se fugó de su jaula en dos ocasiones, abriendo el candado, utilizando sus manos y agudeza y, seguramente también, algún artefacto recogido dentro de la misma. El entrenador se entendía maravillosamente con él, y era la única persona a quien obedecía. Excepto cuando sucedió lo siguiente:

Un día caluroso, de intenso verano, escuché por la planta de radio de mi auto el llamado del jefe de la Unidad de bomberos del Vedado, solicitando a nuestro Puesto de Mando el apoyo de medios especializados. Al indagar, el oficial de guardia me informa que en el Parque Zoológico un chimpancé bastante grande se había fugado de su jaula, y que ni los empleados del lugar ni los bomberos lo habían podido capturar.

De inmediato me presenté en el lugar y establecí comunicación con el jefe de la susodicha Unidad de bomberos.

—¿Qué pasa con el dichoso mono que no lo acaban de coger? —le pregunté.

Yo, realmente, no tenía la más remota idea de lo complicado que resultaría el asunto. Hablé como si aquella acción fuese fácil. La vida me demostró que estaba bien equivocado y que nunca debía subestimar los hechos, por sencillos que parecieran.

—Robertico, este animal es una salación, brinca de árbol en árbol, corre y corre sin parar, le hemos tendido varias trampas y no hay forma de capturarlo, siempre se escapa, es súper inteligente —me explicó el compañero, quien me informó lo que habían hecho y lo que tenían pensado para capturarlo. También me dijo que el entrenador lo había llamado en múltiples ocasiones y que el simio ni lo miraba, al parecer se encontraba muy nervioso y asustado con tanta gente y sirenas de carros patrulleros y de bomberos a su alrededor. Me explica, además, que se encontraba allí el Loco Baldoquín quien le acababa de hacer una propuesta que le parecía muy buena.

Mandé a buscar a Baldoquín, lo saludé y le pregunté:

—¿Cuál es tu idea, Humberto?

—Jefe —me contestó—, trajimos una red grande de nuestra unidad y con ella trataremos de capturarlo, lo acorralamos y lo amarramos, y después movemos una jaula de las que ellos tienen aquí con ruedas, y ahí mismo lo metemos.

Poco a poco llegaban carros de diferentes especialidades, incluyendo el carro escalera José Martí.

Por si aquel mono no podía ser capturado y trataba de agredir a nuestros compañeros, simultáneamente preparamos y ubicamos en lugar cercano a varios bomberos con sus capas, cascos, sogas y algunas patas de cabra, un hacha de las grandes y otros instrumentos que se utilizan para abrir puertas y ventanas en los incendios, con instrucciones precisas de inutilizar al mono y eliminarlo, si fuese preciso, antes de que lastimara a alguno de nuestros hombres.

Baldoquín orientó a sus compañeros, les explicó cómo avanzarían y qué harían en cada una de las posibles variantes. En cuanto comenzaron a avanzar, todo se puso en tensión, y por los flancos nos acercamos al lugar para poder proteger a los hombres. Todo marchaba según lo previsto, hasta que la situación operativa cambió en un segundo, la variante generada no estaba comprendida en ninguno de nuestros cálculos, y mucho menos en los de Baldoquín. El animal, al sentirse acorralado viendo al grupo de bomberos con capa y casco, que al parecer lo asustaron más de lo que ya estaba, se aterrorizó y engrifó los pelos de su cuerpo, parecía que se había agigantado y se encontraba en guardia para defenderse.

Los hombres seguían avanzando hacia él y, en un momento inesperado, la fiera emitió un grito violento y aterrador “¡GRRRRRRRRUUAAAAAAAAAAAAA!” seguido de increíbles alaridos, creando una confusión generalizada en los compañeros. Baldoquín miró a su derecha, a su izquierda, vio que se había quedado completamente solo, rápidamente levantó los brazos y, alzando la red lo más posible, emprendió veloz carrera hacia la bestia que tenía enfrente. Baldoquín emitía unos gritos tan o más fuertes que los del animal: “¡GRRRRRRRRUUAAAAAAAAAAAAA!”

Ante los sonoros gritos de Baldoquín, el animal de color azabache se paralizó y, con los ojos fuera de las órbitas, miraba al heroico bombero que no temía a su fuerza ni a su inteligencia. Baldoquín logró echarle por encima la red, pero quedó mal colocada, aunque de todas formas sirvió para que la fiera se fuese enredando poco a poco. Al final, el salvaje se desenredó de la malla y corrió a toda velocidad hacia la arboleda cercana: entonces comienza a desarrollarse la segunda parte de esta historia.

Ahora era mucho más grave la situación, principalmente porque eran ya aproximadamente las cinco de la tarde, y si llegaba la noche no podíamos dejar vivo el monstruo en que se había convertido el pacífico chimpancé, pues se encontraba muy próximo a la cerca que limita con la calle, donde había gran cantidad de viviendas, cuyos vecinos estaban, a esas alturas, muy alarmados.

Hablé con el Dr. Moreno, director del Zoológico, que en aquel momento llegó junto a nosotros y constantemente me pedía que no le matáramos aquel valioso ejemplar. Le expresé mi preocupación y la drástica decisión que tendría que tomar si se hacía de noche.

¿Qué estaba pasando en ese momento? Pues que el chimpancé se encontraba en la copa de un árbol, ya se habían cortado cuatro pinos altísimos, y cuando estos venían abajo, el animalito, con tremenda destreza, saltaba hacia otro y volvía a subir. En algunos árboles teníamos situadas escaleras, para que los

bomberos pudiesen subir y colocar sogas para izar las mangueras y otros medios para capturarlo. En esta ocasión, al cortar el árbol donde se encontraba, el chimpancé no tuvo tiempo ni oportunidad de saltar a otro, y cayó al suelo. Aparentemente, el susto de la caída lo puso más furioso y se volteó hacia nosotros, que estábamos bastante cerca, emitiendo un gruñido fuerte y amenazador, advirtiéndonos que lo dejáramos quieto; corrió hacia un costado y tropezó con una de las escaleras, por la que comenzó a subir a gran velocidad. Pero por la misma escalera subía Baldoquín, quien se encontraba ya casi en la mitad del árbol. Todos le gritaban: “¡Cuidado, Baldoquín, que va para allá arriba, cuidado!” El Loco Baldoquín se encontraba atravesado en el camino del chimpancé.

Chin, mi segundo al mando, le gritaba a Baldoquín: “¡Corre, que un mono busca al otro mono!”, burlándose de los enredos en que siempre se encontraba metido el querido Baldoquín.

Por lo peligrosa que se había tornado la situación, yo había tomado en mis manos un fusil por si se producía una emergencia. Comencé a seguir con la mirilla al animal. En esos momentos se me acercó el Dr. Moreno, pidiéndome de favor que no matara al chimpancé. Sin dejar de apuntar le contesté:

—No se ocupe que, si no toca al bombero, no le dispararé.

Baldoquín tuvo oportunidad de desviarse y sujetarse golpeando al mono con un pitón de manguera, y con un gajo del árbol trataba de asustarlo para que siguiese su camino árbol arriba. Tremendo susto pasamos todos, y el Dr. Moreno me agradeció que no hubiera disparado.

Nuevamente el chimpancé se encontraba en la copa de un árbol y seguía transcurriendo el tiempo, cosa que cada vez nos preocupaba más. Otra vez se realizó el intento de bajarlo, ahora dando fuego a la copa de los árboles, pero saltó, y saltó, y saltó.

Entonces el entrenador nos propone que nos alejemos y lo dejemos hablarle al chimpancé: venía acompañado de un ejemplar hembra. Nos retiramos prudencialmente para que tuviese libertad de acción. El entrenador comienza a decirle cosas y a llamarlo por su nombre, le indicaba que bajara, y le hacía señas con las manos. El chimpancé lo miraba desde lo alto y le hacía señas contrarias, apuntándole que subiera.

Eso nos dio tremenda gracia, pues pensamos y comentamos en voz baja: “Caballeros, qué clase de descarado es este mono”.

Al rato el entrenador colocó un collar en el cuello de la hembra, le amarró una larga correa de cuero y le ordenó que subiera hasta donde se encontraba el macho.

Entre bromas y risas comenté con los compañeros: “Prepárense, que ahora la fiesta es con dos monos”. Todos rieron.

Cuando la monita se encontraba a más de la mitad de la altura del árbol, el chimpancé emitió un fuerte alarido y moviendo uno de sus brazos a gran velocidad, le indicó que se retirara, cosa que esta realizó en fracciones de segundo y, bastante asustada, se puso al lado del entrenador, llorando y sin moverse.

Casi con las ideas agotadas, le echamos agua a presión con el pitón superior del carro escalera, y el mono se sacudía y se escudaba detrás de los gajos o saltando para otro árbol.

Entonces recordé que en días pasados los inspectores de Prevención me habían invitado a efectuar un recorrido por una fábrica de helados. De aquella visita me quedó la impresión de las grandes neveras llenas de piedras de hielo seco, que echaban humo como si estuviesen hirviendo, y se me ocurrió la idea de bajar aquel mono a fuerza de agua congelada, seguro estaba de que no fallaría, ese frío no lo podría resistir.

De inmediato envié a los compañeros de retaguardia a que llevaran dos pipas de agua hasta dicha fábrica, indicándoles que botaran la mitad del contenido de cada pipa y la rellenaran con hielo seco hasta el tope, de forma tal que cuando las pipas regresaran al Zoológico, ya el agua estuviese súper fría. Salieron a gran velocidad con patrulleros abriéndoles paso, la Pizarra Central realizó las coordinaciones con la fábrica, se envió por adelantado a compañeros de la PNR para que explicaran la situación y la premura del tema, y entre todos organizaron la urgente carga. Las pipas se alistaron velozmente y al rato ya estaban de regreso. Aquellas pipas rojas llegaron a nosotros blancas como la nieve y echando humo por todas partes.

Comenzamos a aplicar el plan. El chimpancé no resistiría aquel chorro de agua congelada y caería al suelo sin discusión, y entonces lo capturaríamos, amarrando una soga a un árbol cercano, con un lazo que pudiese dársele vueltas, enrollarlo rápidamente y atar la bestia al árbol. Le pusimos agua fría al tendido de Baldoquín y enviamos un compañero a que subiera en el carro escalera para que se acercara lo más posible y le aplicara el chorro semi congelado. Cuando el agua tocó al mono, este dio un gran salto —al parecer, la temperatura le causó mucho dolor— y, emitiendo un grito espeluznante, cayó como una pelota al suelo. Los compañeros que tiraban de la soga lograron amarrarlo y arrinconarlo junto al árbol. Recuerdo que el mono cayó casi encima de un compañero, y a Baldoquín, que le metió un palo en la boca, y a Maceda, el político, que golpeaba fuertemente al mono en la cabeza. Rápidamente se llevó una jaula móvil hasta muy cerca del animal enfurecido, y entre varios compañeros, haciendo mucha fuerza, lo introducimos en ella.

Testimonio de Humberto Soler Baldoquín (el Loco Baldoquín), principal protagonista (después del mono) de esta historia: un día del año 1964, encontrándome de guardia en la Unidad naval no. 6, aproximadamente a las seis de la mañana avisan que hacia nosotros se dirige un carro de la PNR para recoger una red, con el objetivo de capturar a un simio que había escapado de su jaula y había creado pánico en el vecindario adyacente al Parque Zoológico de la calle 26, en Nuevo Vedado. Se acerca el patrullero tocando sirena y recibo a uno de los tripulantes quien, alarmado, me solicita la red. Del salón recojo una malla de voleibol, pero el compañero me dice que esa no sirve, que es muy pequeña y me señala para una red o lingada de las que utilizan en los barcos mercantes.

—Chico, me parece que es demasiado grande para atrapar un mono que yo solo soy capaz de capturar sin red ni nada —le digo.

El compañero responde:

—Esa es la adecuada, pero si tú eres un bárbaro, ¿por qué no te vas con nosotros para que lo apreses?”

Le tomo la palabra, recogemos la red y le digo:

—Ya estamos andando, y verás que lo capturo rápido, es cuestión de maña y no de fuerza.

Llegamos al Zoológico y veo una aglomeración de guardias de las FAR, MININT, carros de incendio, ambulancias y patrullas. Pensé: “Caramba, tanta gente para un monito”.

El compañero me señala un árbol alto y me dice:

—Míralo allá arriba.

— ¡Coño, eso no es un mono, es un gorila! — exclamé cuando alcé la vista y vi el animal.

Alguien me responde que se trataba de un chimpancé u orangután, no recuerdo bien, lo cierto es que estaba muy furioso, chillaba y sacudía el ramaje. El compañero de la patrulla me dice:

—Arriba, que tú solo lo atrapas.

Medito y me digo: “Después que hablé tanto, ahora tengo que echar p’alante, si no, me voy a chotear ante los compañeros”.

Se preparó una vara larga con un saco de yute amarrado a los extremos y se le roció petróleo para encenderlo como una antorcha, azuzando al animal; se le dispararon gases lacrimógenos, pero el gas se dispersaba en la atmósfera y el animal saltaba de una mata a otra. Tras varias horas de intenso batallar, mando a situar una escalera de 48 pies de altura, la amarro por su parte superior a un árbol y subo con una línea de manguera de 2½ pulgadas, pitón de combate y conectado a un carro cisterna que el jefe de departamento, Roberto Valdés Martínez, mandó a habilitar con hielo seco: el agua estaba casi congelada.

Lancé un potente chorro de agua fría sobre el mono y este, más enfurecido, subió más, pero yo lo perseguí con el chorro, el animal trepó a los gajos más débiles y se partió la rama. Cayó a tierra, pensé que se iba a matar en la violenta caída, pero no es así. Al incorporarse, les grito a los compañeros de abajo que le lancen la red y lo hacen, pero el simio estira una mano y se la quita de encima. Se dirige hacia la escalera donde me encontraba y comienza a subir, avanza hacia mí.

Entonces le pido a Omar Alsina, chofer del C-3, que me dé agua con mucha presión, pero este ya había cortado el agua y desconectado el tendido. El animal continúa avanzando hacia mí, tomo el pitón y se lo arrojo con fuerza, pero lo golpea en el lomo y al parecer ni se lo siente. Busco en mi cintura un revólver Frontier que portaba junto a un hacha personal, pero me lo había quitado antes de subir la escalera.

El simio me lanza varios zarpazos, me rasga el pantalón y me araña una pierna; entonces trepo al árbol, arranco un gajo y lo golpeo con fuerza en la cara repetidamente. Este salta al árbol anterior, donde ya se encontraba el combatiente número tres, Ernesto Mora Sardiñas, quien, al ver al animal descender hacia él, me grita: “¡Ayúdame, Baldoquín!”, y se tira al suelo desde lo alto.

El mono avanza hacia la fuente de los patos, le hacemos un cerco y, al rodearlo, tomo la red por el centro, le doy un extremo a un compañero de la Unidad y el otro a uno de la PNR, les indico que, a mi señal, lancemos la red, y cuento hasta tres. Lo hacemos, pero el primero, nervioso, se aferra a la red, y el simio se cubre, la hala hacia la fuente y lanza al compañero al agua, se yergue y se lanza sobre el mismo, que estaba boca arriba. Se le trepa en el pecho y este grita con gran pánico “Sálvame, Baldoquín”. Ante aquella situación tomo una cuña de madera, agarro al mono por los pelos y lo golpeo en la cara fuertemente: el mono suelta al muchacho. Calderón, quien se había metido en la fuente con un revolver Magnum, se voltea y corre hacia afuera, diciéndole a Chin: “¡Mátalo!”

El simio corre por una callecita y trepa a una caseta; se le lanzan varios lazos y baja; alguien grita: "¡Ya lo cogieron!". Dos mujeres avanzan por la calle, el simio evade la red y queda de frente a las dos mujeres quienes, presas del pánico, se vuelven y huyen veloces.

Continúa el cerco, esta vez un guardia, yo al centro y al otro extremo un empleado del Zoológico, corpulento y grueso, que porta un arma en la cintura. Avanzamos, el simio retrocede, pero, al topar con una pared, viene hacia nosotros; el guardia suelta la red y el gordo lo imita. Me dejan solo, tengo que hacerme a un lado, entonces le digo al gordo: "Coño, m-----, con ese cuerpo me fajo yo solo con el mono". Y me contesta: "No me ofenda, militar, es que ese animal es peligroso, yo lo conozco bien".

Mando a buscar al compañero Abreu y lo incorporo, pero se produce una situación similar y Abreu también abandona.

Ya al final, me apoyo con un compañero de Patrullas, quien coge una cuerda por un extremo y yo por el otro, el simio se recuesta a un árbol, y el cabo y yo con la soga extendida lo atrapamos contra el árbol, luego lanzamos la red y lo cubrimos. El animal saca una mano por encima de la soga atrapando al compañero por un brazo y halándolo hacia sí; nosotros lo teníamos por el otro, así es que, cuando el mono halaba fuerte, nosotros aflojábamos, y cuando el mono aflojaba, lo atraíamos a nuestro lado. Como el mono no soltaba, tomo un palo y se lo entrego a Daniel Maceda Arias, quien comenzó a golpearlo y a decirle: "¡Suéltalo, mono, suéltalo!", remediando un muñequito de cuerda. Como tampoco soltó, busco un pedazo de cabilla y lo golpeo con fuerza, lo suelta y chilla, se le lanzan varios lazos, se trae una jaula con ruedas y se empuja hacia el interior, concluyendo así el asunto. Todos felicitamos y elogiamos a Baldoquín por su valentía incalculable, demostrada en múltiples acciones.

La segunda escapada del mono fue parecida, abrió el candado de su jaula (nadie sabe cómo), se le envió la mona, él le gruñó y ella bajó rápidamente, pero como ya teníamos experiencia y dardos que producían sueño e inmovilizaban a los animales, le tiramos un par de ellos, y el mono, al parecer medio mareado, bajó del árbol y se abalanzó hacia su entrenador, abrazándolo.

Este lo introdujo en la jaula y el monito se durmió.

Testimonio: Coronel Bienvenido Rafoso Bartolomé. Actual Jefe de la Dirección Cuerpo de Bomberos del Ministerio del Interior de la República de Cuba.

El día 7 de Marzo de este año 2007, los bomberos cubanos sentimos gran alegría y satisfacción, al poder atender a un grupo de destacados y valioso bomberos de la Ciudad de New York, actuantes directos en los sucesos del 9/11/2001. Ellos llegaron a nuestro país por vía del cineasta Michael Moore, quien dirigió el documental Sicko, donde hace referencia a los malos manejos de la salud pública norteamericana y deja constancia grafica del momento histórico que se produjo en nuestro Comando # 4, sito en la Avenida Santa Catalina, en nuestra capital, en el cual los héroes norteamericanos abrazan a los bomberos cubanos y juntos rinden tributo a los caídos en el ataque del 11-S, comparten anécdotas, experiencias y se abrazan como hermanos. “Si esto es lo que pasa entre dos supuestos enemigos, si un enemigo te puede dar la mano y también curarte qué no será posible entonces”, se pregunta el director de Sicko.

Moore hablando sobre las compañías de seguros sanitarios dijo: el gobierno “Las deja hacer lo que les da gana,” más de 40 millones de ciudadanos norteamericanos no tienen previsión sanitaria y los 250 millones que se supone la tienen, muchos de los cuales son abandonados por el servicio de salud por el que han pagado durante décadas. Durante la visita a nuestro Comando # 4, Michael Moore y sus acompañantes se interesaron por la atención médica que reciben nuestros Bomberos.

120

En nuestro libro de visitantes, ellos escribieron las siguientes palabras de despedida:

A los Bomberos de Cuba
¡Gracias por su generosidad y valor!
PAZ
Michael Moore

A mis amigos, espero verlos pronto,
encantado y respeto
John Ishan
912 Paramens Rescue

En honor a todos los bomberos cubanos
Queden seguros y disfruten la vida
Bueno con ustedes
Bill Mahen

A mis hermanos y hermanas en Cuba
Reggie Cervantes, EMT
Sobrevienta del world Trade Center

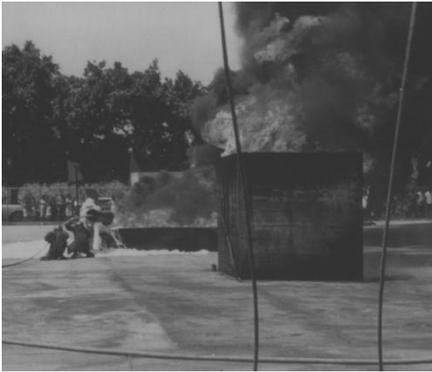
A todos nos ha quedado el grato recuerdo de la visita de estos sobrevivientes de aquel doloroso suceso, que marco para siempre su sensibilidad humana y afectó directamente la salud de ellos y de miles de ciudadanos americanos.

Coronel Bienvenido Rafoso Bartolomé

FOTOS (3) Imágenes del Sabotaje y explosión del Vapor "La Coubre"



122



Pizarra de fuego escuela Bomberos



Izq. Figueredo-D-ROBETICO

Ex Jefes de Bomberos



Cdte Ramiro Valdes menendez 1965

Barco Contra incendios

Guillermo Geilin



Comdte Ramiro Valdes,1963

Irving Ruiz y Robertico Valdes

Escuela Bomberos



Barco contra Incendios 1964

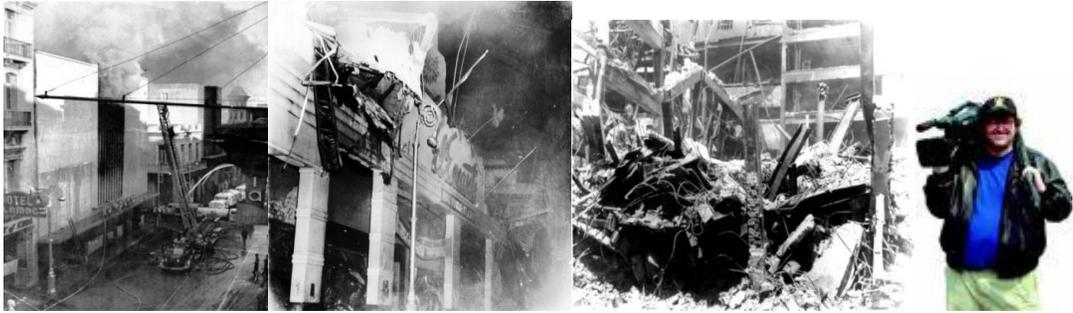


Cdte Ramiro Visita barco



Primer sistema de espuma

Victimas de la Coubre



Michel Moore visito cuba con grupo Bomberos de New York sobrevivientes del 9/11



El General de Cuerpo Ejercito Abelardo Colomé Ibarra (Furry) Y los coroneles Bienvenido Rafoso Jefe de los Bomberos y Francisco Blanco Font durante un incendio de grandes proporciones. Otro Incendio en la Refinería Níco López Gral. Div. Pascual Rodríguez Braza



Gral. Cuerpo ejercito Abelardo Colome Ibarra El primer secretario del PCC, Ciudad Habana, Cro Pedro Sáenz, 1er Secret. PCC Habana Vieja, y el coronel Mario Álvarez Martínez Primer sustituto de la Dirección Cuerpo de mberos, Incendio de grandes proporciones, en Droguería Habana Vieja.

Incendios-Rescates-Huracanes-Forestales-Penetraciones del Mar-Otros



125



Roberto Valdés Martínez (La Habana, 1942), siendo un adolescente en la década del cincuenta, se incorpora a la lucha clandestina contra la tiranía de Batista en la ciudad de La Habana; a los 16 años deja sus estudios de Comercio, cuando terminaba el segundo año de la carrera, y se integra a la lucha armada en el Segundo Frente Oriental Frank País. Posee el grado militar de General de Brigada®. Ostenta numerosas condecoraciones del Consejo de Estado y de otros organismos de la República de Cuba. Es reconocido por sus aportes al enriquecimiento y a la defensa del patrimonio cultural cubano y a su labor como auspiciador, promotor y difusor de la cultura de la provincia de Santiago de Cuba.

Desarrolló un importante trabajo en la proyección y construcción del Parque Nacional Baconao.

Es autor de múltiples textos para canciones musicalizadas por compositores cubanos y ha incursionado en la literatura para niños y jóvenes.

Es miembro de la UNEAC-ACDAM-SgAe

Por su trabajo cultural ha recibido los siguientes galardones:

- *Diploma firmado por el Ministro de Cultura de Cuba, en reconocimiento a la destacada contribución al desarrollo cultural de Santiago de Cuba.*
- *Diploma de reconocimiento firmado por el presidente de la UNEAC de Santiago de Cuba, por la destacada contribución al desarrollo cultural de esa provincia.*
- *Placa conmemorativa José María Heredia recibida el 26 de julio de 2005, en Santiago de Cuba.*
- *Diploma firmado por la compañera Marta Arjona en reconocimiento al apoyo prestado a la conservación del patrimonio nacional en la provincia Santiago de Cuba.*

Libros publicados con temas de Roberto Valdés Martínez *(Robertico)*

Factores que pueden hacer más eficiente a un cuadro de dirección. Dirección de Cultura Santiago de Cuba, 1985. Nueva edición IACC 2006. Nueva edición ampliada 2007 con el nombre: "Para la Formación de Directivos" Editorial Caserón

Ciudades. (Poemas a las ciudades de La Habana y Santiago de Cuba) con imágenes de Luis Cabrera, más catálogo de obras realizadas.) Editorial Conde Duque, España, 1996.

Prosas y Canciones de Robertico Valdés. Gráfica Editorial Oceró, La Coruña, España, 1998.

Alegre primavera. Editora Campillo, Nevado S.A., 1999.

Libros terminados en proceso de publicación.

“Desafío Al Peligro”: Se trata de Acciones realizadas por los heroicos combatientes del Cuerpo de Bombero de la República de Cuba. (Testimonio)

Título: MAS ALLA DEL TURQUINO Noveleta de aventuras (Juvenil)

Autor: Roberto J. Valdés Martínez. MAS ALLA DEL TURQUINO es una noveleta con temas de ficción combinada con hechos históricos reales, donde se cuentan las emocionantes e instructivas vacaciones de dos hermanos de 10 años y 12 años, en la Sierra Maestra hasta escalar la montaña más alta de Cuba: el Pico Real del Turquino, que se alza en la provincia de Santiago de Cuba.

“Cantos y cuentos de Robertico” (cuento y canciones infantiles) terminado en proceso de Edición y Grabación de los temas cantados y contados.

OTRAS PUBLICACIONES MUSICALES DE ROBERTICO VALDES

DISCOS Y CD PUBLICADOS

Disco polivinilo: Arco iris y gaviota
Textos de Robertico Valdés Martínez
Musicalizados por: Kiki Corona

CD: Carrusel de Girasoles (interpretados por (Shira)
Textos de Robertico Valdés (todos los temas)
Musicalizados por: Kiki Corona y Rey Ceballos
Grabación: Nueva Fania USA

CD: Cuban Coffee
Interpretado por Coco Freeman
Textos de Robertico Valdés (10 de los 12 temas)
Musicalizados por Kiki Corona y Ernesto Burgos Osorio
Grabación: Timba Récord Panama

CD: El KATAO
Textos de Robertico Valdés (los 10 temas)
Musicalizados por Kiki Corona y Ernesto Burgos Osorio
Producción: Rey Ceballos
Grabación: ZicZac BMG, Polonia

Alegre Primavera: Estudios Siboney, Santiago de Cuba: 12 temas de Robertico Valdés Interpretados por Gloria Latina y musicalizados por Kiki Corona y Ernesto Burgos Osorio

Roberto J. Valdés Martínez, cubano, vecino de: calle 9na A # 28417 entre 7ma Avenida y 284
Código postal 19100, Playa Santa Fe, Municipio Playa, Ciudad de la Habana, República de Cuba

roberticojv@gmail.com roberticojv@yahoo.es
Teléfono 053 2097169